

10(495-17)
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE CULTURA LATINO-AMERICANA

DIRECTOR : ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

LAS LITERATURAS AMERICANAS

IV

MARIANO LATORRE

LA LITERATURA DE CHILE

BUENOS AIRES

1941

INSTITUTO DE CULTURA LATINO-AMERICANA

FUNDADO EN 1931

PERSONAL

Director *ad honorem*

Dr. ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Adscriptos *ad honorem*

CORIOLOANO ALBERINI

ALFREDO FRANCESCHI

ÁNGEL J. BATTISTESSA

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI

AUGUSTO CORTINA

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR

JUAN MANUEL CORCUERA

FRANCISCA CHICA SALAS

MIGUEL ALFREDO D'ELÍA

Adscriptos corresponsales *ad honorem*

BALDOMERO SANIN CANO — Colombia

SAMUEL GUY INMANN — Edna Worthley Underwood, Estados Unidos de Norte América

PUBLICACIONES

El INSTITUTO publica un *Boletín* bimestral, órgano de comunicación intelectual entre los países ibero-americanos, y una *Colección de obras* originales, referentes a la vida cultural de Ibero-América, cuyos volúmenes publicados hasta la fecha, incluso el presente, son :

Vol. I, LA LITERATURA DEL PERÚ, por Luis Alberto Sánchez

» II, LA LITERATURA DEL URUGUAY, por Alberto Zum Felde

» III, LA LITERATURA DE COLOMBIA, por Javier Arango Ferrer

» IV, LA LITERATURA DE CHILE, por Mariano Latorre.

EL CUENTO POPULAR HISPANO-AMERICANO Y LA LITERATURA, por María Rosa Lida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

10(495-17)

MARIANO LATORRE

LA LITERATURA DE CHILE

21686

Imprenta y Casa editora Coni, Perú, 684, Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

INSTITUTO DE CULTURA LATINO-AMERICANA

DIRECTOR : ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

LAS LITERATURAS AMERICANAS

IV

MARIANO LATORRE

LA LITERATURA DE CHILE

BUENOS AIRES

1941

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

Le llega hoy el turno a la de Chile en esta serie de las literaturas americanas expuestas en panorámico desplegamiento que permita apreciarlas en conjunto, contenidos en la noticia de su actividad general el espíritu que las anima y las orientaciones o tendencias que las impulsan.

La vida intelectual de Chile estuvo un tiempo en íntimo contacto de pensamiento y acción con la vida argentina proyectada al extranjero en días de grande y fecundo dolor cívico. La proscripción de la inteligencia acosada por la tiranía llevó a aquella tierra trasandina el ímpetu removedor de los emigrados, que la pasión de la libertad impelía a la lucha con los dogmas de autoridad prevalentes en cualquier campo de acción.

Al amparo de la generosa hospitalidad de Chile, promovieron allá contienda con la organización de la cultura instituida por el gran Andrés Bello, y el embate de la acción renovadora que los encendía en batallador fuego hizo germinar históricamente, como siempre los fecundos encuentros del espíritu, recíproco conocimiento y estimación de valores, durante toda una época mantenidos en activo y cálido consorcio intelectual.

Después, esa comunicación fué cediendo por efecto de múltiples circunstancias, y hasta no hace mucho tiempo las expresiones de la actividad chilena en las letras pasaron a ser patrimonio de los estudiosos y no poco ajenas al común de los lectores.

Viene así ahora este libro a satisfacer la necesidad de un conocimiento general de la literatura de Chile en sus géneros principales, ofreciendo en esa forma el cuadro completo, histó-

rico y actual, de las actividades del pensar chileno. Contienen sus páginas el texto de las conferencias que dió el profesor y escritor don Mariano Latorre en la Facultad de Filosofía y Letras continuando la serie que sobre las literaturas americanas viene desarrollando este Instituto de esa Facultad.

Profesor de la Universidad de Chile — profesor de Estado, como allá se les designa, — y del Instituto Pedagógico de esa Universidad, don Mariano Latorre une a estos atributos de elevada dignidad profesional el concepto difundido por su obra de escritor en la América intelectual; obra novelística y crítica por igual rica, importante y varia en considerable medida.

Todo el panorama humano y de la naturaleza chilena — ha podido decirse de esos libros de Latorre, — está presente en su obra; desde la cordillera hasta el mar; desde el hombre que la navegación forja ante inmenso horizonte con vientos de océano, hasta el que la montaña reconcentra en sí mismo infundiéndole su pétreo recogimiento.

Las novelas y cuentos son, lógicamente, lo más divulgado de Latorre; por sus novelas y cuentos es por lo que con más generalidad se le conoce como escritor; pero su obra de ensayista y de crítico no es ciertamente menos importante.

Una viva y penetrante actividad intelectual despliega en esta parte de sus escritos a la luz de la observación y del pensamiento propio las revelaciones de lo contenido en la obra del pensamiento ajeno: los hallazgos de la inteligencia vivificadora y la percepción íntima de lo chileno en el arte; y en lo chileno, la repercusión de lo que el ser y el sentir americanos llevan a la expresión nacional de la realidad trasuntada en belleza.

Forman el presente panorama, algunas conferencias, dictadas en el Instituto de Cultura Latino-Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Por razones de espacio no se incluyen en él la historia, la crítica y el teatro chilenos.

En los capítulos referentes a la novela, tampoco figuran algunos relatos históricos, psicológicos o humorísticos, escasamente relacionados con la tierra y el espíritu de Chile.

Debo explicar, por último, el criterio que ha guiado mi interpretación.

Creo que nuestra literatura, como la de todos los países hispano-americanos, en su expresión más original y realizada, es un producto del medio y de la evolución social, desde la conquista a los tiempos actuales.

De aquí la inclusión de una síntesis geográfica y étnica, indispensable para ahondar en el conocimiento del paisaje y del hombre de Chile, interpretados por sus escritores y poetas.

CAPÍTULO I

EL PAISAJE Y EL HOMBRE

El nombre de Chile. — El valle central o la patria del huaso. — La cordillera de la costa o el campo en agonía. — La cordillera de los Andes o el cercano porvenir. — Los valles transversales o la tierra mística. — El desierto o la conquista del salitre. — Chiloé o la cuna de las gaviotas. — Aysen o el equilibrio entre la tierra y el mar. — Magallanes o los pies hundidos del Continente. — Síntesis étnica.

El nombre de Chile. — Intenta definir a Chile una frase ya manida: Los chilenos tienen que agarrarse a los cerros para no caerse al mar.

Si nos fijamos en la angostura de los valles chilenos, dominados por el macizo muro de los Andes, la observación es exacta. Las que definen a Chile como un barco fondeado al pie de la Cordillera o como un muelle para cargar minerales, no carecen de verdad en lo que se refiere a la economía chilena.

Circunscribiéndose al valle central, dijo un viajero que Chile era una carretera a media falda de los Andes, y, en parte, la observación se ajusta a la realidad.

Yo he definido a Chile como una huerta que tiene una mina a la espalda y una barca pescadora por delante.

En mi concepto el valle central y los valles transversales (la huerta) representan el carácter permanente de Chile y sus

posibilidades, la riqueza minera y la abundancia de su fauna marítima.

El constante deslizarse de faldas, esencialidad de su geología, tiene mucho que ver con el nombre de Chile.

Chilli, en aymara, significa algo así como el fin de la tierra o como la tierra más honda, la lógica impresión de un hombre de altiplanicie al llegar a las mesetas y valles de Chile, siempre en descenso hacia al mar. Y *Chiri*, « frío », « hondo », en quechua, pudiera tener con la palabra aymara una común vinculación lingüística ¹.

El valle central o la patria del huaso. — El valle central es Chile en esencia. Fué la raíz de su nacionalidad y ha de ser su porvenir.

Empieza al sur del río Aconcagua y termina en el seno de Reloncaví. Se enreda al norte en valles tortuosos y al sur se hunde en el mar.

Sucesión de huertas feraces, cortadas por ríos correntosos que se arremansan al cruzar el valle, atraviesan la cordillera de la costa y se abren en bocas hirvientes, trabajadas por las mareas.

Encomiendas en la Colonia, fundos, ya subdivididos, en la época actual, han determinado la porción más numerosa de la raza chilena, antes que Santiago creara un tipo de chileno urbano, completamente diferenciado.

¹ Don M. L. AMUNÁTEGUI niega que tal común vinculación sea posible, porque hay entre ellos, « por el sonido, una semejanza sólo lejana » (*Apuntaciones lexicográficas*, t. II), olvidando quizás, que la forma antigua de *Chiri* es *Chili*, según atestigua el señor R. Lenz en el número 392 de su *Dicc. etimol. de las voces chilenas...*, y para quien tanto esta etimología como la aymara, « son meros juegos de palabras ». El propone « como más probable », la voz map. *Chille*, unas gaviotas.

El valle central es la patria del huaso, elemento étnico que representa a Chile, más que el roto andariego y desarraigado.

En las provincias centrales es casi una meseta, interrumpida por cordones de cerros que caracterizan la fisonomía del paisaje. Los potreros, limitados por altas alamedas, verdeantes de alfalfa, dan por momentos al paisaje la faz de un país ganadero. En los potreros pastan gruesos animales de raza fina. Las acequias murmuran, lamiendo las raíces de los álamos o cortando con sus borbotones precipitados, la densa alfombra del pasto. Y entre la red sonora de las alamedas se dibuja el lomo blanquinegro de los Andes o se disuelven, hacia el poniente, las jorobas azules de la cordillera de la costa. El paisaje cambia a los pocos kilómetros. En la tierra oscura se encrespa la viña, con el disciplinado ejército de las cepas, enrubia la pradera la sábana ondeante de los trigales o la copa verde clara de los durazneros y damascos, se acribilla de esferas rojas o doradas.

Un camino, viejo camino colonial modernizado, raya la policromía de esta huerta interminable. Cruzando colinas y valles o encaramándose en las faldas de los cerros, otros caminos, como las costillas de un esqueleto, van hacia los Andes o hacia el mar.

Enormes carretas, en la estación propicia, el vientre repleto de atigradas sandías, avanzan por los caminos con pesada lentitud. El carretero, de ojotas y chupalla, azuza con su picana de colihue a las yuntas cansadas.

Un torbellino de polvo rojizo cubre un instante la carretera. Acaba de pasar un auto. Su agria bocina ahoga los ladridos de los perros que salen al camino. Aún no se ha disuelto la nube de polvo, cuando aparece un huaso, montado en un caballo de gordas ancas. Tintinean las enormes espuelas y

su manta roja se agita en el aire cálido como una bandera.

Visión de vida próspera, de huertas jugosas, de aire fecundo. Pero, al mismo tiempo, desemboca en el camino un campesino harapiento, con una manta raída, montado en un caballo flaco y melancólico. De dos árguenas, asoman cabezas de pollos y gallinas y los negros cordones del cochayuyo seco. A la orilla del camino marcha a pie otro hombre, cubierto de andrajos grises. Colgado de un palo, lleva un atado de ropa, de color indefinible. Una mujer, con un niño en brazos, lo sigue a corta distancia.

Es la típica antítesis de la vida chilena, en el campo y en la ciudad. Junto al chalet moderno, el mugriento rancho, con paredes de quinchá y techo de totora, el rascacielo al lado de la casa colonial, el lujo ostentoso, hermanado con la vida misérrima.

El río Maule limita una zona e inicia un paisaje diverso. A la orilla del tumulto de su corriente, se detuvo el inca colonizador. Entre los espinales de rudas ramas verdes grises se movían unos hombres cobrizos, astutos como zorros, cuyas largas lanzas de colihue atacaban repentinamente para desaparecer, con milagrosa rapidez, hacia los Andes o hacia las tupidas selvas de la cordillera de la costa.

Substancialmente, el paisaje del valle central es el mismo, uniformado por la agricultura moderna. Potreros, viñedos, trigales y huertas. La misma nota verde, pero más intensa. El mismo canto de arroyos, pero más pronunciado. El mismo aire azul, acribillado de trinos de diucas y zorzales. Los mismos esteros, donde chirrían los pidenes crepusculares y gorjean los lloicas de blusa roja o vacían el buche, lleno de notas agrestes, las pardas tencas. Rumorean las alamedas a lo largo de los caminos y el poleo y la yerbabuena aroman el aire, impregnado de frescura.

Dibuja siempre la cordillera su muro azul, pero ahora los conos volcánicos, manchados de nieve se yerguen sobre la masa de granito, individualizado con una potente personalidad. Sin embargo, el paisaje del valle central del sur, no es grandioso. Predomina en sus colores y en sus líneas la estilización delicada, la nota fina de la miniatura, especialmente en el verano. El invierno es un borrón húmedo de niebla y de aguas grises y desatadas.

Las ciudades del valle central conservan, a pesar de su modernización, la chata arquitectura colonial, la torpe improvisación del soldado convertido en colono. Su belleza reside en la campiña en que fueron fundadas y en la decoración de la cordillera, siempre presente.

Sólo Santiago ha salido de esa etapa agrícola que aún persiste en San Fernando, Curicó, Talca y Chillán.

Chillán conserva, más que Curicó y Talca, su vieja tradición rural. El huaso de los campos y el artesano de la ciudad exponen los frutos de la tierra y los productos de su artesanía elemental, en las típicas ferias semanales.

El valle es la patria del huaso y del caballo chileno. En las talabarterías, muy abundantes en todos los pueblos, se exhiben las lujosas sillas, las trenzadas riendas y cuelgan de las paredes las mantas de vivos colores y las espuelas de tintineante rodaja. Porque aún el huaso ama al caballo, de tranco ágil y de hocico blando, esencia de la tierra chilena.

No es Chile país de aldeas, sobre todo en el valle central. Las casas de los fundos y las ciudades, han impedido la estabilización de los villorrios y aldeas. El camino formó case-ríos, moldeados por el capricho del tránsito. Del camino viven y a veces el camino los mata, al desviarse en otra dirección.

El Bío-Bío separa la huerta idílica de una tierra bravía,

prolongación del valle central, pero cubierta hasta principios del siglo xvi de una selva impenetrable.

La selva y el araucano fueron el pasado. El río, un personaje de la epopeya.

El paisaje subsiste aún con su hosca aglomeración de árboles centenarios. La selva, apretada y verde oscura, alcanza hasta las zonas de las nieves permanentes. Sobre este cespío amontonamiento de follaje, se levantan los hombros blancos de los volcanes.

La historia del Chile austral, su pasado, su presente y su porvenir, no es otra cosa que la conquista de la selva y del indio pertinaz que aún vive en sus reducciones.

La selva chilena no es la masa rumorosa y tibia de los árboles tropicales. Recuerda los bosques del Canadá y del norte de Estados Unidos por la simetría de sus árboles, la solemne perspectiva de los troncos, enfelpados de musgo y el suave gorjeo de los huíos y chirres, hermanos de las hojas.

El roble alza su tronco recto, coronado por el rumor de campanillas de su copa. A su lado, su pariente próximo, el raulí de follaje verde claro y el lingue de barnizadas hojas y el oloroso laurel de corazón de oro.

En las faldas, casi cortadas a pico, alzan los coigües sus fustes oscuros, rematados por una ramazón que recuerda el dibujo reticulado de los helechos, movidos por el penacho de espuma de los arroyos.

El muermo, amado de las abejas silvestres y de los torpes moscardones, es una pirámide de blancura olorosa, en el mar de follajes y de troncos de la selva del sur. Y en los troncos, especialmente en los robles muertos, lloran sangre los rojos lagrimones del copihue.

Pero de los árboles de la selva austral es el pehuén el que

más típicamente simboliza la cordillera, el viento y la nieve. Crece junto a los volcanes, entre las piedras calcinadas por la nieve y el viento. Como los alerces y las palmas, se aleja de los demás árboles de la selva. Su tronco vigoroso, armado de duras escamas, termina en un penacho de ramas espinudas, que recuerda las plumas de traro que adornan la cabeza de un cacique araucano.

Unidos en cuerpo y alma están el pehuén y el indio del sur de Chile. Y de los puntiagudos piñones, apretados en el meno pehuén o cabeza de piñón, vivían las tribus mapuches desde los Andes hasta el Nahuelbuta.

Rito vital era el viaje de los indios a los pinares cordilleranos, en el dorado otoño austral. Sobre las tiesas ramas, de duras aristas, ya estaban los choroyes. Y los rojos piñones caían sobre las cabezas oscuras de los indios como el bíblico maná.

Una abundante cosecha de piñones era la alimentación de la familia durante el lluvioso invierno. En la ruca, los piñones perfuman el ambiente espeso con su olor a selva mojada. Grandes y chicos comen interminablemente la harina rojiza que se hizo músculo y fuerza para blandir la macana y la lanza de colihue. Y muday reconfortante en las fiestas estivales.

Las duras semillas, vigorosamente sujetas en el cono, son también un símbolo de unión, de resistencia y de virilidad.

Así, la mujer llama piñón al marido y explicará la ruina de su hogar, diciendo resignadamente :

— Poco piñón, poco hijo.

El arcabuz y la espada, en la primera época, el sable y el fusil en la pacificación de la Araucanía y en estos últimos tiempos, el hacha y la sierra, han conquistado la selva y han civilizado al indio araucano. Caían los árboles y morían los

indios. El sendero de conquista lo marcaban los troncos derribados y los quilantares destruídos. En el corazón de la selva silbaban las sierras, mordiendo la aromática pulpa de los laureles y raulíes. Y nacían los fuertes y se formaban las poblaciones. Y lo que respetaron el hacha y la sierra, lo destruyó el fuego. Las chispas, llevadas por el puelche y los vientos del sur, envolvieron la selva en un torbellino de llamas y de humo. Un mundo azorado de hombres en fuga y animales enloquecidos, precedía a la roja avalancha.

Las lluvias apagaban esta hoguera trágica. Y al venir los días de sol, la selva sonora era un ejército de palos blancos, manchado de negras lacras de carbón. En la contorsión de sus ramas, despojadas de toda verdura, muñones retorcidos o manos implorantes, parecía reflejarse la tragedia de la quemazón. Y entre los tocones ennegrecidos y bajo los cadáveres de conquistadores e indios, y de indios y soldados de la pacificación, crecieron las espigas o se espesó el pasto ovillo, alimento de las vacadas.

Y en esas tierras oscuras, conquistadas a la selva, a la margen de los ríos o en las ensenadas de los lagos azules, se fundaron las ciudades y las aldeas del sur de Chile. Algunas, muy viejas, hijas de la conquista, como Osorno y Valdivia. Otras, recientes, como Temuco y Puerto Montt.

Hoy, no es ya un país de conquista, cubierto de bosques. Es el valle central, cruzado por la línea férrea hasta las aguas arremansadas del seno de Reloncaví.

Los ríos del sur, sin la prisa de los del norte, riegan las praderas, hormigueantes de vacunos y de ovejas. Sus aguas, a menudo, se abren en el óvalo de un lago, decorado de selvas, para seguir su camino hacia el mar. Y dan la impresión, ríos y lagos, lagos y ríos, de ser ríos que se cansasen de correr o lagos que se decidiesen a llegar al océano.

La Cordillera de la costa o el campo en agonía. — Mar de lomas suaves, redondeadas, donde el espino crispa sus gajos torcidos. Algunas cumbres azules, agudas, interrumpen el interminable sucederse de colinas y pequeños valles.

Una selva impenetrable cubrió, antes del descubrimiento de Chile, esas colinas y cerros en la cordillera de la costa. Quillayes y peumos, boldos y litres, predominaban sobre los robles y los coigües que sirvieron para la edificación de las ciudades coloniales del valle central y para construir los buques en los puertos de Chile.

Hasta hoy, el hualo o roble maulino es la madera que utilizan los astilleros para armar las cuadernas de las goletas y lanchones del Maule, tan conocidos en la costa del Pacífico.

Durante la colonia se explotó esa selva hasta agotarla. El paisaje risueño, rico de corrientes y murmullo de follajes, se fué tornando agrio y estéril. Se cegaron las vertientes. Las lluvias corrieron hasta las quebradas, la tierra vegetal y los cerros se partieron en grandes tajos rojizos.

Los restos de la selva aún persisten entre las piedras. Sus ramas tiesas siguen la dirección del sur, el viento del mar. En las ásperas faldas, los coirones juntan sus manojos de tallos grises. Y en los rincones abrigados del viento, balancean los cardos sus cabezuelas violetas.

En el estío, nubes de milanos vuelan en todas direcciones empujados por el viento. Los tallos verdosos envejecen, tornándose del color de la tierra.

Las viñas han hecho sobrevivir la vieja población de la cordillera de la costa, de sus villas y aldeas, detenidas, hace un siglo, en su natural evolución.

Los que cruzan los polvorientos caminos de los cerros en dirección al mar, llenos de accidentes inesperados, curvas y cuestas, vegas y pequeñas estepas, no pueden imaginarse la

vida humana en los cerros, cubiertos de cardos o de quiscos, de filudos brazos; pero la cordillera de la costa, igual que el costino, reservado e impasible, no revela así no más el secreto de su alma. Es preciso conocerla sin apresuramiento. Subir a las altas planicies, barridas por el sur o bajar a las vegas, verdeantes de papales y porotos y, sobre todo, asomarse al balcón de las playas, donde el mar deshace sus espumas incansables.

Y entonces, junto a la tierra gris, que logra vestirse de pámpanos y espigas, hablan las mareas de sus rutas de agua y del tesoro de sus mariscos y de sus peces.

Los cerros costeros y sus abrigados rincones, guardan, como una maravilla vegetal, la palma chilena, extraño sobreviviente de un paisaje desaparecido.

Más morena y más tosca, la palma cordillerana no se diferencia mucho de sus hermanas del trópico. Su tronco liso tiene algo de la piel lustrosa de las culebras. A veces, extraños abultamientos que interrumpen la simetría del tronco, nos hablan del esfuerzo del árbol para subsistir en una tierra mezquina. En lo alto, se abre el manojo de las grandes ramas con una graciosa curvatura, detenida en el instante preciso.

Cuando el viento cruza por la garganta del poniente sueñan las pencas de las palmas con un repiqueteo de castañuelas. El palmar huraño se estremece. El viento sur es su aliado de siglos. Por él vive y se multiplica. El sur es la primavera que llega y en sus alas azules lleva el polen amarillo de las palmas a todos los rincones del valle.

La palma es un solitario de la selva como el alerce y el pehuén. Ni insectos ni pájaros se acercan a su ramazón; pero bajo su corteza plomiza corre abundantemente la savia, clara destilación de los jugos de la tierra. Esta savia es la miel de palma, única en el mundo; pero su descubrimiento

por el hombre ha sido la tragedia de las palmas chilenas. Para extraer la savia, que se cuece en grandes vasijas, hay que derribar el árbol y dejar que gotee, por el delicado brote del palmito, en las horas de luz y en la estación estival.

En las suaves laderas de la cordillera de la costa austral, en las cercanías del mar, viven los alerces, disciplinados y solitarios, como las palmas y los pehuenes. Su altísimo tronco, rodeado de la cónica ramazón verde oscura, sobrepasa a los robles y coigües como si se empinase para mirar la extensión del mar o la sombra inmóvil de las cordilleras lejanas.

El tronco macizo se abriga, como en una piel vegetal, en las recias fibras de la corteza, que los chilotes utilizan para calafatear la tablazón de sus lanchas y goletas. Y los alerceeros, hábiles labradores de las valiosas tejuelas, las llevaban al hombro a los puertos de las islas y del canal de Chacao, a través del quebrado terreno de las selvas sureñas.

Ha tenido hasta hoy la cordillera de la costa, como una compensación de su pobreza, la maravilla de sus esteros auríferos. En los abruptos cerros, a la orilla de los ríos, en las arenas de las playas o en el lecho de los esteros, aparece en el cuarzo o centellea en las corrientes de agua la pepita o el polvo de oro. Su extracción es difícil. Sólo la paciencia del costino o del chilote, tesoneros lavadores, es capaz de reunir el puñadito de granos porosos, que brillan en la concavidad de las chailas.

La cordillera de la costa es característica por la belleza de sus playas y el encanto de sus bahías. Avanzan hacia el mar los cerros, suavizados por la erosión de las aguas, como enormes espolones. Semejan los cimientos de Chile. Sobre ellos descansa toda la tierra chilena. Se abren ampliamente para dar paso a los cortos ríos cordilleranos, cuya corriente choca con las olas del mar. Y como un cósmico escultor, el océano

ha moldeado penínsulas, bahías profundas, caletas en media luna o albuferas, donde se aquieta el furor de las mareas.

Los lobos marinos braman sobre las rocas despedazadas, por entre cuyas gargantas pasa rugiendo el chorro blanco de la espuma. Pegados al flanco de las rocas germina, goteando agua, toda una misteriosa fauna de mariscos. Y sobre este mundo sordo y primario, el otro mundo alado que vive de él, y sobre el cual se cierne el enorme albatros, cóndor del mar, cuyas agudas alas se mueven pausadamente en las plomizas olas lejanas.

La vida de la cordillera de la costa, por la característica misma de sus cerros abruptos y de sus caminos, enrollados en torno de las montañas, no se ha multiplicado en aldeas ni en grandes ciudades interiores. Son los puertos y las ciudades vecinas a los puertos, los que han acumulado la producción de las huertas y de las vegas, regadas por vertientes y pequeños tranques primitivos. La vieja ciudad de la Serena y su puerto, Coquimbo; Valparaíso, la máxima ciudad de la costa; Viña del Mar, tierra roja, vestida de flores y de rumor de olas; Concepción y Talcahuano, Lebu y Valdivia y los innúmeros puertecillos, en el centro de las bahías, en la desembocadura de los ríos o en las planicies, agitadas por los vientos y socavadas en su base por el constante trabajo de las mareas.

La cordillera de los Andes o el cercano porvenir. — Si a la cordillera de la costa, gastada por las lluvias y por el mar, la dominó la paciencia y la frugalidad del costino, la cordillera de los Andes, con sus valles estrechos, sus volcanes y ventisqueros, sus lagos, sus ríos torrentosos y sus portezuelos, clausurados por la nieve, sigue siendo el enigma de Chile.

Desde el valle es la muralla sombría, siempre presente.

Quizá la suavidad azulosa de la pradera de Chile se tiña con la sombra que proyectan hasta el mar sus cumbres y moles gigantescas ; pero en su corazón nevado comenzó una mañana de primavera el prodigio del deshielo. Ríos, arroyos y torrentes empapan el duro granito, despeñado desde los nevados. Las redondas piedras chocan entre sí con estrépito, al correr por los álveos angulosos. Los torcidos michayes resucitan cubriéndose de una verde garúa de pequeñas hojas. Y los valles amarillean con la nota clara de los mallines. Resuenan trinos de diucas y de zorzales y en la felpa del pasto graznan los caiques. En la gasa celeste del aire pasa el vuelo oscuro de los cóndores.

Del valle central, de la cordillera de la costa, comienza la trashumancia de los ganados. Lentas columnas de vacunos y grises pelotones de ovejas y de cabros, dejan sus potreros, quemados por el sol. Van en busca del agua clara y del pasto nutritivo.

Aislados durante cuatro meses en la cordillera, los arrieros o puesteros que vigilan esos rebaños, son unos hombres sobrios, callados, cuya imaginación pobló la soledad de las piedras de seres fantásticos y de hechos misteriosos. La caverna oscura, la voz del torrente, el paso silencioso de las culebras y el mugir y el balar de vacas y de ovejas se transforman, mediante la ingenua fantasía de los puesteros, en mitos de una extraordinaria fuerza simbólica.

La típica cordillera chilena no es la cordillera de la zona del desierto, interminables mesetas o punas que prolongan hacia la costa el altiplano de Bolivia. Allí viven, en viejas casas de piedra, los hieráticos pastores de llamas y de alpacas. Las redondas alturas del norte son la antítesis de los picos agudos, las mesetas, de los valles estrechos, los salares silenciosos de los sonoros ríos.

No es el desierto, sino el valle verdeante que se eleva hasta morir al borde de los escoriales y de los ventisqueros.

Al sur, la selva viste las faldas, festonea las márgenes de ríos y de lagos, y, humillándose, suaviza la escoria de los volcanes con la ramazón verdegay de los ñires, adaptados al viento y a la nieve; pero los ángulos de los volcanes sobresalen, con titánico empuje, sobre la masa de las cordilleras; sin embargo, ahogados por el mar de piedra, los volcanes del centro y del norte, no se destacan con la clara individualidad de los del sur del Bío-Bío.

Señores de ríos y de lagos, el quebrado Llaima, el esbelto Villarica, el agudo Osorno, con sus cumbres albeantes de nieve, predominan sobre la cordillera misma y sobre las selvas que visten la tierra, hija de tectónicos movimientos y de inundaciones prehistóricas.

La vida ha penetrado, en la cordillera austral, más que en el centro y en el norte. Especialmente, al abrigo de los lagos, biznietos de antiquísimos ventisqueros. La selva fué la fuente primera de riqueza. Al golpe del hacha del colono cayeron los rojos raulíes y los dorados laureles. En primitivas carretas, los gruesos trozos y las simétricas tablas, bajaron de las montañas hasta la margen de los ríos. En balsas, manejadas por los balseros o caleuches, los mojados gavillones corrieron en los hombros de los ríos hasta la línea del ferrocarril.

Tierra en formación, primitivas aldeas, a modo de amontonadas barracas, donde aún el indio da relieve y carácter al paisaje.

A veces, en los valles apartados, junto al silbido de las sierras, se oye la algarabía de los guillatunes y no es raro que se crucen, en las caracoleantes veredas, el rubio colono alemán, instalado en la sierra, con el indio de inexpresivos rasgos y coloreado poncho, tejido en la ruca.

Pasado el canal de Chacao, la cordillera da una trágica impresión de abatimiento del granito dominado por el frío y por el mar. Junto a las selvas raquílicas o en el borde de los ventisqueros las mareas cumplen su tarea eterna. La orla enlutada de los cipreses o los delgados gajos de los coigües, negrean en un fondo de picos despedazados o de planchones de nieve.

El hombre de Chile ha logrado, en parte, el dominio de los Andes. Carreteras y líneas férreas cruzan los altos portezuelos o boquetes. De las piedras grises, reventadas por la dinamita, destila la roja burbuja del cobre que llega hasta los muelles de los puertos del Pacífico, del norte y del centro de Chile. Sin el esfuerzo del minero, tal labor no se habría realizado.

Por los pasos del sur, hasta ahora, cruzaron, desde la Pampa Argentina, los ariscos rebaños, al grito enérgico de los arrieros; pero la enorme sierra, prodigiosa donación de la naturaleza a Chile, parece recordar de improviso la catástrofe que la hizo nacer, y con ella, a la cordillera de la costa y a los valles chilenos.

Un sordo estremecimiento recorre las vértebras de granito hasta el mar mismo. Y las viejas ciudades y las modernas aldeas bailan una trágica danza con ruidoso desplome de muros y deslizamientos de tierra gredosa. Ruge el mar como un acompañamiento de la ciclópea sinfonía, y de las heridas de la tierra surgen manantiales y se forman esteros y ríos.

Un gigantesco sopor de nieve acalla la vida de los Andes, al llegar el invierno. Ya no es la cordillera el muro azul que colora la suave poesía de los valles. Pesada y monótona, la nieve cubre las piedras y rellena las quebradas. Torrentes y ríos ya enmudecieron. Los rebaños trashumantes bajan precipitadamente a valles abrigados. Los prados son una lámina

de escarcha y los árboles de las huertas y las cepas de los viñedos, manojos de ramas grises. Un hálito invisible que llega hasta el mar, hace tiritar de frío la parda somnolencia del valle de Chile.

Contraste violento de alegre estío y de invierno rudo, que repite, en la naturaleza, la vida y el carácter de Chile y de los chilenos.

Los valles transversales o la tierra mística. — La región de los valles transversales es un milagro geológico. Sin la barrera de estos valles, el desierto se habría adueñado del paisaje, uniformándolo con la nota muerta de las arenas.

El milagro de las aguas que vienen de las cordilleras, ha consistido en crear el oasis junto a la piedra mineral, alimentar la huerta en el umbral de la bocamina.

No son las líneas serenas de cordilleras y valles, en suave descenso hacia el canal de Chacao, sino la confusión de cerros y de valles estrechos, algo como una hemiplegia del rostro de Chile.

Las lluvias no son periódicas y, con frecuencia, las fuentes cordilleranas de los ríos tienden a secarse. Y entonces, la tórrida tragedia de la sequía se cierne sobre las huertas. Es la mina la salvación de estos nortinos, tan diferentes a los hombres del valle central y del sur de Chile. Los huasos de los valles transversales, habituados ya a estos reveses del clima, dejan sus viñas y sus duraznos para vagar por los cerros con su minúsculo martillo de cateadores.

Delineados los valles por el sinuoso curso de los ríos, se van ensanchando hacia el sur. El desierto los empequeñece en un principio. La humedad los perfecciona en las cercanías del valle central.

Los valles de Copiapó, de Huasco, de Elqui, de Limarí,

de Choapa, son verdes guirnaldas de viñedos y de huertos, y Aconcagua, un amplio remanso de potreros y de sembrados.

El contraste de la piedra y de la huerta corresponde a un contraste espiritual. Sabe la raza de los valles transversales del mortal jadeo de las sequías. En un alto cielo destenido, las nubes que pasan son estériles. Los ríos, hilos de agua, bajo podridas fermentaciones. Los pájaros emigraron a regiones más hospitalarias. Hornos apagados semejan, a la distancia, los cerros rojizos; los prados, estériles manchas de tierra reseca. Los rebaños enflaquecidos o se mueren en el lugar donde nacieron o empiezan a emigrar hacia el sur.

Ya no impregna el aire tibio el aroma de los duraznos maduros. En las viñas, las uvas son arrugadas esferas y en las ramas secas de las higueras no se cuaja el óvalo alargado del higo o de la breva. El desierto se ha hecho dueño de los valles. Y las gentes, resignadas, abandonan sus plantíos para emigrar a las minas y a las salitreras.

Cada socavón, cada veta es para él tan cara como sus descarozados, sus chirimoyas y sus piscos. El cobre, la plata y el oro son extraídos de las piedras con la misma unción que los duraznos, los higos y las uvas. Ni el prodigio de Chañarcillo, que hizo de Copiapó una ciudad de leyenda, ni la misteriosa tierra aurífera de Andacollo, ni la riqueza cuprífera de Tamaya, cambiaron la psicología de estos norteros tan amantes de sus huertas en los días buenos como de las piedras donde dormitan el cobre, la plata y el oro.

En la polvareda rojiza de este paisaje, suele dibujarse la silueta de un burro arriero. Es la tierra que se anima y que anda.

Sin embargo, las nubes oscuras que vienen del trópico se detienen, un día, en los valles y montañas. El agua empapa las piedras escaldadas, corre por los cajones y llanuras, con-

vierte en ríos desbordados los cauces pedregosos y se despeña, espumeando, de las plataformas graníticas. Los poros de la tierra se ablandan con el agua generosa. Se desatan en trinos los pájaros regocijados y los bueyes mugen, elevando al aire sus bellos sedientos. Las caras de estos hombres del norte, rayadas de trazos sombríos, contemplan el milagro de la lluvia, de la red cristalina que, de las nubes, se ha extendido a la tierra.

Las ramas grises de los duraznos se han cuajado de flores rosadas, las hojas metálicas de las higueras recobran su turgencia, y en los potreros, cercados por montes desnudos, se encrespa el pasto en verdeante alfombra.

Breve primavera hecha fructífero estío. Se acendran, privados de su cuesco por el descarozador los duraznos del valle. Ha de correr, dentro de poco, el caldo espeso de las uvas para tornarse en el quemante cristal de los piscos o en el zumo dorado de los pajaretes o madurando en los racimos, en la miel olorosa de las pasas.

El más extenso y el más fecundo de los valles transversales es el de Aconcagua. « Río de Chile » se llamó al río y « Valle de Chile », al valle regado por él. Muchos años, simbolizó a la nación entera.

Pero en el valle de Aconcagua no existe la amenaza del desierto. Los ventisqueros del volcán alimentaron las claras corrientes del río. Y los canales de regadío humedecen potreros y huertas. Alamedas interminables europeízan el paisaje criollo. El sol penetra la tierra de estos valles minúsculos y les comunica una vitalidad portentosa. Los muros de los cerros retienen, aún en los inviernos, la tibia fecundidad.

Así Quilpué, Quillota, donde la palta y la chirimoya tropicales se multiplican como en el Ecuador y en Colombia;

pero no está en las frutas tropicales el carácter del valle de Aconcagua. Son las viñas las que tipifican su paisaje.

Semejante a un ejército de enanos terrosos se alínean las cepas en el llano y en las faldas de los cerros. En el verano, un mar de crespas olas verdinosas. Como pechos, plenos de leche, cuelgan, entre los pámpanos, los racimos oscuros o de color de otoño. Y de las prensas, fluye un río denso que se aquieta, como en el seno de un lago, en los grandes fudres olorosos.

Salvo Chiloé, ninguna región de Chile tiene una conexión más directa con el mar que ésta de los valles transversales. Quizá, por esto mismo, porque los valles son caminos directos de la cordillera al litoral.

En la costa están las ciudades más pobladas, la Serena y Valparaíso. Los puertos y caletas son de una incomparable belleza. Soleadas y rumorosas playas. Constante sonar de mareas, deshaciéndose en las gargantas de las rocas, carriadas por el agua. Y una portentosa población marítima. Es como si la huerta interior se hiciese pez en la espuma y marisco en la roca.

Mar hecho carne en las lenguas de oro de los erizos y en la burbuja turbia de los ostiones, encerrados en su concha rosada. Y en las oscuras redes de los pescadores, desde Caldera a Valparaíso, platean las corvinas y las lisas o cuelgan de los espineles los viscosos congrios.

El mar ha impreso un imborrable carácter en la psicología de los norteños, especialmente en los de la provincia de Coquimbo. Desde luego, los piratas, Drake, Hawkins, Sharpe, Noort, sembraron una semilla de miedo en la plácida somnolencia de los pueblos costeros.

Miedo, inseguridad, la muerte, a veces, en el puñal del pirata rubio, que se hizo aguda religiosidad y que de la costa

llegó a las minas de los cerros. Así, Andacollo y Sotaquí exteriorizan este miedo de siglos y convierten la mina y la huerta, mediante sus danzas y sus cantos, en una rogativa elemental en que lo autóctono se ha mezclado a lo cristiano. Y lo que es una manifestación externa en la masa popular, es crisis permanente, espiritual desasosiego en los poetas de Coquimbo.

Aconcagua y sus puertos recibieron, también, la visita de los piratas; pero su cosmopolitismo, radicado en Valparaíso, borró la leyenda colonial e hizo del puerto un próspero exponente de europeísmo. Aun los chinos, legítimos herederos de los de Andacollo, suelen bailar en las caletas pescadoras el día de San Pedro; pero en Valparaíso no es lo colonial lo que predomina. No es tampoco la síntesis de la huerta de Aconcagua. Es el puerto del valle central y de los valles cordilleranos, y, en parte, una ventana por donde se asoma al Pacífico la pampa argentina.

El desierto o la conquista del salitre. — La zona llamada del desierto, semeja una interminable falda del altiplano. Esta falda, de imperceptible gradiente, no la interrumpen hondos cauces de ríos ni elevaciones excesivas. Es casi una meseta, hasta la misma orilla del mar. Las olas se deshacen en aglomeraciones de rocas tapizadas de algas y cochayuyos de húmedos tentáculos. Los mariscos, erizos y locos, cubren las paredes de las rocas y sobre la lluvia de espuma cruzan sus vuelos blancas gaviotas y garumas.

Una tonalidad amarilla uniforme al desierto. Paisaje unicolor que se anima en el suave celeste del cielo, otro desierto de aire. El sol cae a plomo, verticalmente, quebrando las muertas perspectivas. A la distancia remueve el aire en burbujas cristalinas que fingen selvas de magia, torres de

una ciudad misteriosa o aguas de acogedora quietud. El alma de esta tierra sedienta, hecha un sueño de vida y de frescura.

El sol es, quizá, un enemigo del desierto ; pero el mar, un aliado de siglos. Al morir el sol, el hálito salino de las mareas corre por la amarillenta soledad. La opaca garúa de las camanchacas suaviza los terrones resquebrajados. Y si el desierto es el fondo de un océano solevantado, la camanchaca pudiera ser el mensaje del mar al hermano, inmovilizado en la tierra.

Es un fenómeno de extraña sugerencia, el vuelo de las garumas al desierto, donde depositan su huevo, que entibia la luz del sol. Y al surgir de los cascarones la pelota dorada de los polluelos, las garumas vomitan los peces a medio digerir que traen desde el mar para alimentarlos.

El invierno es una blanca mortaja de nieblas que se disuelve al sol y se arraiga en las cordilleras como una vegetación. A pesar de las nieves, espectralmente dibujadas en el horizonte, los ríos no logran apagar la sed de la tierra. Desaparecen antes de llegar al océano ; no obstante, en su niñez de torrentes, mojan la tierra y se produce el milagro del oasis. En la muerta ondulación de las arenas aparecen Lluta, Azapa, Pica, Tarapacá y Atacama. Aún llegan a sus huertas, repletas de frutales, los coyas taciturnos y sus típicos rebaños de llamas. Blanquean las casitas de caña, revestidas de yeso, de estos pueblecitos que conservan la huella incásica fundida a la religiosidad española. Las rojas esferas de los naranjos acribillan el follaje verde oscuro y en la ramazón de los mangos pende el fruto como una lágrima de oro. No siempre la inercia de la arena predominó en la meseta del desierto. El llano que se inicia en Pisagua y llega hasta Atacama, blanqueado de salares o punteado de tamarugos, fué

una selva húmeda de molles y algarrobos. Vivió allí una abundante población indígena sometida al poder del Inca.

Bajo la costra pedregosa corre escondida el agua fecundadora y sólo el tamarugo, profundamente arraigado en la tierra, logra alcanzar sus ocultos beneficios.

Pero bajo su costra amarillenta, como una marea petrificada, dormía el salitre. Y el párroco colonial que, en su aldea de la sierra, recibió un día de sus feligreses un montón de pedruzcos blanquecinos, no supo la transcendencia de arrojarlos, por inservibles, a su abandonado jardín. Y tan maravilloso fué el estallido de rosas y cardenales, que el cura pensó en la gracia de algún milagro para su parroquia indígena.

Los virreyes del Perú monopolizaron el salitre del desierto. Se descubrió que la pólvora, hecha con salitre, tenía una alta calidad explosiva. Y aquí aparecen, por primera vez, los chilenos en el desierto. Burlando las guarniciones del litoral llevaban el salitre en sus goletas y bergantines. Avanzadas de la raza de los valles transversales y de la costa, en latente ambición conquistadora. Y más adelante, los cateadores cruzan el desierto en busca del oro blanco, con su bolsa de harina y su pequeño saco de cuero.

Al descubrir don José Santos Ossa el salar del Carmen, ya está en potencia Antofagasta, la futura capital del desierto. La guerra del 79 no fué sino la confirmación de una conquista, hecha a fuerza de audacia y de resistencia física.

Las carretas de enormes ruedas, tiradas por mulas, son las antecesoras de los ferrocarriles modernos. Los grandes vapores del siglo xx, amarrados a los molos, de los *clippers* de enredadas jarcias. Y el carretero, quemado por el sol del desierto, de los cargadores, reclutados en todas partes de Chile.

El paisaje amarillento, solitario y silencioso, se llenó de rumores. A los senderos de los cateadores sucedieron los pesados relejes de las carretas, a los relejes, las paralelas brillantes de los rieles. Nacieron ciudades y aldeas. El humo de las fundiciones tiñó el lienzo claro del cielo y una muchedumbre aventurera, la que huía de las sequías de Coquimbo y del Maule, habitó las barracas techadas de zinc.

El desierto empezó a poblarse. Los tiros de la dinamita rompen su costra salobre; las bielas, bien lubricadas, se mueven en torno a sus ejes, como brazos humanos. Aun ruge el viento de la llanura, levantando nubes de chuca, el desierto hecho polvo; pero los muros de las construcciones matan su ira y se entretiene, entonces, en agitar los harapos de los cancheros y desripiadores que pululan, como fantasmas blancos, en todas direcciones.

Ya sea el oro blanco o el oro rojo, en el límite de las cordilleras, el brazo del *roto* minero y del huaso hambreado de las tierras pobres, reanimó este mundo muerto. En la vida afiebrada de los campamentos y en contacto con los pueblos de la costa, su naturaleza cambió radicalmente. Su resentimiento de mestizo y su vanidad andaluza, afloraron a la superficie. Y nació el tipo del pampino, minero o roto, huaso o gañán, transformado en obrero. Los conflictos entre el capital y el trabajo se gestaron en las oficinas salitreras, en Chuquicamata y Potrerillos. La huerta chilena se tornó campamento minero o usina moderna. La vida patriarcal de los viejos fundos, hijos de la encomienda, desapareció para siempre. Al producirse la crisis del salitre, después de la guerra europea, el pampino abandonó el desierto y, amontonado en la cubiertas de los vapores, desembarcó en los puertos y llegó a las principales ciudades del valle central. No pudo reintegrarse a su calidad de minero o agricultor.

Se crearon los albergues, vastos conventillos, pagados por el Gobierno. Y, durante años, vimos deambular por los barrios céntricos al cesante del norte. Lucía sus harapos con el orgullo de un pícaro. Su mirada era desafiante. Sentíase dueño del pequeño mundo de su albergue, donde ensayaba nuevos sistemas de vida social. La ciudad entera representaba al enemigo, la causa algo imprecisa de su tragedia.

Chiloé o la cuna de las gaviotas. — Son cumbres de una cordillera hundida las innumerables islas del archipiélago de Chiloé o Chillehué, « tierra de gaviotas », como la llamaron los huilliches, sus primitivos habitantes.

Una leyenda que recuerda el bíblico diluvio de los pueblos occidentales brota del misterioso pasado de estas islas, pontones fondeados en el plácido adormecimiento de los mares australes.

Dos serpientes, *Caicay Vilu*, símbolo del mar y *Tentén Vilu*, símbolo de la tierra firme, lucharon a muerte en tiempos remotos y venció Tentén.

¿ Recuerda su pelea el hundimiento de la costa occidental de la América de Sur ?

La cotidiana armonía de las vaciantes y crecientes, que dejan amplias playas al descubierto o acercan las mareas hasta la base de los cerros o *tentenés*, como aún los llaman los chilotes, sería la amortiguada repercusión de la catástrofe prehistórica. Gigante respiración del océano, que, en el transcurso de los siglos, ha determinado la vida material de los chilotes y su psicología.

La fauna marítima de los canales, que participan de la quietud de los lagos y de la agitación del Océano, es de una riqueza milagrosa. Recientemente adheridos a las rocas submarinas, se multiplican los choros y quelmahues de azulosas

conchas. En el suave declive de las arenas abren las ostras, jugosa cristalización de las mareas, sus redondas valvas de nácar y pululan entre ellas las pancoras y las enormes centollas, resumen de las más nobles sustancias del mar ; y como un halo de nieve gritona, el vuelo de los chelles, junto a los espolones de las islas o en la apretada red de los huiros, movable alfombra de las caletas.

El huilliche, « hombre del sur » en el dialecto isleño, es un indio dócil, afable, que recibió como un amigo al conquistador. Se mezcló con él y fué un servidor leal. De sus costumbres, de sus creencias, no quedaron sino mitos poéticos, como el de el *Caleuche*, sobrenadando en las nuevas prácticas religiosas impuestas por los jesuitas y franciscanos.

Raza enraizada en la huerta, donde crecen las papas y maduran las manzanas ; y al mismo tiempo, raza audaz y aventurera al coger la escota de la vela o empuñar el remo de ciprés. Y así la tierra y el alejarse de ella por apremios económicos, constituyen una sola fuerza psicológica, un carácter étnico que hermana a los chilotos con los costinos del litoral y con los mestizos de los valles transversales.

El sentido concreto, material, del chilote, limitado por su primaria casa de tablas, la huerta y el bote, no impide la creación de mitos ligados a la vida y al paisaje de sus islas.

En los largos inviernos, las islas reciben el golpe del mar como barcos fondeados y la ola rumorosa de la lluvia resbala por las veteranas techumbres de alerce, disolviendo el humo de las cocinas. En el ancho brasero de canagua se asan las gordas papas chilotas, se esparce en el cerrado ambiente su aroma peculiar y la imaginación embellece, entonces, el sórdido vivir con los mitos habituales, contados de mil diversas maneras. El *Caleuche*, la *Pincoya* y los vuelos de los brujos, *balseándose*, según la expresión chilota,

de una isla a otra. Pero llega un día la primavera. El sur barre las pesadas nubes oscuras. Los canales se tornan azules caminos espejeantes y las colinas de las islas se visten de gayos verdes de papales y sembrados de trigo.

A la distancia, aparece la cordillera, acercada por la nitidez del aire. No es el empinado baluarte de los Andes del centro de Chile. Es un largo sucederse de cerros torcidos y de volcanes desmoronados, cuyos ventisqueros llegan hasta el mar.

En los pueblecitos chilotes, Ancud, Castro, Chonchi, Quenchi Achao, se advierte, como nunca, la conexión del isleño con el mar, principio y fin de su vida y de su destino. Y hasta las mareas, al llenar las playas o alejarse hacia el mar, están conectadas con el nacimiento de los niños y la agonía de los ancianos. A manera de una ofrenda al dios de las aguas, en un hoyo abierto en la arena, comulgan la tierra y el mar en el curanto, resumen de los productos isleños. Al choro y a la taca se unen las papas y los pollos, los erizos a los róbalos. Al empuje del vapor, aprisionado bajo un montículo de tierra y de piedras, los jugos expulsan su esencia y chorrean sobre las hojas de pangué, que separan las capas de mariscos de las de carne, papas y chapeleles. En litúrgica beatitud se abren las bocas de los buenos chilotes, porque si no lo hacen, es parte del rito, las valvas de los choros permanecerán herméticamente juntas, escondiendo la suave pulpa del marisco.

En los muelles de todos los puertos de las islas se agitan y conversan los chilotes que van a embarcarse para Puerto Montt, Aysen y Magallanes. Un atado de ropa y una decisión inquebrantable es el atuendo del aventurero. En la cuadrada casucha, a la orilla del mar, mujer y niños esperan. Muchos vuelven, la mayoría. Otros se quedan para siempre

en los fundos de Llanquihue, con los colonos alemanes o en las estancias chilenas y argentinas de la Patagonia y de Tierra del Fuego.

Extraordinario tipo humano el chilote, hortelano, pescador y marino. Hábil esquilador y puestero y en una evolución moderna, obrero de frigoríficos y graserías. Con él va su isla, sus viejos hábitos y el mundo maravilloso de sus mitos. Las heladas estepas del sur saben de su tesón y de su resistencia física. La marina chilena, de su habilidad de navegante.

Aysen o el equilibrio entre la tierra y el mar. — El valle central se ha hundido en el sur y el Océano ha pasado a ocupar su sitio. Lo que se perdió en tierra fértil se ha ganado en salvaje belleza natural. Las olas van a chocar con el granito de la cordillera. Los estuarios o esteros, como los llaman en el sur, son los ríos, dominados por la fuerza de las crecientes. En sus márgenes boscosas el mar ha modelado la quietud de los fiordos, en cuyas aguas fermenta la vida animal y vegetal. A flor de agua, se desliza la cabeza oscura de las nutrias o se anillan las negras zambullidas de las toninas. Espada de plata, quiebra el agua el róbalo ágil y rozando al zócalo submarino de choros y quelmahues, culebrea el congrio rojo, el pescado del diablo de los chilotes.

En las crecientes, el agua del mar llega hasta la selva y más al sur, en Taitao y Magallanes, a las nieves permanentes, acumuladas en azules ventisqueros.

En los días del verano, azul y oro del sur, se ve la cordillera de los Andes desde el mar. La joroba angulosa del Corcovado o la cabeza tridentada del Milímojo recuerdan los volcanes del centro de Chile. Para un chileno del continente, no es el agua del océano la que rueda hacia el sur. Se evoca el valle

central y sus huertas olorosas y los caminos, decorados de alamedas ; pero al acercarse a la costa, la cordillera se abre en las anchas puertas de los estuarios.

La boca del río Aysen recuerda un canal cualquiera de Chiloé, sin papales verdequeantes ni cuadradas casitas, ni botes, dormidos en la playa. Es un paisaje anguloso y bravío. La selva no tiene el verdor jugoso de Chiloé y de Llanquihue ; pero es un camino que une a Chile con la Patagonia.

El pueblo de Aysen se acumula en el fondo del estuario, en una especie de isla. Sucesión de cubos de tablas y sobre ellos el ángulo diedro de tejuelas de alerce, rutinario molde arquitectónico traído de las islas, forman las casas de Aysen, entre las cuales se destacan las líneas más estilizadas de los edificios públicos.

Ante nuestros ojos perdura el pasado del sur de Chile, el de los pueblos de Chiloé, el de Puerto Montt y el de Magallanes mismo. Se anticipa como una lección experimental, lo que han de ser en el futuro los estuarios gemelos de la cordillera : Comau, Reñihue, Yelcho, Palena, Cisnes y Baker.

Comau y Palena están ligados a la historia y a la leyenda. Por el primero, el padre Meléndez, predicador y viajero, en cuyo cerebro prendieron los mitos de Chiloé, como en el de un huilliche, pasó en varias ocasiones hacia la invisible ciudad de los Césares. Caso único de una ciudad que cambiaba, cada cierto tiempo, de situación geográfica. A veces, se la suponía en la cordillera, más allá de la zona de las selvas, como elevaba sus torres de plata y hacía sonar sus campanas de oro en las islas guaitecas. Más viva, naturalmente, en el cerebro del padre Meléndez y en las leyendas isleñas que en la realidad.

Los canales del sur de Aysen constituyen una faja transitoria entre el paisaje cordillerano y la zona fría del Extremo

Sur, en que el ventisquero y la selva se unen al océano. En la cintura que forma el istmo de Ofqui, en la bahía de San Rafael, aparece el primer ventisquero, al nivel del mar.

Una selva hosca, cuyas raíces se aferran a un terreno fangoso, constantemente inundado, flanquea el agua gris del Río de los Témpanos. Sus ramas, torcidas por los vientos del sudoeste, se animan, sin embargo, con trinos de pájaros y rumores de follaje.

El ventisquero es un muro blanquiazul, recortado en un fondo de negras masas de granito. La mole desapareja da la sensación de lo inestable, del desmoronamiento constante. Los trozos de hielo, desprendidos en las avalanchas, sobrenadan cerca de él. Son de variados tamaños y características. Muchos, pequeños como blancas canoas de huilliches o alargados, semejantes a submarinos a medio flotar. Algunos, monstruosos, colinas de flancos verticales o rocas informes, atravesadas por el ojo azul de una gruta o rotas en picudas aristas arcoirizadas por la luz. En las pleamares, se amontonan junto al ventisquero, como si no quisiesen abandonar su cuna de hielo. Una luz azul, lejana, enfría aún más su albura espectral. Pero, apenas las aguas se mueven con la vaciante, los témpanos comienzan a revivir. Chocan entre sí, partiéndose en bloques que instantáneamente cobran nuevo equilibrio o, al volcarse, sustituyen sus aristas puntiagudas por superficies lisas y opacas. Al acentuarse la vaciante, este combate ciego, disparatado, adquiere la precisión de una maniobra naval. Los bloques de hielo comienzan a desfilar hacia el océano, como navíos en marcha. Algunos, los más pequeños, se deshacen, fundiéndose con las frías aguas. Otros, los más grandes, vuelven a la orilla del ventisquero hasta disolverse, por fin, en onda marina, en corriente bullidora.

Detrás de estas sierras puntiagudas, resumen gigante de

agua, de nieve y de árboles, se extiende una planicie ondulada que encrespa el pardo matojo del coirón. Es el paraíso de las ovejas. La mayor parte de los actuales pobladores, chilotos y campesinos del valle central del sur, entraron a Argentina por el paso de Lonquimay y fueron pastores, arrieros y esquiladores en el Neuquén, Río Negro y Chubut. La pampa les dió un nuevo sentido agrícola. El hortelano se hizo pastor; el marinero chilote, esquilador y obrero.

No eran hombres de muchos escrúpulos, algo cuatreros en la juventud, sedentarios en la edad madura; pero fundaron pueblos e hicieron posible la conexión de la estepa patagónica con la costa de Chile, a través de húmedas selvas, de lagos y de ríos, nunca explorados por los hombres blancos.

Magallanes o los pies hundidos del continente. — En Aysen, se equilibran las piedras y el agua. A la orilla del mar, junto a la nieves, levanta el ciprés la orla oscura de su ramaje. Al sur del Golfo de Penas, el océano predomina sobre la cordillera, cuyos dientes carcomidos muerden un cielo helado, sucio de nubes, y los glaciares descienden hasta el mar, a modo de blancas escalas de hielo.

Pequeños coigües logran vivir en las quiebras de las rocas. Su tronco retorcido y la inclinación de sus ramas hacia el sudoeste hablan del amo de estas regiones: el viento polar. El sudoeste y su hermano tropical, el norte, impiden el desarrollo de la vida en esta cordillera sumergida en el mar.

El sudoeste es claro y rugiente, bajo la diafanidad de un cielo sin nubes. El norte es negro y tétrico, arriero de pesadas nubes, cargadas de lluvia.

Milagro de vitalidad y de adaptación es habitar en estas sierras, azotadas por el viento y adormecidas por el mar. Los alacalufes y yaganes, restos de una raza en agonía, son ya

casi hermanos de las nutrias y lobos marinos que ellos aún persiguen con sus perros y sus botes.

Si la vida humana es difícil en este medio hostil, no lo es la de los lobos y pájaros marinos. En las rocas, azotadas por el mar y en las solitarias playas de las islas, descansan, en densos rebaños, lobos y focas, que el bramido del macho, jefe de la manada, despierta de su adormecimiento. Llenan las rocas y las arenas ruidosos conciliábulos de pingüinos y la helada inmovilidad del aire, la quiebran los vuelos de albatros y gaviotas.

Los navegantes, el propio descubridor Hernando de Magallanes, Sarmiento de Gamboa más tarde y en el siglo xix, Fitz Roy, casi no se detuvieron en las desiertas costas. Los pesados veleros navegaban por los canales, cruzados por insidiosas corrientes, con toda clase de precauciones marineras. Y si desembarcaban, surgían de las estepas los ágiles tehuelches y en las bahías de Tierra del Fuego los onas, forrados en pieles de guanaco.

De aquí los nombres con que bautizaron las tierras descubiertas: Puerto del Hambre, Bahía Inútil, Seno de Última Esperanza, Isla de la Desolación. Más que reales, denominaciones subjetivas. El propio Darwin, que acompaña a Fitz Roy, tan penetrante observador, se engaña ante estos parajes aparentemente estériles y los califica de *tierra maldita*. Era el punto de vista de los marinos. Ellos no vieron sino el contorno del continente. Cumbres derruidas por telúricas catástrofes, selvas raquílicas, aplastadas por el viento; ventisqueros que se derrumbaban en sordas avalanchas y aguas enredadas de traidoras mareas.

El grupo de casas de madera que se amontonó en Punta Arenas, bajo la presidencia de don Manuel Bulnes, es el comienzo de la conquista de Patagonia.

La estepa se extendía hacia el norte en una interminable ondulación. Llanura de tierras pardas, erizadas de rispidas matas de coirones y ennegrecida a ratos por los calafates, doblegados por el viento. Desplazándose en eterna fuga, las manadas de guanacos daban vida un instante a la estepa. Y tras ellos silbaban las boleadoras de los tehuelches nómadas. El trote de los avestruces aclaraba la opaca tonalidad del paisaje y el graznar de los caiquenes, sobre el pasto, prestaba un sonido, diverso al silbido del viento, a su silencioso letargo.

El invierno no era sino un blando sopor de nieve.

En un comienzo, para los hombres instalados a la orilla del estrecho, la vasta soledad patagónica no tuvo otra significación que unos ponchos tehuelches o unos cueros resecos de guanacos, colgados en los almacenes de Punta Arenas.

El mar fué la fuente primera de su prosperidad. La abundancia de lobos y de nutrias creó al lobero. En *cutters* y goletas, chilotes, españoles e ingleses, fueron en busca de los lobos a bahías y senos desconocidos. Las valiosas pieles de lobos y de nutrias, tan heroicamente adquiridas, quedaban en los mostradores de cantinas y tenduchos y enriquecieron a los comerciantes y cantineros. A ellos les bastó la satisfacción de su instinto.

El buscador de oro es hermano del lobero, en el espacio y en el tiempo, porque el oro aparecía en esteros y playas apartadas. El propio lobero, acampado en la costa, utilizaba su chaila y limpiaba las arenas. Y al llegar a Punta Arenas, blanqueado de sal marina, llevaba en un saco las pieles y en una botella las partículas de oro, gotas de sol cuajadas en la muda esterilidad de Tierra del Fuego.

Aventurero y elemental, derrochador e inescrupuloso, el perfil del lobero y el del buscador de oro se impone sobre

los comerciantes y sobre las autoridades civiles y militares, en la primera etapa de la vida magallánica. En realidad, es el que crea riqueza y conquista el áspero paisaje. Triunfador de los dos enemigos del hombre en la tierra del sur : el indio y el clima. Contra el clima, el *guachacai* y el *whisky*, a costa de pieles y de oro. Contra el indio, la crueldad y la traición ya que la cabeza oscura del ona o del tehuelche equivalía a una piel de nutria o de lobo de dos pelos.

La oveja termina el período heroico de Magallanes. Un gobernador chileno las trajo a Patagonia. Vinieron de las Malvinas, trozo de la estepa en medio del Atlántico. Las primeras no resistieron el viento y la nieve, pero, al fin, se aclimataron. Y el campo libre, ilímite, del cual era rey el tehuelche y su caballo peludo, el avestruz trotón y el rápido guanaco, lo cuadriculan, ahora, interminables alambradas y lo vigilan ovejeros y astutos perros pastores. En las hondonadas, ya no se esconde el puma, cazador de guanacos, ni el rojo zorro magallánico. Solo el coruro estornuda bajo la tierra, indiferente a la transformación de Patagonia.

La oveja tarda destruyó la aventura. El cuidarla de las nevazones y el defender las crías de los caranchos, es la única dificultad de su conservación. El hombre cuenta con un aliado insuperable : el perro pastor. Las torpes masas de lanudas ovejas se tornan manejables, mediante la inteligente colaboración de los perros, en estrecha convivencia con el amo.

Al matar la aventura, la oveja estabilizó la vida del sur. Por su carne y por su lana es una riqueza permanente. Y el lobero y el buscador de oro fueron absorbidos por puesteros y pastores y por los frigoríficos y graserías, industrialización de los millones de ovejas que nacen y mueren en la tierra del coirón y del sudoeste.

Aún el cutter va a las loberías y los perros nutrerros buscan los chungungos en los rincones de los canales ; pero las ciudades, evolución de los campamentos, en Patagonia y Tierra del Fuego no son hijas de ellos sino de los explotadores de la oveja. Los antiguos tenderos, compradores de pieles y de oro, son hoy estancieros millonarios. Españoles, ingleses, yugoeslavos o austríacos, así los llaman en el sur, llevaron el confort y la riqueza a la tierra donde el sol no quema. Su esfuerzo habría sido estéril, sin los loberos y buscadores de oro y sin los chilotos, obreros y marinos, maravillosamente adaptados a la vida del lejano sur.

Los chilenos de las islas conquistaron las estepas, como los del norte la vastedad de los desiertos.

Síntesis étnica. — Se ha dicho con frecuencia que el chileno tiene una mentalidad isleña y la observación es justa. El aislamiento del hombre de Chile, producto de la cordillera y del mar, ha conformado un tipo racial de gesto rondo y de palabra sobria. La observación es aplicable a los chilenos de todas las clases sociales, desde el caballero de Santiago al roto de los arrabales y a los inquilinos de los fundos.

El roto y el huaso, con excepción del chilote, no crearon tipos que representasen su tragedia social, ni una mitología que evocara alegóricamente su evolución en la noche colonial.

Una fatalidad histórica, la de la encomienda, mantiene al mestizo en el campo o en las minas, esclavizado por el encomendero. El mestizo, muy cercano al indígena, no piensa ni se subleva. Obedece, únicamente. Hay que buscar el origen del huaso y del roto en el pequeño mundo de la encomienda. La evolución de la encomienda en fundo, después de la independencia, y con una relativa libertad de acción para el

inquilino o el minero, determinan, con rasgos definidos, al huaso, que permanece en la tierra y al roto, que rompe sus lazos con ella.

Del huaso nace el roto. Es un hijo rebelde que no soporta la esclavitud del encomendero o del patrón; en la mayoría de los casos, errante en los campos, perseguido por las autoridades rurales y divorciado, finalmente, de la tierra donde nació.

El carácter de la tierra chilena, compuesta de rincones, cerrados por cerros y cordilleras, contribuyó, en gran parte, a separar al patrón de los inquilinos. Terminaron por formar dos clases antagónicas y enemigas. La constante vigilancia del encomendero sobre el siervo, retardó la evolución racial de Chile. El huaso, que permaneció en la tierra, imitó al patrón y adquirió sus hábitos burgueses. Su aspiración no era otra que enriquecerse y llegar, alguna vez, a tener influencias y dominio en su rincón. El roto, era la antítesis. Aparentemente, el aspecto negativo de la raza. En el fondo, el germen revolucionario, la evolución en camino. Bandido en un comienzo, se hizo marinero en las costas, soldado en los motines y revoluciones, minero en el norte, obrero en todas partes donde había trabajo.

Los rotos han formado el elemento popular en los partidos de izquierda. Sin embargo, la clase alta y la clase media continúan dentro de la sociabilidad chilena, sin fundirse. Son dos razas diferentes.

Los restos de una paya, que un milagro anónimo de memoria ha conservado, simbolizan el fenómeno de la raza chilena en evolución. Es un contrapunto entre un señor campesino, Javier de la Rosa y un payador profesional, el mulato Taguada. El hombre del pueblo es vencido por el terrateniente. No soporta su derrota. Calladamente abandona la ramada campesina donde lo vencieron y se pierde en la soledad del

campo. Se suicida, rebanándose el vientre. El hecho es simple, pero tiene una honda significación racial.

Del roto, no quedan sino anécdotas aisladas, *tallas*, como las denominan, recordando los juegos de naipes, el monte, sobre todo. Fragmentos que explican su vida aventurera, desorbitada. Las tallas, las ocurrencias, los modismos, los chistes, son sus efímeras manifestaciones psicológicas. De aquí, la dificultad de crear al roto literario. Adaptable y desmoralizado, se desfigura según el oficio al que el azar lo lleve. Minero o pampino en el norte; cargador en los muelles de Valparaíso o Antofagasta y hasta balsero en los ríos del sur. Y si nos fijamos en el huaso y en el roto, fuera de la ley, su antítesis subsiste. El huaso es cuatrero, ladrón de animales. Su arma, el choco o carabina recortada. El roto es puna o ratero. El corvo y las derivaciones modernas del corvo, su arma predilecta.

El huaso varía, igualmente, según las regiones de Chile de donde proviene. Diverso del huaso del valle central es el costino. Alegre y parlanchín el primero, callado y torvo el segundo. Derrochador el huaso del valle central, económico el de la cordillera de la costa. El huaso es un jinete petulante, que ama las topeaduras y las carreras; revuelve su caballo con provocativo gesto, dobladas en el hombro las haldas multicolores de su manta. Al costino lo cubre un poncho viejo y apenas toca los ijares de su caballejo flaco al subir las pendientes gredosas de los cerros; pero derroche y contención, significan la misma cosa. Es el medio fértil o el campo pobre lo que los ha diferenciado.

El huaso de los valles transversales, como ya lo hemos dicho, es una mezcla de hombre rural y de minero, y el chilote, más cercano al huaso costino, la fusión del marino y el pescador con el cultivador de las huertas isleñas.

Todos estos elementos, dispares por el origen y diferenciados por el medio en que se desarrollaron, cumplieron, en la formación de la nacionalidad chilena, su destino biológico, determinado por una imperativa fatalidad económica. Ni las clases altas, ni la incipiente clase media influyeron en esta lógica inmigración interna.

Los mineros de Atacama y Coquimbo, los costinos de los valles, en busca de trabajo, asentaron el pie en el desierto, y ellos constituyeron la irresistible ola humana que venció a Bolivia y al Perú.

Los chilotes, en el sur, dejaron sus costas pedregosas y ayudaron al colono alemán en Llanquihue, y, más adelante, a los estancieros de Aysen, Baker, Magallanes y Tierra del Fuego. Los inquilinos del valle central, especialmente los de la provincia de Chillán, derribaron los árboles de la selva austral y colonizaron las sierras, ganadas al bosque y al mapuche.

Gigantesco esfuerzo de expansión, de los rotos, de los huasos y de los chilotes, que ha venido a concentrarse en Santiago, síntesis de Chile, no sólo en el sentido moderno, sino en la permanencia de su tradicionalismo. La contención pacata, unida a las más audaces reformas sociales. La avaricia, al desenfreno. El tejado colonial, al rascacielo, imitado de Nueva York.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CAPÍTULO II

LOS ESCRITORES DE LA COLONIA

Perfil de Ercilla. — Oña, el chileno. — Ovalle, el paisajista. —
Dos novelas disfrazadas de crónica. — Lacunza y el mesianismo

Perfil de ERCILLA. — Nuestra literatura colonial es, en el fondo, una apología de Arauco y de la raza araucana. Sin embargo, el mestizaje del conquistador y del mapuche no constituye una base étnica apreciable. Es más bien un mito nacionalista, una creación literaria. La porción indígena de la raza chilena tiene mucho más del indio del valle central, del *promauca*, vocablo quechua que significa enemigo, rebelde, por la resistencia opuesta a la conquista incásica.

Lo que los cronistas llamaron La Frontera, es decir, la tierra que se extendía al sur del Bío-Bío, durante dos siglos estuvo bajo el control de las tribus mapuches. Salvo las ciudades del valle central y de la cordillera de la costa, eternamente amenazadas por las malocas de los indios, el resto de la tierra lo dominaban las cabalgatas ruidosas de las tribus sublevadas. Y si hubo alguna conexión étnica fué más bien por las mujeres españolas raptadas que por las indias, mancebas de los españoles.

CÓRDOBA Y FIGUEROA cita el caso de unas mujeres indígenas caídas en poder de los soldados castellanos, al atardecer de un día de verano. A la mañana siguiente, las encontraron ahor-

cadadas de las vigas del rancho con sus policromados ceñidores.

Aún hoy las *chinas*, según el calificativo del sur, apenas las conocen los huincas, y la antítesis de raza subsiste entre el mapuche y el huinca o español, cuyo fondo colinda con las reducciones.

Persistía en ellos una herencia guerrera, porque fueron conquistadores, según la hipótesis de don Ricardo E. Latcham. Atravesaron las cordilleras por Lonquimay (venían de la pampa) y vencieron al pueblo primitivo que habitaba en la zona austral, del cual tomaron el idioma. Su calidad guerrera se manifestó desde los primeros tiempos de la conquista. El caso de Lautaro es único en la historia de América. La derrota y muerte de Valdivia en Tucapel no es una casualidad ni una sorpresa. La imprevisión de Valdivia se justifica, porque su experiencia de América y su orgullo de tercio de Flandes, no adivinó el genio militar en un indio que fué su criado.

Lautaro, astutamente, preparó su plan, de acuerdo con las características de la tierra y con la posibilidad ofensiva de los araucanos. Su genio consistió en eso. Fué el precursor de los guerrilleros chilenos. Aprovechó inteligentemente lo que estaba a su alcance y creó un arma nueva, el lazo, conexión con la tierra ya transformada, que le dió la victoria en su segunda campaña, en Marigüeno. Y desde Lautaro hasta Pelantaro, el destructor de las siete ciudades, en el siglo xvii, esta resistencia inteligente no se desintegra. Y es lo que aprovecha astutamente Benavides, después de Maipú, para arrojar las tribus de las cordilleras contra Freire, en la guerra a muerte.

Es posible que el mito étnico de Arauco y la raza chilena se hubiera olvidado o se cobijara en las páginas desabridas de una crónica, si no hubiera venido a Chile este paje crespo y voluntarioso de la corte de Felipe II.

ERCILLA concibió anticipadamente parte de su poema. Algunos de sus héroes, Lautaro, por ejemplo, vivieron con las palabras encendidas del viejo Alderete, compañero de Valdivia.

De los treinta y siete cantos de que consta *La Araucana*, quince relatan hechos acaecidos antes de la llegada de Ercilla a la costa de Penco. Y así me explico el escaso relieve que tienen las figuras de los capitanes españoles, frente a Lautaro, Caupolicán, Galvarino y Colocolo. Por desgracia, Ercilla no alcanzó a penetrar en la psicología de sus héroes mapuches. Desde luego, no aprendió el idioma y su conocimiento de Arauco fué el de un europeo, un hombre del Renacimiento en contacto con un pueblo primitivo que defendía heroicamente la tierra donde vivía. Para un hombre del siglo xvi esos bárbaros tenían un valor esencial, porque se acercaban al concepto del héroe, tal como se concibió en la España de su época. Y esto fué, precisamente, lo que limitó la belleza artística de su poema.

El tumulto de los combates, las peripecias individuales de las batallas, la sangre que corre por la tierra, el chivateo de los indios, el relincho de los caballos, anotados con minuciosa complacencia, tiene el fondo obscuro, incoloro, de un cuadro de la época o el de los relatos caballerescos. Le interesó el primer plano, la calidad humana de los hechos y el escenario se le escapó; sin embargo, el paisaje estaba presente. Los cascos de su caballo le iban delineando los caracteres del panorama del Chile austral: la enorme selva, traspasada de sol, sonora de chucaos y huíos, el correr de los esteros, el cristal de los lagos, la ruta de plata de los ríos y el deslizarse de esos mapuches con sus rojos trariloncos, por entre los árboles inmóviles. Y es que Ercilla no fué un verdadero poeta en el alto sentido de la palabra. Viajó con un pai-

saje convencional, formado por su educación clásica. Así, al mirar el encaje de un coigüe o la simetría de un alerce, no vió sino árboles como todos los árboles que conocía. Lo aguijoneaba, como a casi todos los conquistadores, la inquietud de los descubrimientos. Con un grupo de españoles atraviesa las selvas de la costa y llega hasta el canal de Chacao. Tiene ante sus ojos el panorama de los canales del sur. A lo lejos, se perfilan los contornos oscuros de las islas del archipiélago de Chiloé. Habla de las canoas huilliches, de estos hombres que corren solícitos al llamado de los castellanos. Generosos, ofrecen lo que tienen. Algún curanto debió saborear Don Alonso cuando pisó la arena de la isla grande de Chiloé, después de atravesar Chacao en el pequeño *barco deslastrado* de que habla, seguramente la canoa marinera de los isleños. Pero a él no le conmueven tales detalles. El hecho de descubrir nuevas tierras para su rey y la resistencia, a través de bosques cerrados y húmedos, significan más que el paisaje, dormido bajo un cielo azul de verano.

Sin embargo, hay un instante en que el hambre lo obliga a incorporar en sus octavas reales un matiz del paisaje austral de Chile. Acaban de llegar al borde del canal de Chacao. Aún los chilotes no los han descubierto. De pronto, al bajar a la playa

hallaron la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa
y aunque agreste, montés, no sazónada
fué a tan buena sazón y tan sabrosa
que el celeste maná y ollas de Egipto
no movieran mejor nuestro apetito.

A puñados la fruta unós comían,
de la hambre aquejados importuna,
otros ramas y hojas engullían,
no aguardando a cogerla una por una.

Y no hay más. « La Araucana » es un aguafuerte donde la suavidad no tiene cabida. En el claroscuro, perfílanse puntas de lanzas y brillo de espadas y corazas.

Al modelar Ercilla en la dura greda de sus versos a los araucanos, no sólo escribió un poema épico, el mejor de la literatura española, después del de *Mío Cid*. Creó, también, un mito literario, que aún persiste en la poesía, en el teatro y en las artes plásticas de Chile.

Los siglos xvi y xvii vivieron exclusivamente de Ercilla y Arauco. Poemas y crónicas intentaron estudiar la raza araucana en su calidad guerrera y en sus costumbres familiares.

La vida chilena colonial se estabilizó en Concepción, decorada de fuertes y de malocas de indios. Santiago, adonde Ercilla no llegó, pues desembarcó en Penco y de aquí volvió a España, aparece ajeno a ese momento de la vida chilena. El Convento, dicen con cierta ironía los soldados de La Frontera, y los santiaguinos responden despreciativamente, refiriéndose a Concepción : el Fuerte Penco.

OÑA, *el chileno*. — El caso literario de PEDRO DE OÑA ofrece un curioso contraste con el de Ercilla, de cuya influencia no pudo librarse.

En el valle de Angol, en plena Araucanía, al pie del Nahuelbuta, vino al mundo el autor del *Arauco domado*. Nace en un fuerte, en medio del combate mismo donde ha perecido su padre, herido por los jinetes mapuches. Nadie mejor capacitado que Pedro de Oña para fijar el medio y darle un carácter real a la guerra de Arauco.

Sobre Ercilla tenía la ventaja de ser chileno. Y desde las empalizadas del Fuerte de Angol oyó seguramente los chivateos de los jinetes mapuches y los combates con los castellanos que defendían el reducto. Más de una vez, ante sus ojos

de niño, debió brillar la misteriosa mirada del cacique prisionero y en la capilla del fuerte, teñir de rojo la sombra, los cirios que velaban el cuerpo desangrado de algún capitán de la guarnición, caído en la pelea.

A pesar de que declara en el proemio de su « Arauco domado », *que escribe por el solo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nació; tanto como esto puede el amor a la patria*, la visión de la tierra y el verdadero carácter de los araucanos están en sus octavas más falseados aún que en el poema de su maestro.

Si en Ercilla el coraje araucano es un fenómeno semejante al ímpetu español, natural interpretación de un hombre del Renacimiento, en Pedro de Oña los guerreros y mujeres de Arauco son delicados pastores de una tierra eglógica. El paisaje de Angol, su valle fértil y el muro del Nahuelbuta, al occidente, coronado de pehuenes, no existen para él. La influencia de sus lecturas es más poderosa que la realidad, y en el bravo paisaje araucano alargan sus esbeltos troncos los chopos y los álamos o se dibuja la clásica silueta de los fresnos de Europa. Descripciones idílicas, humedecidas con la melancolía de Garcilaso o decoradas con la verba suntosa de Góngora. Y aunque su respeto al maestro es considerable, el « Arauco domado » se aleja de la guerra, de las masas de soldados que pelean, para exaltar la figura de don García Hurtado de Mendoza, su protector y pariente.

Pedro de Oña era, sin duda, un hombre de sensibilidad, un temperamento bondadoso y agradecido; pero este agradecimiento aparece ridículo en su descontrolado afán de elevar la figura de su héroe.

Catad aquí do sale don García
con tanto resplandor y luz tan rara
que no salir Apolo no importara.

Y cuando se refiere a la potencia de su brazo da la impresión inesperada de un ironista.

El mar del sur, del norte y de Lepanto,
el más pequeño pez y oculta foca
sintieran claro el son del golpe avieso.

La hipérbole llevada a tal exageración, hace suponer a Menéndez Pelayo, con toda su gravedad de erudito, que en Oña había un criollo socarrón que intentaba reírse de sus lectores y de su propio héroe. No es exacta la apreciación. Para un español del siglo xvi (treinta años de su vida pertenecen a este siglo) el reírse de un Virrey sería como bromear con las cosas del culto. La comicidad aparece por la antítesis de la materia con el temperamento del poeta. Un individuo de cortesanos modales, amante de las bellas palabras, nace en un fuerte y escribe un poema épico. Resulta una difícil empresa convertir en trompa épica un caramillo pastoril.

Durante el siglo xvi y parte del xvii los capitanes españoles logran aprender el arte de fabricar octavas reales y de llenarlas con episodios, más o menos semejantes a los de « La Araucana », sin que ninguno de ellos, salvo aciertos parciales de Oña, logre una verdadera interpretación de Arauco y de su gente.

El *Purén indómito* de ALVAREZ DE TOLEDO tiene la interesante significación de continuar las guerras de Arauco y dar relieve a la figura de Pelantaro, el destructor de las siete ciudades y vencedor en Curalava.

Pelantaro es el Lautaro del siglo xvii y una trágica coincidencia une a los dos toquis, a través de la historia. Ambos vencieron a dos capitanes generales de Chile, y los exterminaron en el combate, Lautaro, a Pedro de Valdivia; Pelantaro, a Oñez de Loyola.

Las guerras de Chile, de ANTONIO DE QUIÑONES y el *Compendio Historial del Descubrimiento, Conquista y Guerras del Reino de Chile*, de MELCHOR JUFRÉ DEL AGUILA, no son sino crónicas en verso, imitadas de Ercilla, por capitanes de cierta cultura y escritas por razones muy ajenas a la pintura de la verdad histórica o de la exaltación de la sensibilidad ante la belleza de los paisajes y ante los hechos de los araucanos.

OVALLE, *el paisajista*. — Es un prosista, el Padre ALONSO DE OVALLE, el que poseyó, más que nadie, el don poético y el profundo sentido de la belleza natural de su tierra nativa.

Posiblemente la bella prosa, armónica y colorida de nuestro chilénísimo jesuita, no habría tenido la forma de una crónica o la descripción de los paisajes cordilleranos y de las costas, sin el viaje de Ovalle a España, a propagar, la evangelización de los araucanos.

Sus hermanos españoles apenas conocen a Chile. Su nombre mismo les es extraño. Y el Padre Ovalle, lleno de fervor, empieza la evocación del país lejano donde nació. El libro se titula *Histórica relación del Reino de Chile*. Hay que anotar este vocablo *relación* que le comunica al libro un sentido novelesco inesperado, una cierta libertad interpretativa, alejada de la simple crónica o de la historia misma.

Adquiere, debido a esto, el libro de Ovalle, una caracterización poemática, donde se respira la tierra chilena y su alma regional. No guía su pluma la disciplina rígida de la cronología. El recuerdo va cobrando, evocado desde Europa, una fuerza telúrica, un vigoroso relieve evocativo.

Es esencialmente un gran poeta de América, como no lo fueron ni Ercilla ni Oña. Para él la tierra existe en forma integral y concreta. Con sus cordilleras típicas, con sus valles, con sus costas, sus ríos precipitados, sus pueblos en forma-

ción. Y se precisa con los árboles de las quebradas, los frutos de las huertas, las nieves y arroyos de las cordilleras y los mariscos y peces de las costas.

En sus oídos resuena el canto de los ríos y de los vientos, los del norte que traen las lluvias y los del sur que limpian los cielos. Y en especial la cordillera. Los más bellos tonos de su estilo plástico se refieren a las aguas y a las cumbres de los Andes.

Cumplía dieciséis años el Padre Ovalle cuando cruzó por primera vez la cordillera. Huye de sus aristocráticos parientes que intentan arrebatárselo a los jesuitas, porque, según ellos, lo tienen secuestrado. Va a empezar su noviciado en Tucumán. El jovencito mira con asombro el rudo panorama de los Andes. Desde el valle, la Cordillera no es sino un macizo oscuro, vetado de nieve. No revela al espectador lejano el prodigio de su corazón: el terciopelo de los mallines, donde pastan los guanacos ariscos, el incesante correr de las aguas, la alba inmovilidad de los ventisqueros y la audacia del picacho, que horada el cielo azul entre alas de nubes. Y el viento de la Cordillera, hecho de millones de agujas de hielo, que ruge, que acaricia y que canta según las horas y el tiempo.

Este paisaje se grabará vívidamente en su memoria. Y su pluma lo va a inmortalizar :

Vamos por aquellos montes pisando nubes. Hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra, sin que podamos divisarla y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza. El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, lo vemos de estas cumbres, tendido por el suelo, escalabelo de nuestros pies. Cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y

delicado, que apenas con dificultad basta para la respiración.

Verdaderamente es cosa más para vista que para referida, si bien no le sale de balde a los caminantes la curiosidad de ver cosas tan singulares. Se va siempre por un sendero donde apenas caben los pies de una mula; hácenle lado por una parte inmensos despeñaderos que tienen por término en su profundidad un curioso y caudaloso río y por el otro, tajadas peñas y empinados montes, donde se topa la carga, como muchas veces acontece, y lo he visto por mis ojos, en algún peñasco sobresaliente o en algún recodo que estrecha demasiadamente el paso, derrumba la mula y la hace ir volteando hasta dar con ella en el raudal del río. En muchas partes es necesario apearse y aún no va un hombre seguro en sus mismos pies, porque algunas laderas son tan derechas y resbaladizas que pone grima andar por ellas. Son tan altas las subidas y bajadas, que cuando de lo bajo se hunde la vista a mirar a los que van ya en lo alto, a mí me parecía temeridad o cosa imposible el haber de llegar allá.

Menester fué para contrapeso y alivio de los peligros y penalidades de estos caminos que temple Dios sus rigores con el entretenimiento de tantas y tan alegres fuentes o manantiales, como los que se van descubriendo y gozando por ellos; vense algunos descolgarse de una imperceptible altura y no hallando obstáculos en el espacio intermedio, saltar esparcido todo el golpe de agua, que suele ser muy grande y desbaratándose en el camino en menudas gotas hacer en la bajada una hermosísima vista como de aljófár derramado o perlas desatadas, que con la fuerza del aire que sopla, ya de esta parte, ya de la opuesta, se cruzan y entretejen entre sí, haciendo un vistoso ondeado desde el alto de su nacimiento hasta la tierra, donde, convirtiéndose en arroyos, van a incorporarse con el canal principal del río, que corre por medio.

Otros se despeñan de no menor altura por peñas, que con sus diferentes posturas y disposiciones las hacen saltar, de manera que ya toman ésta, ya aquélla figura; aquí se levantan en forma de penachos y vistosos plumajes; allí se esconden como fugitivos

por las grutas y cuevas y remanecen donde menos se precisa, haciendo espuma y cubriendo como de escarcha las piedras por donde pasan. Unas veces se extienden o explayan con mansedumbre por las peñas lisas y llanas, otras se encanalan con las cuchillas de otras, por donde se precipitan, ya culebreando como sierpes, ya dividiéndose en varios ramos y pasando por entre guijas a su centro.

Volvió el Padre Ovalle a atravesar la cordillera en menesteres de su oficio, pero el recuerdo de este paisaje de altura, visto por los serenos ojos de un aspirante a fraile, es el más nítido y el más poético.

Su novedad consiste en la incorporación de la naturaleza andina a la literatura chilena. Ni Ercilla ni Oña, por razones ya explicadas, se preocuparon de la cordillera. Ninguno de los cronistas y geógrafos posteriores, la vieron con los ojos del Padre Ovalle, teñidos de auténtico color.

Algunos de ellos, el Abate Molina, por ejemplo, pidió en trance de agonía, lejos de su patria, un poco de agua de la Cordillera. Infatigable viajero, sus palabras evocan el frescor de las vertientes y la vitalidad de los aires cordilleranos.

Los viajeros ingleses y franceses, posteriores a la Independencia, anotaron matices del paisaje, de los arreos de mulas y de los endiablados caminos de la sierra. En la historia de la literatura chilena, salvo las admirables aguafuertes de PÉREZ ROSALES y, en este último tiempo, la novela *Froilán Urrutia* de JUAN MODESTO CASTRO, nuestra Cordillera no es sino lo que era antes del Padre Ovalle: un muro azul, blanqueado de nieve, que ha servido de símbolo nacionalista a numerosos poetas de tipo oficial.

El Padre Ovalle no sólo describió cordilleras, valles y costas, precisando el escenario de la vida chilena del siglo

xvii. Se preocupó de las razas que habitaban el país y de los mestizos.

Es un panegirista del indio, como lo fueron el Padre Valdivia y todos los jesuítas de su tiempo. Pasada la conquista, llegaba una etapa de verdadera comprensión del mapuche.

La conocida anécdota del indio que, desnudo, no siente el rigor de la temperatura austral, atribuida a un indio alacalufe, es el Padre Ovalle el que la da a conocer.

Se lamenta el jesuíta del poco abrigo que usan los indios, aún en lo más crudo del invierno chileno. Un militar interrumpe al fraile :

— Vuestra paternidad, ¿qué reparo trae en la cara para defenderse del frío ?

— ¿Yo, señor? Ninguno.

— Pues ¿qué piensa, Padre, qué son estos indios? Todo son cara.

En Ovalle la sensibilidad es superior a la observación. Sus consideraciones sobre los araucanos carecen, por esto mismo, de valor real. Incluso, prosifica versos de Ercilla, como los cronistas de la Edad Media, con los Cantares de Gesta.

Sobre los santiaguinos, a quienes conoció en su calidad de confesor y en la cátedra de filosofía del Convictorio de San Francisco Javier, sus observaciones tienen mayor importancia psicológica. Son el juicio del maestro sobre sus alumnos. Sin muchas modificaciones podrían aplicarse hoy día en las escuelas, liceos y universidades.

Les gusta la milicia y el estudio les repugna :

Son naturalmente más inclinados a la guerra que a otros ejercicios y así hay muy pocos que se aplican a la mercancía y los que no se dedicaron desde niños y aplicándoles sus padres a ello, no se inclinaron y comenzaron con tibieza y desgano este ejercicio, fácilmente le dan de mano ; y en sonando la caja o la

trompeta, se inquietan de manera que no paran hasta asentar plaza de soldados, porque les agrada más la libertad de la milicia que la sujeción y disciplina de las escuelas.

Son corteses, pero orgullosos :

Los que les saben obligar honrándolos y tratándolos con la cortesía y respeto debidos, son dueños de sus voluntades, y los muchachos, llevados por bien son muy dóciles y fáciles de persuadir, pero si quieren llevarlos por mal, muerden la manta y lo hacen peor ; y así tenemos hecha experiencia en nuestros estudios y escuelas, que se obligan más a estudiar, procurándolos llevar por motivos de honra y suavidad, que por vía de rigor y aspereza.

Como lo anotaron otros cronistas, el Padre Ovalle observa la ingénita inclinación criolla a vivir con lujo, en diversión continua y sin preocuparse del porvenir, rasgo común a todos los hispanoamericanos.

« Nadie se tiene por menos rico, que es la perdición de las Repúblicas. »

Otros cronistas chilenos y españoles, GÓMEZ DE VIDAURRE, el Padre Rosales y el Padre Olivares, aventajan a Ovalle en la hondura de la observación de la vida colonial, pero ninguno lo supera en la espontaneidad de la visión y en la armónica claridad de su prosa.

En parte, aprovecha aseveraciones históricas de Ercilla, pero su instinto lo acerca a la verdad del momento, a la aurora de su raza en formación y al paisaje que esta raza ha de conquistar para la civilización. Su « Histórica Relación » tiene de la ingenuidad de un Berceo y de los primitivos de todas las literaturas.

Dos novelas, disfrazadas de crónicas. — Casi desconocidas, dos obras se perfilan con el don imaginativo entre las

interminables crónicas de la época colonial. La una, sin un argumento definido, es una pintura vivaz de Arauco, interpretada por un español, nacido en Chile. Disuelve la otra, en pesadas consideraciones sobre las guerras de Arauco, un curioso argumento novelesco.

El *Cautiverio feliz* de FRANCISCO NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles* de FRAY JUAN DE BARRENECHEA Y ALBIS, se clasifican entre las crónicas de tipo histórico, sin que participen de ellas, sino en una mínima parte.

Sobre el carácter de la segunda no hay discusión. Las repetidas aventuras de los personajes recuerdan las novelas de cautivos, típicas del siglo de oro.

Pineda y Bascuñán vivió poco más de medio año cautivo del cacique Maulicán (tenía veinte al caer prisionero), y esos indios volvieron con frecuencia a Chillán, a pedir favores a su antiguo siervo.

Los detalles del paisaje de la región de Imperial, las rápidas escenas de su vivir entre los indios y el modo de ser, de hombres, mujeres y niños, con los cuales estuvo en contacto, tienen un peculiar sabor de realidad. Los resortes novelescos, si se quiere creados por el lógico encadenamiento de los hechos, son los siguientes: Maulicán ha prometido su libertad al cautivo. ¿Cumplirá su promesa? Los caciques de la cordillera odian al capitán español, como a todos los demás conquistadores. ¿Lograrán quebrantar la promesa hecha al cautivo por Maulicán?

El interés de los hechos narrados reside en la enigmática conducta de Maulicán y, por lo mismo, el libro de Pineda y Bascuñán se acerca más a la ficción que al relato histórico.

Era hijo, Pineda y Bascuñán, de un viejo Maestro de Cam-

po de La Frontera, don Álvaro Núñez. Se educó en la Casa de Residencia de los jesuitas, en Chillán. Es probable que la intención del padre fuese hacerlo sacerdote, pero no era ésa su vocación. Abandona el Seminario y, como recluta, se enrola en una Compañía de Infantes, echándose al hombro la pesada pica de colihue.

Sus maestros jesuitas dejaron honda huella en el espíritu del soldado. La teología, la lectura de los santos padres y las discusiones éticas, no las van a destruir la vida militar, ni la coraza, ni el duro colihue de la pica. Moldean la integridad de su carácter, influyen en todos los actos de su vida ; pero serán un estorbo para su técnica de narrador.

Las páginas en que se narra su vida en las rucas de los indios son brevísimas. El texto más extenso lo forman largas disquisiciones morales, sabias citas en latín de los Padres de la Iglesia. No obstante, en ningún libro de la época, poema o crónica, aparecen más cercanas a la verdad la psicología y las costumbres de los mapuches.

La mayoría de los cronistas no vivieron, en realidad, entre los araucanos. Su contacto con los indios, muy semejante al de Ercilla, fué el de los mapuches convertidos o servidores de los españoles.

Reunieron algunos, el Padre Rosales entre otros, una copiosa documentación sobre Arauco, más o menos conocieron la lengua y las costumbres ; pero el indio permaneció, frente a ellos como un enemigo irreductible, y la mentira, convertida en un arma psicológica, fué el medio empleado por ellos para desorientar a los invasores.

El imperio español, especie de racismo del siglo xvi, dió al poeta guerrero y al cronista sacerdote la mística de conquista.

Los cronistas agregan, relatando de nuevo los mismos

hechos de « La Araucana », detalles sobre costumbres indígenas o panegíricos de las órdenes a que pertenecían, en la propaganda de la fe cristiana en Arauco.

Ovalle pinta el paisaje de Chile. Es su originalidad. Pineda y Bascuñán relata sencillamente su cautiverio entre los indios. Es otra novedad.

El contraste, hasta hoy notorio, entre los pehuenches o araucanos de la cordillera y los que vivían en los rincones fértiles del valle central, la percibe ya, claramente, Pineda y Bascuñán.

La hospitalidad de Maulicán para el joven guerrero español no fué nunca aceptada por las tribus de Los Andes. Escondido entre quilantares, mojado por la lluvia, oyó varias veces los gritos de los indios que lo buscaban en el interior de la selva.

Dominaba Pineda y Bascuñán el castellano. Se advierte en su prosa, como en la de Ovalle, la fluidez de los períodos, la claridad de la sintaxis, cualidades que distinguirán la prosa chilena de la peninsular; en el fondo, la modalidad criolla del estilo castellano. Ante todo, la pérdida de la altisonancia, tan típica de los prosistas españoles.

Cae prisionero Pineda y Bascuñán en mayo de 1629, después del combate de las Cangrejeras, muy cerca de la margen norte del Bío-Bío. Vive entre los araucanos poco más de seis meses. Todo el invierno y parte de la primavera. Su descripción del paisaje no es el rico tesoro sensorial del Padre Ovalle; pero hace sentir la negra amenaza del norte, que desarraiga robles gigantes y vuela techos de rucas, la travesía que inútilmente trata de limpiar el aire anubarrado, y el sur, arriero incansable, en las grandes llanuras azules del cielo austral.

La vida, en el interior de las rucas, aparece descrita con

sobrios toques realistas y son de un extraordinario valor psicológico los retratos de los hombres y mujeres que conoció. La bonhomía de Maulicán, su amo, entre los viejos, la viril característica de los mocetones y las almas ingenuas de los niños mapuches, son interpretados por Pineda y Bascuñán con humano enternecimiento.

Suele producirse la nota cómica por el contraste entre la rígida moral del soldado teólogo y la animalidad de los hábitos indígenas.

En un *hueyelpurun*, una moza se enamora del joven capitán. La araucana, con el beneplácito del dueño de casa, coloca a Pineda su mañagua, bonete hecho con la cabeza de un zorro, de abiertas mandíbulas e impresionantes colmillos. Mediante esta operación, Pineda es su hombre. Ha de bailar y ha de beber en su compañía. La china, no de mal arte, comenta el autor, lo persigue con decidido empeño y Pineda se escabulle en la oscuridad del campo. Más que a un conquistador español recuerda a José, huyendo de la mujer de Putifar.

Y así como rechazó a la india de la mañagua, aleja a la hija menor de Maulicán que le lleva alimento a su escondite de la montaña y lo mira, blanqueando en la boca morena la risa provocativa :

— Anda, vete por tu vida y no vengas más acá, porque me tengo de esconder de ti en no viniendo acompañada.

Frente a la malguén ebria, que lo busca e intenta arrastrarlo al campo, su actitud es de una sincera piedad cristiana. Su amigo, el cacique Ancanamón, debe suponer que la juventud ha tornado tímido al capitán, porque lo empuja suavemente y le dice :

— Bien puedes, capitán, dar gusto a esa malguén que yo te haré espaldas.

Bebe la chicha que la india le ofrece cortésmente, y enga-

ñándola con buenas palabras, vuelve a escaparse en la sombra de la campiña.

Y razona sentenciosamente : « San Jerónimo dijo que el beber vino la mujer era sacrilegio y San Juan Crisóstomo nos manifiesta no haber cosa más torpe ni más fea que la mujer bebida, porque cuanto más flaco y débil es el vaso, tanto mayor es la tormenta y el naufragio ».

Hay aún una cuarta mujer en su medio año de vida indígena. Es una mestiza. Su madre, una castellana. El padre, un cacique. Se la han ofrecido como esposa. En el araucano, durante la conquista especialmente, se advierte una curiosa tendencia a mejorar su raza. Considera al español (existe una tradición de virilidad y de valor), como el elemento superior.

La hija de Quilalebu, a quien sorprende Pineda en el baño, perturba su ánimo y lo llena de inquietas dudas. El teólogo razona, intentando justificar la tentación.

Contemplemos un rato la tentación tan fuerte que en semejante lance el espíritu maligno me puso por delante : a una mujer desnuda, blanca y limpia, con unos ojos negros y espaciosos, las pestañas largas, cejas en arco, que del Cupido Dios tiraban flechas, el cabello tan largo y tan tupido, que le pudo servir de corbetera, tendido por delante hasta las piernas y otras particulares circunstancias, que fueron suficientes por entonces a arrastrarme los sentidos y el espíritu ; que al más atento y justo puede turbar el ánimo una mujer desnuda, como le sucedió al Rey Profeta, que vió lavarse a una mujer sin velos, y le llevó no tan solamente la vista de los ojos, pero también los afectos íntimos del alma, en cuya ocasión, a este propósito, dijo un curial los siguientes versos :

Porque la mujer desnuda
cosa delicada es,
ha de estar entre vidrieras,
porque el aire no la dé.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Mas, después de haber experimentado lo que es la mujer en carnes, trocara yo los versos de esta suerte :

Porque la mujer desnuda
cosa perniciosa es,
ha de estar entre paredes,
porque no la puedan ver.

Y esto sería lo más seguro para no poner tropiezos a nuestra fragilidad humana.

Su proceder es insólito. Entre sus compañeros, soldados y capitanes, constituye una excepción.

Si sus reacciones amorosas con las indias, por la calidad de su educación, provocan cierta hilaridad en el lector moderno, no sucede lo mismo con las escenas dramáticas, de las cuales son de una conmovedora ternura la muerte del pequeño Ignacio, niño mapuche que bautizó el propio Pineda y Bascuñán, y el encuentro entre el baldado Maestre de Campo y su hijo, de vuelta del cautiverio.

De la *Restauración de la Imperial* del PADRE BARRENECHEA no podemos hablar en la misma forma. En mi concepto, vale por su desenlace. Como ya dijimos, es un conflicto fronterizo.

Rocamila, la heroína ; Carilabo, el galán, indio de la costa ; el duro Maltaro, indio de las cordilleras ; el padre Mercedario que bautiza a los héroes y los salva en la desgracia, el capitán del Fuerte de Yumbel, grave representante del rey en la frontera, actúan en un ambiente falso. Y en este sentido es extraordinaria la antítesis entre el « Cautiverio feliz » y la « Restauración de la Imperial », pero revela cierto conocimiento de la realidad y de la vida de mapuches y castellanos, la vuelta de Rocamila a su tierra nativa y el fracaso amoroso del capitán español que la requiere.

Sin embargo, los amores del conquistador con las jóvenes araucanas suministran un tema muy del agrado de los románticos. Poetas, novelistas, pintores y escultores se alejan de la verdad psicológica y prefieren, para determinar el medio local, las elucubraciones de Ercilla a las realidades del « Cautiverio feliz » y de la « Restauración de la imperial. »

Esta falsificación de la realidad araucana perdura hasta los cronistas del siglo XVIII en Córdoba y Figueroa y en Gómez de Vidaurre.

El siglo XVIII, a ratos hosco, a ratos burlón y ligero, es sólo la careta pintarrajeada de un drama que va fermentando poco a poco en la entraña misma de Chile.

El mestizo de la encomienda frunce el ceño y murmura del tiránico encomendero. Su gesto recuerda la rebelión constante del indio contra los castellanos establecidos en la frontera. Los jesuitas apoyan astutamente estos primeros gérmenes de emancipación. Crean industrias en los centros poblados y empieza una emigración no interrumpida de los campos hacia las ciudades del valle central. El siervo de la encomienda, al convertirse en obrero de las primitivas industrias coloniales, pasa de huaso a roto. Es una evolución, en que el lento desarrollo del esfuerzo industrial no está de acuerdo con la fecundidad de la raza, bien alimentada y vigorosa. El roto no halla en qué emplearse. Emigra y se habitúa a la vida vagabunda. Nunca retorna al rincón de donde salió.

Los capitanes generales, sin ser zahoríes ni profetas, se dan cuenta de la crisis social del pueblo chileno. Esta crisis coincide con la de España del siglo XVIII. Son los jesuitas los culpables, por crear nuevos métodos de cultivo en los campos y fábricas en los pueblos, para atender las elementales necesidades de la vida colonial.

La expulsión de los jesuitas (había entre ellos personalidades notables como el Abate Molina y el Padre Lacunza) ahonda la rivalidad ya latente entre el criollo y el peninsular, simbolizada desde la Colonia por Santiago y Concepción.

Concepción era criolla. El norte dormía aún. Santiago, eminentemente española. Las primeras ideas de emancipación germinan en el sur. Martínez de Rozas y O'Higgins habían nacido en la zona austral. Y a pesar de la identidad de ideales, los Carrera, santiaguinos, fueron sus enemigos.

Doña Luisa de Guzmán, dama en la corte de la Reina Isabel, esposa del Capitán General Muñoz de Guzmán, intenta, en el beato ambiente santiaguino de fines del siglo XVIII, introducir las costumbres de la corte madrileña. Y en parte lo consigue.

Mezquino reflejo de las tertulias de Madrid, los salones santiaguinos del siglo XVIII se exteriorizan en los epigramas del Padre López y del capitán Lorenzo Mujica. Y en los dicharachos de los rotos, ya claramente definidos como tipos de raza en los arrabales de las ciudades y puertos chilenos de la época.

LACUNZA y *el mesianismo*. — No se manifestó la alegría de ~~de~~ vivir, la frívola nota picaresca del siglo XVIII, sino en epigramas y tallas populares; pero la Colonia y su negra pesadilla mestiza, prolongada hasta mediados del siglo XIX, se concretó en la extraña figura del PADRE LACUNZA.

En mi concepto, el Padre Lacunza es la realización del aislamiento y del miedo coloniales. Agudeza espiritual e ingenuidad se hermanan en él. Su vida repite la de un muchacho cualquiera de una familia chilena de esa época. Es un seminarista predestinado.

Se conserva una carta, escrita por Lacunza a su abuela materna. Le cuenta un viaje que piensa emprender a Chile.

Me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y locos, doy un galope a Santiago. Hallo viva a mi venerable abuela. Le beso la mano, la abrazo. Y lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Magdalena y no la hallo, busco a Diego, a Domingo, a Solarcasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito, a mi ahijada la Pilar, y no los hallo.

.
Entretanto, les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuelos y ollitas de Clara y de Rosita. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Mas antes de embarcarme en Valparaíso, despierto, y me hallo en mi cama.

En la ingenua epístola se ve su estado de alma. No se dejan esas frases simples sin una punzante emoción. La trágica soledad, la sencillez de sus hábitos, la nostalgia de la quieta vida de la capital de Chile.

Era Lacunza un teólogo o mejor: un exegeta, como se dice hoy. Sus fuentes están en los franciscanos, más que en los jesuítas.

En el siglo v, San Jerónimo y San Agustín desprestigiaron la profecía milenarista y afirmaron que el fin del mundo, la venida de Cristo, la Resurrección y el Juicio había de ser obra de momentos sin espacios de tiempo.

El Padre Lacunza resucita la profecía milenaria, en distinta forma a la de la Edad Media, en su libro *La venida del Mesías en gloria y majestad*.

No se arredra nuestro fraile colonial ante la imponentia de sus contendores: San Jerónimo y Bossuet, a catorce siglos de distancia.

Al cumplir su tiempo, Jesucristo volverá a la tierra, acompañado de ángeles y santos. Los vivos serán primeramente juzgados. A los mil años, juzgará a los muertos y ocurrirá la Resurrección Universal.

El libro de Lacunza, por las innumerables citas latinas y su razonamiento apretado e insistente, no se ha difundido. Su lectura es cansada y difícil. Interesó, más bien, a teólogos y exegetas.

Sin embargo, en sus discursos, en sus loas o en sus ataques, el estilo del Padre Lacunza tiene la sencillez de un sermón de aldea, salpimentado de chistes de la tierra y de alusiones a su vida santiaguina. Fray Luis y Santa Teresa procedieron del mismo modo.

El período de Lacunza es breve y armónico. Casi tiene un sabor moderno. Aventaja en esto a todos los escritores de su época.

Me imagino al sencillo fraile santiaguino, en su cuarto de Imola, con sus mejillas descarnadas y fijos los ojos en el texto de San Jerónimo, el más recio impugnador del milenarismo.

El buen chileno, glotón de dulces y de viandas coloniales, se ha convertido en un desconcertante polemista, a pesar de su estómago vacío o por esto mismo. La discusión vigoriza su cerebro y colora su expresión. Y hasta ciertos toques de gracia criolla sazonan sus argumentos.

Desenvoltura, bonhomía, espontáneo dominio de la sintaxis castellana, malgastados en cruzar los hilos parejos de una dialéctica y de unas razones sutiles, dormidos hoy en las bibliotecas de los teólogos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CAPÍTULO III

LA NOVELA SANTIAGUINA

Desde la clase alta. — En la clase media. — Cuatro novelas de clave.
— Los novelistas del pueblo

Desde la clase alta. — Nace la novela chilena como una interpretación de Santiago y se desarrolla, durante noventa años, describiendo sus clases sociales en formación.

Se apoya, primeramente, en los caserones coloniales del siglo XIX con BLEST GANA, su iniciador.

En la borrosa perspectiva y muy cercana a la aristocracia colonial, se observa a la clase media incipiente, a los siúticos, y en el extremo opuesto, al pueblo urbano, unido en esos tiempos con el campo. El roto es, a veces, huaso, y el huaso, vecino a los arrabales, se transforma definitivamente en roto.

Sin la insólita aparición de Blest Gana, cuyos antecedentes literarios no están en Chile, sino en su próxima sangre irlandesa y en la oportuna lectura de Balzac, la novela que llamamos santiaguina no habría tenido tan perfecta evolución o simplemente no se habría desarrollado.

Balzac le da a Blest Gana su carácter realista y la visión cíclica de una sociedad. Ya no es la síntesis de un mundo en un solo libro. Son muchos libros y muchos mundos. No un sólo héroe, resumen de una raza o de una época, sino innumerables, según el módulo balzaciano.

Para apreciar la creación de Blest Gana es preciso abarcar sus novelas esenciales y mirarlas, no por la fecha de su publicación, sino por las etapas históricas que logró describir. Así, apreciaremos la amplitud intuitiva de su genio creador y la prodigiosa realización de su intento.

La huella es tan honda en la novelística chilena que los novelistas posteriores, no hicieron sino modernizar su técnica, variando la época y, lógicamente, los asuntos.

Poseemos, a causa de esto, una interpretación psicológica y objetiva de Santiago, desde la Independencia hasta los años que corren del siglo xx.

Documento inapreciable, no tomado en cuenta por la crítica chilena, de la evolución social de Chile y de la transformación de la aldea colonial, de uniformes casonas de tejado y mojinete, en la ciudad presuntuosa de palacios de estilo francés e italiano y a la metrópoli semiyanqui de los rasca-cielos.

A fines del siglo xix, la clase media, ya independizada por las profesiones liberales y por el aporte étnico de los españoles y de los colonos alemanes, preocupa a los novelistas, alejados de la clase alta y a principios del xx orientan su atención al pueblo santiaguino, a los populosos barrios obreros, donde supervive degenerado y miserable, el pueblo de principios del siglo xix.

En 1860 publica Blest Gana *La aritmética en el amor*. Con esta novela se inicia la interpretación de la sociedad santiaguina. Si la técnica es aún vacilante, no lo es la intención del autor. El medio ficticio lo ocupará la vida misma. Personajes reales substituirán a los héroes inventados. Los amores (Blest Gana analizó muchos) son los de las niñas santiaguinas y de sus galanes, algo cursis aún y apegados a un discutible abolengo colonial. Las habitaciones no son las

de lujosos palacios, sino las desnudas estancias de las casas de principios del siglo, de pesados muebles de caoba, medio alumbradas por humeantes velones, y tétricas ceremonias de Semana Santa, paseos a la Pampilla, antecesora del Parque Cousiño, funciones teatrales en toscos barracones de tablas, y en el más potente de sus libros, *Durante la Reconquista*, el tumulto de un pueblo sano, increíblemente primitivo, que lucha por emanciparse de España.

Los numerosos personajes que figuran en las novelas de Blest Gana no hablan un lenguaje convencional, creado por el novelista, sino el dialecto chileno con sus giros peculiares y sus formaciones regionales.

Llama la atención el admirable cuadro de conjunto de la sociedad chilena, desde la Reconquista hasta fines del siglo XIX, es decir, hasta que la riqueza salitrera plasmó el tipo del trasplantado, o sea, de los santiaguinos en París. La lejanía del medio observado (Blest Gana vivió la mayor parte de su vida en Francia y allí escribió sus novelas principales), le ayudó a una mejor apreciación de las líneas generales de la evolución que intentaba describir. Son los recuerdos del autor, novelados. Por lo mismo, la nota personal desfigurada, a través de los personajes, comunica a sus novelas un añorante sabor poético, una atmósfera de cosas desaparecidas irremediablemente.

Sin que la nota se acentúe demasiado, hay otro aspecto digno de observarse en la pintura de la realidad chilena. Santiago frente a las provincias. Sin que se ataque la moral urbana, Blest Gana tiene el concepto tradicional de España en las relaciones de corte y aldea, la antítesis entre la ciudad y el campo. La ciudad es corruptora y falsa. El campo serena el alma y enaltece la vida. En el caso de América las provincias significan reserva de salud moral y física.

Esa idea impregna la obra de Blest Gana y en un sentido amplio, las ha de aplicar a los americanos que abandonan su tierra nativa y van a divertirse a París. París tornará a los nuevos ricos de América, a los *trasplantados*, en parásitos sociales, a veces trágicos y a veces inefablemente cómicos. Así el Agustín Encinas del *Martín Rivas*.

El héroe de « *La aritmética en el amor* », Fortunato Esperanzano, templea su moral, disuelta por la ciudad, en las labores campesinas, en una vida de esfuerzo ; pero es el de Martín Rivas el caso más ejemplar.

• Arrastra al novelista una visible intención moralizadora. El revolucionario, trabajado por inquietudes políticas (aquí Rafael San Luis, especie de elegante calavera romántico) perece; y sobrevive Martín Rivas, el hombre de medida, de ideas tradicionales, respetuoso enamorado de la hija de su protector. Martín Rivas no constituye un tipo excepcional. Representa a un considerable grupo de chilenos, a la mayoría : rectitud y medida y, al mismo tiempo, pequeñez espiritual, carencia de ideales superiores. Es la tierra misma, tal como se forjó en la fragua colonial. No acepta en Rafael San Luis la rebelión contra el Gobierno constituido. La vida del hogar y el ejercicio de su profesión de abogado son sus aspiraciones máximas. Los soportes de su moral. •

El humorismo de Blest Gana es algo simple y por esto mismo, a ratos, de gran eficacia cómica. Al contar las costumbres chilenas adopta un tono chancero de gran señor, característica del huaso caballero, tan típico en el Santiago del siglo XIX ; pero a los siúticos, parasitariamente adheridos a la clase alta e imitadores ridículos de sus costumbres y lenguaje, los fustiga con inagotable vena humorística.

• La unión de Martín Rivas, el provinciano que conserva y practica las tradiciones del Chile viejo con la bella aristócrata

Leonor Encinas, es para Blest Gana la solución de un problema de gran trascendencia racial, casi la seguridad del porvenir. Su crítica social, que analiza con evidente acierto a la aristocracia y a la clase media, no alcanza al pueblo. Cree en el roto precezo y en el huaso bonachón. Ama la sólida raigambre de sus hábitos. Advierte la fuerza no probada que vibra en ellos. Y su profecía psicológica se realiza, años más tarde, en la victoria sobre Bolivia y el Perú.

No fué testigo Blest Gana de la súbita evolución material y psicológica promovida por esa victoria, pero siendo ministro de Chile en Francia, conoció y trató a las generaciones posteriores a la guerra del Pacífico. No son ya estos chilenos los severos y prudentes santiaguinos que conoció en casa de su padre, ni las pudibundas damiselas de su tiempo. • Martín Rivas y Leonor Encinas no existen ya. •

El nuevo chileno es derrochador e incansable aspirante a fáciles honores. Ha cambiado sus sencillas costumbres por el torbellino de la vida parisiense. No desean otra cosa esos caballeros y esas señoras, esos jóvenes y esas niñas, que las confundan con los elegantes de París. Harán incalculables sacrificios por emparentar con familias nobles y olvidar sus apellidos españoles.

En *Los transplantados*, impresionante fresco de americanos en París, el novelista parece haber perdido su humor optimista. El tono es profético, de conminación indignada.

En *El ideal de un calavera* el héroe no es un provinciano. Es hijo de un hacendado pobre, otro tipo de la futura clase media en formación; pero desfigurado por un falso romanticismo. Balzac le ha suministrado los elementos psicológicos y el novelista, guiado por su genio, lo ha encajado en un medio de siúcticos, agudamente observado. Por esto, son

los personajes secundarios, los miembros de la familia Basquiñuelas, Solama y Francisco Timoleón Miraflores los que sobreviven y significan un aspecto más de la vida santiaguina, vista por Blest Gana.

En *Durante la reconquista* culmina el arte de Blest Gana como novelador. Por la amplitud de la visión (es un pueblo en movimiento) y por los tipos, plasmados en carne de humanidad, la consideramos como una de las más excelsas novelas de América. Y más que « La Araucana », según Eleodoro Astorquiza, merece llamarse el poema heroico de la raza chilena.

En « La Araucana » son dos razas diversas que combaten.

En « Durante la Reconquista » está representada toda la sociabilidad chilena de la época, incluidos los dominadores españoles. Es una novela de masas, al mismo tiempo. Los movimientos colectivos no dificultan el desarrollo individual de los personajes creados; al contrario, aclaran sus reacciones psicológicas y volitivas en una comprensión aguda del espíritu de la República a principios del siglo. Y la atmósfera histórica está disuelta en la intuición creadora del novelista. Además, ciertos tipos perdidos, como los mulatos, aparecen en la narración y son, en realidad, el único documento literario que de ellos poseemos. Igualmente, los rotos. Cámara es la más valiosa interpretación de roto chileno que existe en nuestra literatura.

DANIEL BARROS GREZ, sin las cualidades creadoras de Blest Gana, intenta una interpretación semejante, pero mira a la capital desde su provincia,

Singularísimo caso literario, con algo de erudito tipo siglo XVIII, Barros Grez, agrimensor, construyó edificios y planeó galerías, cultivó la tierra y trazó caminos. Tuvo ocasión de observar la vida popular, especialmente el lenguaje

de los huasos, y escribir novelas, cuentos, comedias, tratados científicos y ensayos filológicos.

En sus novelas, de argumentos convencionales y de personajes sin calidad humana, son apreciables ciertas escenas de costumbres, según el modelo de « Jotabeche » y de Blest Gana, y algunas estampas santiaguinas, a la manera de Mesonero Romanos.

Su novela *El huérfono* es la historia de un joven modesto del sur, un Martín Rivas de Curicó que emigra a Santiago en busca de una posición más holgada que la que tiene en provincia y cuyas cualidades y ambiciones coinciden con las de Martín Rivas. Se observa la identidad del concepto sobre el chileno medio que se han formado ambos novelistas ; pero ni el héroe ni las numerosas peripecias por que pasa en provincia y en Santiago poseen la raíz humana y la fuerza psicológica de Blest Gana. Abundan en « *El huérfono* » y en *Pipiolos y Pelucones*, su continuación, las sátiras al Gobierno de Prieto, a Portales, a los jesuítas, tópico común a muchos novelistas populares posteriores a Barros Grez.

En el discurso pronunciado por Blest Gana al incorporarse a la Facultad de Filosofía y Humanidades, como miembro académico, dijo lo siguiente :

« Presentar el estudio de escenas propias de la sociedad chilena, pintando caracteres nacionales y desarrollando la acción por medio de resortes sacados de nuestro modo de ser, sin acudir a medios extraños que, por lo mismo, dañarían a la verosimilitud del cuadro general, es el campo del escritor de costumbres ».

Un joven novelista, MOISÉS VARGAS, al publicar su primera obra *Lances de Nochebuena* (1866) hizo suyas estas palabras. Era el reconocimiento de Alberto Blest Gana como maestro de la novela chilena.

No deriva Moisés Vargas del gran novelista cíclico, sino del costumbrista, del satírico narrador de ridiculeces criollas. Y en este sentido aventaja al modelo. Los cuadros o lances de nochebuena (la Pascua en la Alameda, en una casa particular y en un baile de disfraces del Municipal) son un derroche de gracia y aguda observación de las costumbres santiaguinas de la época. No hay trascendencia ni intención moralizadora. Es sencillamente un relato, donde se advierten, y esto sorprende en la época, admirables cualidades estilísticas y el uso de una técnica nueva, la unidad de tiempo (los tres lances ocurren en la misma noche), no usadas en la novela americana.

Los libros posteriores de Moisés Vargas se apartan de « Lances de Nochebuena » por el contenido y por la técnica. Pertenecen a una categoría inferior de novelas, las que vulgarizó en Francia Octave Feuillet: el folletín disfrazado de novela realista.

No se produjo en este instante crítico de la vida santiaguina (la tradición colonial en lucha con el espíritu moderno), el novelista que pudo interpretarlo. Es poco más de un decenio. Coincide con la guerra del Perú. El alma nacional se ha recogido en un prodigioso esfuerzo colectivo.

La epopeya misma de la guerra no tiene intérpretes notables. Salvo los cuentos de Riquelme y las crónicas de la guerra de Vicuña Mackenna.

Se desarrolla, en cambio, en forma inesperada, la novela por entregas, a la manera de Eugenio Sue y de Fernández y González.

MARTÍN PALMA y RAMÓN PACHECO divulgan en sus deshilvanados novelones las ideas radicales. El obrero romántico frente al fraile fanático, la menestrala sencilla al aristócrata calavera.

Santiago va tomando el carácter de una urbe moderna. Han caído los viejos muros coloniales. Desaparecen los geométricos tejados españoles. Los lustrosos muebles de caoba, de oscura solemnidad, se han trocado en doradas mesas de arrimo, en frágiles poltronas y escabeles, forrados de sedas claras, de estilo Luis XV, y la sencillez del sarao se ha convertido en la bulliciosa tertulia, iluminada con la claridad resplandeciente de las lámparas belgas.

Los novelistas que reanudan la interpretación de la vida santiaguina, aunque ligados a Blest Gana, observan la realidad con nuevos métodos y con una nueva técnica. No es ya Balzac el modelo. Ni el equilibrado Flaubert. Es Zola y la violencia profética del naturalismo.

El atardecer del siglo XIX, en la capital de Chile, es un remedo de París. Remedo de sus costumbres, remedo de sus teatros y de su literatura.

A los bailes suntuosos en las decoradas viviendas corresponden las funciones de gala en el Teatro Municipal, elegante *pastiche* de la Ópera de París. La ópera personifica a este período. Es un nuevo romanticismo, pero sólidamente asentado en la realidad material. La vida agitada participa de la atmósfera barroca del melodrama.

El enriquecimiento fácil (se han desarrollado extraordinariamente las especulaciones bursátiles), precipita a todos en un vértigo irreflexivo de oro y de goce. Es la época de los políticos venales y de las mujeres fáciles.

Los novelistas que describen este período, influídos por Zola y sus continuadores, adoptan un tono de amenaza, que podría llamarse profético, para prevenir a una sociedad que está al borde de su ruina moral y económica. Aun no se desprenden de Blest Gana, al contraponer la vida saludable de provincia a la corrupción de Santiago.

LUIS ORREGO LUCO novela esta época de la vida santiaguina.

Discípulo de Blest Gana en el aspecto esencial de su obra, aprovechó las lecciones de Moisés Vargas y de Vicente Grez, observadores de la vida de la clase alta chilena. Su técnica tiene del profetismo zolaico y de la sentimentalidad untuosa de Bourget.

Santiago está visto desde los salones modernizados de la época. Se habla igualmente de la clase media, pero sin el sabor humorístico de Blest Gana. El siútico se ha hecho abogado, profesor o médico. La sociedad elegante, dedicada a la satisfacción de su vida de refinamiento, no puede prescindir, sin embargo, de sus servicios profesionales. Tienen éxito, particularmente los neurólogos y los especialistas en dolencias sexuales.

El pueblo, tan vigorosamente abocetado por Blest Gana, no figura casi en las novelas de Luis Orrego Luco.

A pesar del aislamiento de la clase alta en sus mansiones señoriales, atiborradas de muebles traídos de Francia, o de copias de cuadros de pintores franceses o españoles, su contacto con la clase media en ascensión es constante. Se les concede la gracia, a algunos de ellos, de asistir a sus tertulias o diversiones campestres. En el fondo, el novelista, no obstante sus observaciones chistosas sobre el color de su pelo o sobre su manera de vestir, los considera modelos de honradez y de seriedad profesional. Son el contraste de los calaveras despreocupados que pululan en sus novelas. Así el médico Samuel Ortiz de *En familia*, o el estudiante provinciano Pascual Solís de *Un idilio nuevo*.

Es la influencia de Blest Gana. La honestidad del provinciano, menos honda que en el maestro, constituye el resorte dramático de «Un idilio nuevo». A la disipación contrapone

la simplicidad de costumbres, a la falta de moral la contención, herencia y reserva del porvenir.

La protagonista de « En familia », Elisa Orbegoso, pertenece a un hogar aristocrático venido a menos. Es un espíritu fuerte, voluntariamente alejado de la fiebre de la vida de sociedad. Ama a un joven de clase alta, a un calavera, lleno de simpatía, pero de costumbres disipadas. La pretenden un pariente rico y un médico de clase media. Ella siente la seducción del vividor. Su intención es reformarlo, convertirlo en un hombre útil. Y termina por conseguirlo.

« En familia » lleva el subtítulo de « Recuerdos del tiempo viejo ». Forma algo así como el prólogo de las novelas santiaguinas de Orrego Luco. « Un idilio nuevo » es el primer capítulo, *A través de la tempestad*, la crisis política y social, *Casa grande* la tragedia, y *El tronco herido*, un epílogo elegíaco.

Especialmente en « Un idilio nuevo » se observa la conexión de Orrego Luco con Blest Gana. El idilio nuevo es el remozamiento del viejo idilio de 1850, el de Martín Rivas y Leonor Encinas.

El protagonista, joven de buena familia provinciana, llega a estudiar leyes a Santiago: tiene parientes en la clase alta santiaguina y entre los parientes una prima: Julia Fernández Larraín. Nace el amor. El torbellino de la vida social arrastra al joven estudiante. No posee (los tiempos son otros) Antonio Fernández, el vigor moral de Martín Rivas. Conuerdan, sí, en el tesón amoroso. Para sostener su posición de joven a la moda sustrae dinero de la oficina fiscal, donde está empleado.

Se ha dicho que los problemas de dinero abundan en las novelas de Blest Gana. En las novelas de Orrego Luco el

dinero es germen de discordia y de tragedia. Sus personajes emplean hasta el crimen en su afán de vivir con lujo y satisfacer, sin reflexión, sus menores caprichos. La vieja moral chilena se ha desintegrado. El hogar tambalea al perder sus fundamentos tradicionales.

Acciones y transacciones se juegan afiebradamente en la Bolsa de Comercio. Las fortunas se crean o desaparecen en los dedos brujos del azar. Toman un inesperado desarrollo las casas de remates y los martilleros y agiotistas tienen una alta significación social. Es época de suicidios y de adulterios, de crímenes y de deslealtades.

En « Un idilio nuevo » Julia Orbegoso, como su hermana espiritual de « En familia », prefiere el amor a un matrimonio de conveniencia. Es el idilio nuevo. Y cambia el destino del primo provinciano a quien ama.

Las heroínas de Orrego Luco, como las de Blest Gana, representan la integridad del hogar católico, la inmanencia de la tradición española.

1891 marca el punto crítico de esta crisis moral. El antagonismo político de la clase colonial, de la fronda aristocrática y la clase media, el siútico cultivado, se produce durante el Gobierno del presidente Balmaceda. Presiente Balmaceda la evolución de Chile. A los opositores a su gobierno, contesta con una frase histórica :

— Entonces gobernaré con los siúticos.

La fronda aristocrática provoca la revolución que se resuelve en el simbólico suicidio del presidente Balmaceda. Es un momento interesantísimo, desde el punto de vista de la evolución social de Chile, que no ha tenido la interpretación literaria que le corresponde.

Si descontamos algunas páginas autobiográficas de Rodríguez Mendoza y la novela corta *Los últimos proyectos de*

Eduardo Castro de RENÉ BRICKLES (agregaremos *Mauricio* de JUAN GARCÍA), es « A través de la tempestad » la mejor pintura de este período. No es, sin embargo, una novela histórica. Son los personajes, ya conocidos, que actúan durante la revolución.

Los motines urbanos, las batallas de Concón y Placilla y los saqueos de las viviendas de los balmacedistas de Santiago y demás ciudades de Chile, las relata un testigo, a la manera de los episodios nacionales de Pérez Galdós.

Es una novela santiaguina, y la técnica de Blest Gana está presente en los menores detalles.

Las reuniones familiares de las Escanilla no difieren mucho de las de las Manto Verde o las de las niñas Ortiz de *La aritmética en el amor* y *El ideal de un calavera*; pero las novelas que hemos nombrado podrían creerse apuntes para llegar a *Casa grande* dramática interpretación de la vida santiaguina de los últimos tiempos, donde Luis Orrego Luco toca el alma misma de la vida chilena de fines del siglo XIX y principios del XX.

Aparecen, siguiendo la técnica balzaciana, personajes esbozados en novelas anteriores; pero en el marco contenido y profundo de « Casa grande » adquieren un relieve definitivo. Hasta el estilo, descuidado y vulgar en la mayoría de las novelas de Orrego Luco, se dignifica en « Casa grande » y se adapta, sin tropiezos, al asunto narrado.

El héroe, Ángel Heredia, representa la transición de la Colonia a la época interpretada. Es un drama interno en que luchan sus sentimientos cristianos y su sensualidad perversa. En Gabriela, la heroína, creó Orrego Luco el mejor retrato femenino de su obra novelesca. Sus características psicológicas son las tradicionales. Arraigado sentido del hogar, abnegación maternal; pero esposa exigente y amante

tiránica. Su fuerza y su flaqueza residen en esto. Gabriela, en su trágica lucha familiar, sabe que su marido la ha envenenado ; pero nada dice, porque el honor de la familia prima sobre su vida misma.

Estamos ante un drama calderoniano. Y es un acierto de Orrego Luco. Así se gestó la vida chilena, fuertemente enraizada en la tradición de España. Y no es inverosímil que Ángel Heredia, el marido, renuncie a la vida civil y se retire a un convento. ✕

Mirado en conjunto, el ciclo novelesco de Orrego Luco, es monótono. Hombres y mujeres se parecen demasiado. Producen la impresión de que son los mismos personajes que actúan con nombres diversos. Los bailes, las funciones de la Ópera, los pánicos bursátiles, los adulterios y los amores no se diferencian mucho entre sí.

Amengua la innegable calidad de novelista de Orrego Luco, el descuido del estilo y la pobreza de los resortes técnicos, utilizados por él en la narración. Sus novelas, que describen la vida santiaguina entre los años 1886 y 1914, constituyen, no obstante, un valioso documento humano sobre la vida chilena.

Contemporáneamente a Orrego Luco, otros novelistas analizarán la misma época ; pero desde otro ángulo interpretativo. El panorama de la vida chilena no ha variado ni en su aspecto político ni en su economía, después de la revolución del 91. Se precisa la crisis moral. A los mineros y salitreros suceden los terratenientes del valle central, cuyos latifundios se han valorizado en forma inesperada.

El triunfo de la fronda aristocrática en la revolución del 91 no ha logrado detener la evolución de las ideas liberales en la clase media y el pueblo de las ciudades y centros industriales. Eso sí, cobran aguda violencia las luchas doctrina-

rias. Las mismas de pipiolos y pelucones, entre radicales y conservadores.

EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA, agrio polemista y perspicaz observador de la vida chilena, escribió algunas novelas que interpretan el fenómeno social de fines del siglo XIX.

De estas novelas, *Santa Colonia* es una vigorosa aguafuerte del pasado santiaguino. Muy inferior por la técnica y por la calidad humana, *Vida nueva* y *Cuesta arriba*.

Ambas novelas describen la vida santiaguina y proponen una solución diversa. En la primera, el campo es la salvación de la economía desquiciada del país, como quien dice: el retorno a la economía natural de Chile. En la segunda, el héroe, León II Rield, mestizo de araucano y alemán, naturalmente hombre del sur, ha echado sobre sus hombros la tarea de regenerar la administración corrompida de Chile y la venalidad de los políticos, de ascender la *cuesta arriba*, como él dice.

León II Rield cree ciegamente en su tierra. Uno de los maestros del joven arquitecto resume las ideas que lo empujan.

« Cuesta arriba » es una novela símbolo, un editorial indignado sobre el problema vital de Santiago en los comienzos del siglo.

Las ideas de Rodríguez Mendoza acentúan, modernizadas las de Blest Gana y las de Orrego Luco. La clase media, educada en los liceos y en la Universidad, está en franca pugna con la aristocracia colonial, con la *oligarquía*, según la expresión que ya comenzaba a vulgarizarse.

Las novelas santiaguinas de FERNANDO SANTIVÁN, apoyan, en forma renovada, estas mismas ideas. La tesis desarrollada por Santiván en *El Crisol* y en *Robles, Blume y Cía.* se asemeja considerablemente a la sustentada por FRANCISCO A.

ENCINA en su libro *Nuestra inferioridad económica*. Particularmente, esta ingeniosa observación: *Chile es un país apto para la guerra, medianamente apto para la agricultura e inepto para la industria*.

En « El Crisol » la tesis está francamente planteada. El héroe, como León II Riedl, es un mestizo, no de indio y alemán, sino de español y araucano. No es un arquitecto, sino un industrial. Se ha fundido en el crisol de la Escuela de Artes y Oficios.

Si descontamos algunos cuadros vigorosamente trazados de la vida industrial de la Escuela de Artes y Oficios, la novela gira en torno a los amores del héroe, Bernabé Robles, con una señorita de la alta clase santiaguina. El novelista plantea su tesis. El amor de ambos es la fusión de la fuerza sana con la sensibilidad refinada por la cultura.

El motivo no es muy nuevo. Ya en Francia lo había utilizado Jorge Onhet en « El dueño de la Herrería », y, con mayor hondura psicológica, Benito Pérez Galdós en sus comedias « La de San Quintín » y « La loca de la casa ».

El problema propuesto se ha solucionado en « Robles, Blume y Cía », firma de la usina y título de la novela de Santiván, segunda parte de « El Crisol ».

No corresponde el caso novelado por Santiván a fenómenos sociales de la vida chilena. Algunos matrimonios de hombres de clase media, chilenos y extranjeros, con damas aristocráticas, no son suficientes para determinar la transformación total de una sociedad. Al contrario, la separación espiritual entre las clases alta y media, se ha hecho más profunda en los últimos tiempos.

Como es lógico, la intención moralizadora ahoga la espontaneidad en las novelas de Rodríguez Mendoza y de Santiván. Cuadros reales, observaciones novedosas sobre Chile y

sus hombres abundan en ambos autores ; pero la tesis deforma la psicología de los personajes, acomodados a la ideología de los creadores.

La voz del torrente, la única novela publicada por JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS, hace pensar en una actitud idéntica a la de Blest Gana y a la de Rodríguez Mendoza y Santiván en la interpretación de la vida chilena de principios del siglo.

Contrapone Díaz Garcés, en su novela, dos familias emparentadas estrechamente, que poseen un viejo mineral de cobre en los cerros cordilleros, próximos a Santiago. En manos chilenas ha sido el mineral una explotación rutinaria. El norteamericano Perkins, emparentado con aquéllas, transforma el torrente andino en fuerza motriz.

Poseía Díaz Garcés, como « Jotabeche » y como Daniel Riquelme, de los cuales deriva, el don humorístico, no el peninsular ni el que se abreva en fuentes europeas, sino el chileno, depurada estilización de la gracia de los huasos y de las tallas de los rotos.

Contempla el antiguo dueño el álveo pedregoso por donde se precipitaban los blancos chorros del torrente.

— Sí, comenta, ahí estaba el torrente. Los montañeses decían que el agua hablaba de tesoros y de riquezas, pero nadie entendió lo que decían.

El viejo Torreblanca, antiguo arriero del Mineral, le responde :

— Así es, patrón, lo malo es que los ríos de pu'aquí hablan en inglés.

En 1910 se publica *El inútil*, la primera obra de JOAQUÍN EDWARDS BELLO, que interpretará en forma personalísima la vida chilena de comienzos del siglo.

Las novelas de J. Edwards Bello poseen las cualidades naturales de su creador y los defectos inherentes al periodis-

mo, su profesión. Más que novelas son densas crónicas, recargadas de datos inútiles y, al mismo tiempo, de afortunadas observaciones sobre psicología chilena; y narradas en un estilo plástico, precipitado, que arrastra consigo, como un torrente, la acción y los caracteres apenas esbozados.

El autor, como el cronista periodístico, está siempre en la acción novelesca, disfrazado con un nombre convencional. De aquí el curioso matiz de autobiografía que se observa en todas las novelas de Edwards Bello, desde *El roto* a *La chica del Grillón*.

Por esto mismo, las escenas de santiaguinos en Santiago, de santiaguinos en viaje a Europa o en Europa misma, tienen un carácter de contemporaneidad o de proximidad a los modelos, causa principal de sus éxitos de librería.

Las primeras novelas de Edwards Bello, *El inútil* y *El monstruo*, nos aclaran la posición del novelista frente a la aristocracia, a la clase media y al pueblo urbano. En ellas, observamos los primeros roces del joven aristócrata con el medio en el cual vive. Se le llama inútil y se le califica de monstruo, porque no se acomoda a las costumbres sociales, al trato de sus parientes y amigos de la clase alta y renuncia al porvenir que, para un joven de su clase, ya le han prefijado sus padres.

Al acercarse a la clase media o al pueblo, torcerá el curso de la interpretación literaria de la vida santiaguina: aleja la novela de los salones y la aproxima a la clase media y al pueblo.

Intenta la novela popular en *La cuna de Esmeraldo*. La subtitula, *Preludios de una novela chilena*. La realización es «El roto».

El título de la novela es más un señuelo literario que una realidad psicológica sobre los rotos chilenos.

Esmeraldo, en sí, no es un roto. No concebimos al roto sino en el pleno dominio de su virilidad. Dueño entonces de sí mismo, su actividad se desenvuelve libremente, sin sujeción a leyes ni a lazos de familia, y Edwards Bello abandona a su héroe en los linderos de la adolescencia, es decir, cuando va a ser un roto. Tampoco podemos considerar como un tipo de roto a Fernando, el padre adoptivo de Esmeraldo; más bien, un garitero con algo de chulo madrileño.

Palomilla brava y *El cachorro*, de V. DOMINGO SILVA, ensayan la caracterización de un roto de Valparaíso, soldado en la guerra del Perú y obrero en las salitreras. Relatos convencionales, de tipo folletinesco, deshumanizados por un falso romanticismo.

En la novela *Aguas estancadas*, de JUAN MODESTO CASTRO, hay algunos esbozos certeros de rotos de arrabal; pero sin que sean el estudio integral de este singularísimo tipo de la raza chilena.

Queda en pie Cámara de *Durante la Reconquista*, la más profunda creación de roto de nuestra literatura.

Las novelas restantes de J. Edwards Bello, salvo *Valparaíso, ciudad del viento* y « La chica del Crillón » pintan a chilenos en Europa y, en mi concepto, son las más logradas.

El chileno en Madrid narra la historia de una casa de huéspedes en un barrio de Madrid, adonde llega casualmente el chinelo, como lo llaman los pensionistas de doña Paca.

Criollos en París posee una técnica superior y un dibujo más acabado de los personajes. No existen digresiones ni trozos de crónica que interrumpan la clara trama de esta novela de chilenos que han venido a vivir a Europa. La idea es de Blest Gana, que ya trató en « Los trasplantados » a los criollos de Sudamérica, residentes en París. El motivo pudo tener origen en *Les déracinés* de Maurice Barrés, aunque la

tesis del escritor francés se refiere a los loreneses que van a la conquista de París. La idea del *trasplantado* y del *criollo en París* es distinta. Se refiere a hombres y mujeres de otro continente que se avecinan en Francia y gastan allí su dinero. Generalmente, no intentan adquirir fortuna ni dedicarse a negocios de ninguna índole. Es el sentido del *trasatlántico* de Abel Hermant y la del norteamericano Sinclair Lewis en su « Sam Dodsworth ».

La familia chilena, cuya vida analiza J. Edwards Bello, llega a París poco antes de estallar la guerra europea. La dispersión de sus miembros, traídos y llevados por la hostilidad de los franceses y por los azares de un país en guerra, está narrada con extraordinaria soltura y gran riqueza de detalles pintorescos.

Los personajes secundarios, muy abundantes en todas las novelas de Edwards Bello, están creados por la sustancia eterna de la vida. Viven y actúan con extraordinario sabor humano. Lisette, la encantadora parisina, el trágico Bascuñán y el astuto Dueñitas no se olvidan fácilmente.

Como ninguno de sus libros posee « Criollos en París » la fascinación novelesca, el embrujo del interés tan caro a Balzac y a Eça de Queiroz, con los cuales emparenta nuestro novelista.

« La Chica del Crillón » es la crónica pintoresca y dramática de una niña de clase alta, venida a menos por la ruina económica de su familia.

Sin ánimo humorístico, diría que la protagonista es J. Edwards Bello disfrazado de chica del Crillón.

Sus ideas sobre la aristocracia, superficial e inculta, y sobre la clase media, corrompida, asoma en las palabras de la protagonista que termina por casarse con un campesino del sur, a quien conoce casualmente en un viaje. Como

vemos, es el provinciano varonil contrapuesto al santiaguino afeminado.

Edwards Bello y su personalísima manera de interpretar la vida social de Santiago, ha iniciado casi una escuela que imita sus ideas y su técnica y conecta a Blest Gana con la época moderna.

Algunos de sus imitadores, jóvenes de la alta clase, criticaron el medio aristocrático y exaltaron a la clase media y al pueblo. Tales novelas sólo tienen una importancia accidental.

Después, otros novelistas, como ÁNGEL C. ESPEJO, JUAN BARROS, VARGAS BELLO y AUGUSTO MILLÁN, estudiaron nuevos aspectos del ambiente santiaguino, sin apartarse de la orientación satírica y moralizadora, trazada por Blest Gana, Orrego Luco y Joaquín Edwards Bello.

En la clase media. — La aparición de la novela *Juana Lucero* de AUGUSTO D'HALMAR, inicia el estudio directo de la clase media santiaguina.

No se describe el predominio de una clase rica, heredera de marqueses coloniales, sobre el siútico o el medio pelo que la imita, sino la clase media ya formada con sus cualidades y defectos y, sobre todo, con el lugar que le corresponde en la evolución de la sociabilidad chilena.

Limita D'Halmar la acción de su novela a un barrio santiaguino, el viejo barrio de Yungay.

Los típicos carros de sangre con sus flacos jamelgos han sido substituídos por los tranvías eléctricos. Los coches de posta, por los primeros automóviles; sin embargo, el barrio dormita con su apacibilidad de aldea en torno a la pequeña plaza que conmemora al Roto Chileno.

Como un anticipo de la futura evolución de la novela san-

tiaguina vemos al conventillo, adherido a las modestas casas del barrio Yungay.

Al aparecer *Un perdido* de EDUARDO BARRIOS, tenemos ya la primera obra de calidad en la pintura de la clase media chilena.

Barrios es un observador agudo y un escritor elegante; pero en su obra hay un abuso excesivo de la disquisición psicológica y de las descripciones de tipo naturalista. « Un perdido » es la biografía psicológica y objetiva de un hombre vulgar, a la manera de Zola.

Alivianando el libro de doscientas páginas inútiles, constituiría una novela de primera calidad, como creación de caracteres y como evocación de un ambiente.

Prefiero los tipos femeninos en la abundante galería humana que desfila en « Un perdido ». Conoce muy bien Barrios a las mujeres de nuestra clase media. Naturalmente, una clase media más culta y de mayor bienestar económico que la que figura en « Juana Lucero ».

Son de una punzante realidad las dos solteronas, la abnegada Charito y la tía Anita.

En su novela *Ansia*, FERNANDO SANTIVÁN describió la clase media de Santiago. No la de los empleados y burgueses de renta mísera, sino la de los escritores y músicos. El escritor y el músico, de espíritu refinado, pero sin esperanzas de compensación económica, se aísla del ambiente que no lo entiende ni le facilita la vida material. Vive una vida solitaria y mezquina. Sus desesperanzas, sus triunfos deleznales, sus ambiciones, sus amores complicados, los describió Santiván en « Ansias » con sincera emoción de su tragedia y con un estilo espontáneo, rico de matices, no frecuente en la prosa del autor de *El Crisol* y de *La Hechizada*.

No abundan en la historia de nuestra literatura las novelas

sobre la vida de las casas de pensión de Santiago, tan esenciales en la formación de la clase media de provincias. Del norte y del sur, llegaron a las casas de pensión, regentadas por viudas que pertenecían, también, a la clase media, estudiantes de Leyes, de Medicina y de Pedagogía, pequeños burgueses jubilados o empleados públicos de poca renta, solteronas histéricas o viejas abandonadas de su familia que imprimían un peculiarísimo carácter a la vida en común.

Muy poco conocida, porque su autor LUIS RODRÍGUEZ GAMBOA no publicó ningún otro libro, es la novela *Los sueños se disipan*, la vida de una casa de pensión de Santiago.

El novelista JANUARIO ESPINOZA ha descrito en sus novelas *La vida humilde* y *La señorita Cortés Monroy* otro aspecto de la clase media moderna : el de los empleados de Correos y Telégrafos.

Januario Espinoza, con la paciencia de un cronista colonial, desmenuzó su vida y en una prosa gris, de sintaxis elemental, interpretó el drama melancólico y humilde de esta gente.

RAFAEL MALUENDA, publicó, después de sus *Escenas de la vida campesina*, un tríptico novelesco con el título de *Venidos a menos*.

Su prosa clara y elocuente, su agudeza de observación y su técnica simple se adaptan más a la novela urbana que a la campesina.

La vida mísera de un viejo alcohólico, la mendicante pobreza de las hijas de un héroe de la guerra del Pacífico y la trágica historia de la familia Rondanelli, colocan a Maluenda como uno de los más certeros intérpretes de la clase media santiaguina.

La tragedia de Miguel Orozco, de ALBERTO ROMERO, cuenta

el fracaso de un muchacho de aldea que va a Santiago a conquistarse un nombre literario.

Algunos cuadros bien observados de la vida opaca de un corrector de pruebas, en una imprenta de la capital, no alcanzan a dar a la novela de Romero la calidad de un estudio de la clase media santiaguina, aunque existan casos análogos al de Miguel Orozco. Apunta la idea de la desintegración moral y física del provinciano en la ciudad, tema común a todas las literaturas del mundo.

Cuatro novelas de clave. — El año 1913 se publicó una novela, titulada *El zapato chino*. Su autor, JUAN BARROS, había sido redactor del viejo diario popular « El Chileno ». Los críticos de entonces sospecharon alusiones a los redactores y editores del diario.

No se basan los méritos de la obra en esas alusiones. Juan Barros poseyó méritos de narrador, por desgracia no desarrollados como se esperaba de sus condiciones. Su realismo, de esencia criolla, calaba hondo y contaba con gracia.

En 1921 LUIS VARGAS BELLO publicó su novela *Desplazado*. Su *desplazado*, en menor escala, es el *trasplantado* de Blest Gana, el *inútil* de Edwards Bello, el *perdido* de Eduardo Barrios, el *desarraigado* de Augusto Millán.

En una advertencia inicial explica el carácter de su obra : « La desesperación de un muchacho ante el medio, del cual se escapó en un arranque de romanticismo ».

A la manera de su maestro y pariente Edwards Bello, Vargas hincha su novela con observaciones tendenciosas sobre la clase alta, sobre la clase media y el pueblo y sobre la política chilena. La novela se reduce, en sustancia, a una comparación entre una niña casquivana de la clase alta y una honrada cigarrera de la calle San Diego. La cigarrera,

en su modestia y en su incultura, ha conservado el sentido del hogar, de la feminidad que perdió la aristócrata en el convencionalismo de la vida social.

Nombraremos, finalmente, la novela *Desarraigados* de AUGUSTO MILLÁN.

Como ninguno de los autores nombrados, se aproxima la novela de Augusto Millán a «*Les déracinés*» de Barrès. Sus héroes son provincianos que han venido a la capital a educar a sus hijos y a casar a sus hijas. Viven en Santiago de las rentas de sus tierras del norte.

Aborda Millán un nuevo problema, no tratado en la novela chilena: el engrandecimiento de la capital a expensas de las provincias.

Manuel Orozco, el héroe, se convence de esta verdad tras dura experiencia en la vida social de Santiago. Seducida su hermana, y él mismo en la cárcel, por ultimar al seductor, presencia el desmoronamiento de su hogar; pero la solución está en una provincia del norte, donde aún espera la heredad tradicional.

La solución, la vuelta a la economía rural que formó la República, es la misma de Rodríguez Mendoza en «*Vida nueva*».

Hay aún algunos autores que procuran, siguiendo la tendencia de Edwards Bello, novelar sucesos recientes y estilizar personajes contemporáneos. Son casi siempre malos cronistas que buscan en el escándalo dinero y fácil notoriedad.

Los novelistas del pueblo. — En los últimos veinte años, los temas urbanos presentan síntomas de agotamiento. Los novelistas se alejan de la ciudad en busca de los paisajes y de los problemas campesinos, casi inéditos en la novelística chilena.

A la influencia del naturalismo hay que agregar, ahora, la

de los rusos, de Gorki, especialmente, y de su interpretación de los bajos fondos de las grandes ciudades.

La masa popular de Santiago ha crecido en forma extraordinaria. La industria moderna hizo obrero al roto y al huaso y lo atrajo a la vida urbana. El conventillo es una colmena, bullente de vida y de resentimiento. No es el pueblo que describió Blest Gana y entrevieron los elegantes personajes de Orrego Luco. No existe en ellos la alegría de vivir. Su gesto es torvo y su actitud agresiva, casi impertinente.

Santiago, convertido en ciudad moderna, cambió sus casas coloniales por rascacielos ; pero los barrios populares no evolucionaron. El conventillo, como el obrero que lo habita, es sucio y desagradable.

La novela de costumbres no tiene hoy posibilidades. Los novelistas que no han querido bajar hasta el pueblo, se entretienen en analizar conflictos psicológicos o poemáticos, imitados de Francia.

Antes de la aparición de « Juana Lucero » de D'Halmar y de « El roto » de J. Edwards Bello, el novelista DANIEL BARROS GREZ describe la vida popular santiaguina en su novela *Las aventuras de Cuatro Remos*. Como siempre, el folklore (refranes, modismos y hábitos) lo observó Barros Grez agudamente, pero argumento y personajes son falsos. Invenciones antojadizas, unidas caprichosamente por la inventiva del autor.

Firmado por « Jotavé » se publicó en 1905 la novela *Diablo fuerte*. Su autor es un clásico. El suplementero, apodado Diablo fuerte, recuerda al Lazarillo y a los pícaros de las novelas ejemplares.

Como Barros Grez, transcribe fielmente el lenguaje del pueblo y la vida elemental de los suplementeros, a orillas del Mapocho.

PEDRO PRADO, en su obra *Un juez rural*, ha descrito la vida popular del barrio de Lourdes, en rápidas pinceladas, ricas de observación real y de toques poéticos de gran eficacia evocadora.

No es propiamente una novela. Son estampas de labriegos y vagabundos que llegaron en busca de justicia a un pequeño Juzgado de Subdelegación.

Solaguren, el Juez, posee una chacra en el barrio. Administra justicia a su manera, sin dar mayor importancia a las rencillas de los litigantes. Su sensibilidad y su inteligencia contrastan con la marrullería sanchesca de su secretario, especie de tinterillo, apegado a la ley.

Vidas mínimas, de JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA, es uno de los primeros ensayos de una pintura directa del conventillo. No advertimos intención social alguna en sus dos relatos. Aparece el protagonista como un joven de sensibilidad superior a la del pueblo que, por reveses de fortuna, se vió obligado a vivir en el conventillo.

Corte sobrio del estilo, apuntes rápidos de los personajes, un humorismo sin veneno, caracterizan el ensayo popular de González Vera.

ALBERTO ROMERO es el primer novelista chileno que estudia seria y documentadamente la vida popular de Santiago.

En sus obras primigenias *Memorias de un amargado* y *Soliloquios de un hombre extraviado*, no se adivina la calidad posterior de su creación artística, realizada en *La viuda del conventillo*.

La observación minuciosa, según el método documental del naturalismo, la prosa, concreta y simple, comunican a la novela de Romero una potente realidad. Se desprende del libro una tibia piedad humana, una generosa ternura por la vida humilde que Romero no ha logrado superar más adelante.

Más de alguna escena de « La viuda del conventillo » hace pensar en « El roto ». El escenario casi es el mismo ; y aún algunos tipos coinciden, pero en la novela de Edwards Bello el medio predomina sobre los personajes, y en la novela de Romero son los personajes los que dan relieve al ambiente.

La última novela de Alberto Romero, *La mala estrella de Perucho González*, interpreta, también, la vida santiaguina. Son, ahora, los niños del pueblo, los niños de la calle, sin hogar y sin escuela, los que han atraído su atención y movido su humanitarismo.

Sabe Romero captar la realidad. Se ha documentado honradamente sobre el hampa santiaguina ; pero las observaciones del novelista no se realizaron, esta vez, artísticamente. Su novela parece un reportaje sombrío de la vida del barrio Matadero de Santiago, de la disolución de un hogar humilde y de la influencia fatal de las cárceles modernas sobre los condenados.

Algunos tipos secundarios, hombres y mujeres, son reales y muy chilenos. Sin embargo, el estilo, recargado de vocablos de poco uso o tomados del habla del pueblo y un humorismo que está muy lejos de la ironía, hacen de « La mala estrella de Perucho González » una novela muy inferior, literariamente, a « La viuda del conventillo ».

Con la tradición de la novela chilena que acabamos de esbozar, no tiene CARLOS SEPÚLVEDA LEYTON conexión alguna, ni en su forma ni en su intención.

Sus tres libros : *Hijuna*, *La fábrica* y *Camarada* no son propiamente novelas, sino una confesión sincera, tragicómica, de sus reacciones personales ante la vida chilena de los últimos veinte años.

« Hijuna » aparece en 1934. Localizada la acción entre el barrio Matadero y el Parque Cousiño, narra la historia de un

huérfano, Juan de Dios (Hijuna) y al mismo tiempo, describe la vida de un suburbio santiaguino.

Los sucesos son vulgares y corrientes, corrientes y vulgares los personajes, pero hay en la técnica del novelista, en su arte de narrar y en su manera de ver la vida, un embrujo secreto, nuevo en la literatura chilena. Algo de espontáneo y rebuscado, de primitivo y de sabio, al mismo tiempo, que recuerda a ciertos novelistas rusos, Zamiatine, entre otros, que debió leer Sepúlveda Leyton.

Algunas gotas de sangre sajona (Leyton) han removido el fondo criollo del escritor (Sepúlveda) condimentando la verba semi-huasa de un humor poético, la observación real suavizada por el garbo de inesperadas imágenes.

La actitud del novelista, al encararse con la vida chilena que conoce, salvo en « Hijuna », es la de un escéptico que se complace en contar desenfadadamente todo lo que sabe, mezclando lo bajo y vulgar con lo poético y elevado. Su prosa desgonzada, casi histérica, tiene mucho de lo que ha hecho en el verso Pablo Neruda.

Menos espontánea es la factura formal e ideológica de « La fábrica », su segunda novela. El contraste, clave de su prosa, persiste siempre: « El espíritu clava en la carne imperiosamente las plateadas espuelas del carácter ». « Las largas piernas del Mono enrollan velozmente los peldaños ».

La acción es lenta, premiosa. Le interesa al autor, más que crear un carácter (quizá porque no existe) fijar el ambiente y narrar, con una embriaguez de charla evocadora, las cómicas incidencias de profesores y alumnos en el Internado de la Escuela.

Las deficiencias de esta técnica, muy apropiadas en el relato evocador (Hijuna), ya visibles en « La fábrica », se muestran claramente en su última novela « Camarada ».

El maestro de « La fábrica » ya está ejerciendo su profesión en provincias. Sarcástico, amargo e injusto, lo vemos frente a la vida sórdida del maestro primario, hombre de cultura y, también, proletario por la deficiencia de sus rentas.

Las persecuciones a los maestros primarios, acusados de comunistas durante la segunda presidencia de Alessandri, forma la masa de la novela.

Se suceden asambleas políticas, huelgas, manifestaciones callejeras, un congreso de maestros, honda página satírica, cargas de carabineros y prisión de profesores, acusados de propaganda subversiva.

Los tipos son sólo diseños. Fragmentos de caracteres. El verdadero personaje es el novelista que deja fluir, con innegable fecundidad, sus ironías, sus ocurrencias, sus agudas observaciones sobre hombres y cosas y, sobre todo, una honda ternura por sus compañeros y por los tristes despojos humanos del pueblo chileno.

Dos novelas, una de ellas de originalísima técnica modernista, *Angurrientos*, y la otra, *Los hombres oscuros*, cuadro tétrico de un conventillo, representan la última etapa de esta interpretación popular.

JUAN GODOY Y NICOMEDES GUZMÁN, sus autores, son muy jóvenes. Han vivido en el ambiente que describen. Barrios aislados, casi sin conexión con el corazón de la ciudad. En ambos libros se adivina un alarido de protesta, un ataque desembozado a la vida viciosa de los ricos y de los poderosos.

« Angurrientos » es un chilenismo que implica un estado morbosos de hambre, de apetencia continua. En el caso de nuestro autor, hambre física y espiritual. En un estilo nervioso, anhelante, florecido de bellas y novedosas imágenes, va surgiendo la vida sin horizonte de los albañiles, de los

galleros, de los abasteros, de los hampones, siempre hambrientos y acuciados por la sed.

En Nicomedes Guzmán, el autor de « Los hombres oscuros », se da el caso de un auténtico hombre del pueblo (es carpintero de oficio) pintando la vida de un conventillo donde transcurrió su infancia con toda su salvaje primitividad.

Simple y escalofriante la dedicatoria : *A mi padre, heladero ambulante, y a mi madre, obrera doméstica.*

Libro instintivo, doliente, desgarrador. El grito elemental, el retorcimiento de las frases, quemantes, agresivas ; el realismo brutal, se ahogan ante la sinceridad de este adolescente que se jacta de ser escritor del pueblo y pinta, sin embargo, egoístas, crueles, a sus hermanos del conventillo, precisamente para que se regeneren.

Ambos escritores se separan, por la técnica y por la intención, de Edwards Bello, González Vera, Romero y Sepúlveda Leyton. Ya no es el intelectual que baja a observar el drama del pueblo, asomado al brocal del pozo. Es el obrero mismo dotado de genio literario, convertido en la voz del pueblo.

JUAN MODESTO CASTRO, que ya había publicado un recio libro sobre los Andes centrales — *Cordillera adentro* —, ha sorprendido, después, con una obra hondamente nacional : *Aguas estancadas*.

No va al campo a observar directamente a los huasos y gañanes, no va a los conventillos ni a los suburbios, ni a los rincones oscuros de las cocinas de los palacios, ni a las piezas sucias de la servidumbre ; pero todo este mundo esclavizado y vencido, llega como un río turbio a las salas comunes de los hospitales de Santiago, capital monstruosa de un país desvitalizado.

Desfila entre las dos hileras de catres, vestido de blanco, el ejército de los médicos, enfermeras y mozos, ajenos a la

tragedia de esos hombres, detenidos en el umbral de la muerte.

Se recortan caras de planos alargados, angulosos, barbudos, en los blancos almohadones : huasos que no tuvieron suerte, regadores de chacras apuñaleados por la pulmonía, inquilinos deshechos por el trabajo, rotos cuchilleros de los suburbios, obreros de las maestranzas y fábricas, mozos de restoranes elegantes, despreciativos y vanos, vagabundos risueños, contentos de descansar en una cama mullida, etc.

Cada uno muestra su carácter, cuenta sus dolencias y recuerda su vida ; y todo termina si el enfermo es dado de alta o el carrito rechinante lo lleva al depósito, amortajado con una sábana blanca.

Fragmentariamente, con recios toques, van emergiendo los personajes de la sala común, *el agua estancada* de que habla Juan Modesto Castro, símbolos escalofriantes de un pueblo enfermo que espera inútilmente su redención.

No es Juan Modesto Castro un escritor elocuente ni un pintor de caracteres, ni un narrador esclavo de una técnica perfecta. Es algo más. Es un conocedor profundo del alma popular y es un hombre que sintió la tragedia de ese pueblo, con el cual estuvo en contacto.



CAPÍTULO IV

LA NOVELA DE PROVINCIA

Los precursores. — Los novelistas del valle central. — Tres ensayos novelescos sobre el huaso. — El huaso costino. — El huaso del valle central. — El huaso cordillerano. — Francisco Hederra, novelista de Talca. — Cuatro novelas sobre la vida de provincia. — Valparaíso y sus intérpretes. — Los novelistas del norte. — Los novelistas del sur.

Los precursores. — En la Colonia, el concepto de provincia era algo vago e indefinido. Santiago atrajo siempre a conquistadores y cronistas.

Provincia podría ser el norte, el de las minas y valles transversales, y La Frontera, con sus fuertes improvisados y sus malocas y parlamentos indígenas. La estabilidad de una muelle existencia, la burguesía colonial, residía en Santiago. Y el resto de Chile, la aventura, la inestabilidad de la tierra aún no conquistada.

Pedro de Valdivia, sin embargo, hizo en su prosa primitiva, ingenua y maliciosa a la vez, el elogio del país recién nacido, y Pedro de Oña, tan ajeno al ambiente de la tierra en que vino al mundo, suele, a veces, recordar que es chileno y habla en el « Arauco domado » del

maíz por las pastoras confitado
al fuego, con arena, en las callanas
y del
muday peper y el ulpo, su bebida,
que sirven juntamente de comida.

El Padre Ovalle y Pineda y Bascuñán describieron aspectos del paisaje y de la vida de Chile, ajena a Santiago. Y el Abate Molina, en el siglo XVIII, estudió la tierra, las plantas y los animales chilenos con cierto fervor poético.

Durante el Gobierno de Osorio, don JUAN EGAÑA fué desterrado con otros patriotas a la isla de Juan Fernández. Ante la naturaleza bravía de la isla donde ha sido confinado, Juan Egaña, un santiaguino sedentario, descubre bellas palabras para hablar del agua, del viento y de los árboles, en su libro *El chileno consolado en los presidios o La filosofía de la religión*.

Pero es JOSÉ JOAQUÍN VALLEJOS (Jotabeche), el primero que define con claridad la diferente psicología de las provincias y de Santiago.

Vallejos nació en Copiapó, provincia de Atacama. Vivió en pleno florecimiento del mineral de plata de Chañarcillo. Y observó la emigración constante de los mineros enriquecidos hacia la capital.

A través de sus artículos satíricos, Santiago se muestra como un ambiente corrompido y desquiciador, y las provincias, en cambio, vigorizan la voluntad y alejan al hombre, por el esfuerzo de una vida sana, del ocio y de los vicios. Esta idea que corresponde a un fenómeno real madurará en la obra de Blest Gana.

Los artículos de « Jotabeche » sobre cangalleros y apires, sus descripciones sobre derroteros y leyendas mineras y los cuadros en que pinta la vida de Copiapó en 1840, constituyen, en realidad, los capítulos dispersos de una novela sobre las minas y sobre la vida provinciana de aquellos tiempos.

VICENTE PÉREZ ROSALES en sus *Recuerdos del pasado* fué más lejos. No hace sino narrar su vida y, sin quererlo, nos da una visión total del paisaje chileno y de los huasos y mi-

neros y aún de los santiaguinos de la primera mitad del siglo XIX.

Sus sabrosas anotaciones sobre la vida del valle central, de la cordillera de la costa y de los Andes, de las minas de Chañarcillo y de la conquista de las selvas del sur, hecha por los colonos alemanes y los alcereros chilotes, capitaneados por él, forman, como los artículos de « Jotabeche », una movida crónica novelesca sobre los primeros tiempos de la vida chilena. Especie de Romancero en prosa hierve de observaciones sobre el medio y el hombre, sobre posibilidades y defectos étnicos que la novela chilena no ha aprovechado aún suficientemente.

En este sentido recuerda al « Facundo » de Sarmiento. Son dos libros heroicos. El alejandrino y el octosílabo reemplazados por una prosa simple, pero vigorosa, alejada por completo de la elaboración literaria.

Y así como Facundo es el tipo representativo del gaucho de la pampa, Juan Antonio Rodríguez, simboliza al huaso del valle central en los « Recuerdos del pasado ».

JOSÉ VICTORINO LASTARRIA interpreta, asimismo, la vida de provincia y ciertos aspectos del paisaje de los últimos valles transversales.

Don Guillermo, alegoría política, transcurre en Valparaíso. Anotamos una descripción del antiguo camino al puerto y de la Cueva del Chivato.

En su relato *El manuscrito del diablo*, se habla de las cuestras de Lo Prado y de Zapata, cuyas quebradas y riscos lo hacen decir : « El chileno es un cerro y tiene los recovecos de los cerros ».

Los novelistas de la primera época. — En la novela de Blest Gana « La aritmética en el amor » el héroe, que ha cometido

una estafa, va al sur a rehacer su vida. No define con claridad Blest Gana el medio provinciano en el cual actúa su personaje. El norte y el sur son para él la misma cosa, como en « Los trasplantados ». Sudamérica equivale a Chile, Argentina y a cualquiera otro país hispano-americano.

Reacciona Blest Gana, al describir la sociedad de provincia, como al interpretar a los siúticos de la capital. No abandona su tonillo de gran señor, ligeramente burlón, cuando observa el mal gusto de los trajes, toscamente imitados de los santiaguinos, la ordinariez de sus hábitos y la hipocresía de los provincianos ante el Intendente y el Juez de Letras, representantes de la autoridad.

En « El ideal de un calavera » penetra con más hondura y comprensión en la vida campesina.

Todos los que han estudiado a Blest Gana le niegan el sentido de la naturaleza. No es precisamente lo cierto. Blest Gana se preocupó más de la ciudad, de la vida social que del paisaje campesino. Y, sin embargo, al describir aspectos de la vida rural su observación es aguda y seguro su dibujo. No es un colorista. Tampoco lo fueron Cervantes y Pérez Galdós; pero coge los detalles característicos y da la sensación de la realidad.

Particulariza los pájaros de la región y los designa con sus nombres verdaderos. Es el primero que describe ciertas costumbres, aún no extinguidas en los campos de Chile. El rodeo y la aparta, pongo por caso. Pinta tipos populares, las meicas, los curanderos y la primitiva alfarería indígena o mestiza. Y en « Durante la reconquista » se encuentran croquis de la vida y de las costumbres del campo, agudamente observadas.

Casas, — dice — deseosas de no perder el beneficio de los coches, carretas y jinetes, se alinean a lo largo de la carretera y se prolongan, siguiendo sus accidentes.

Algunas, bajas y mal blanqueadas, a orillas del camino real, formaban algo que parecía una calle.

Describe una posada de los primeros años del siglo XIX :

Contreras, el posadero, puso tres platos hondos de loza lugareña, mal que mal, flanqueados de vasos, de cuchillos belduques, mellados por su largo servicio y de tenedores, como boca de niño que está mudando la dentadura. Pan candeal, oscuro como una cara de indio, sal gruesa y húmeda, semejante a cascajo llovido y ají en polvo, tan colorado como la irritación que ha de producir en el estómago.

Y en la gran fuente de greda, el sabroso charqui hervido en el valdiviano. Y a su lado, un jarro de rosado chacolí y una botella de aguardiente.

La novela de ZOROBABEL RODRÍGUEZ *La cueva del loco Eustaquio*, resulta, a pesar de sus defectos técnicos, un documento interesantísimo en la interpretación de la vida de provincia.

El argumento en sí, ficticio e ingenuamente romántico, no tiene importancia. Son excelentes, en cambio, por su colorido y por la justeza de la observación, un viaje a Santiago en 1860, a caballo, por la cuesta de Zapata y Lo Prado, la descripción de la Semana Santa en Quillota y de la Procesión del Pelicano, hoy desaparecida.

DANIEL BARROS GREZ nos dejó algunos paisajes de costumbres provincianas en sus novelas *El huérfano* y *Pipiolos y pelucones*.

No son sus héroes, de una bonhomía ingenua o de una maldad repulsiva, lo que va a supervivir de su obra, sino los cuadros de costumbres intercalados en sus novelas a la manera de Blest Gana.

Determina, antes que nadie, el carácter de la cordillera de la costa. Los cerros pelados, los estrechos caminos, el vien-

to de los desfiladeros, sus espinares y sus quiscos, figuran, con trazos toscos, pero reales en « Pipiolos y pelucones ».

Examinó, también, la psicología del costino que recorre esos cerros en sus pingos, cargados de cochayuyo seco o de sacos de sal, en camino hacia las ciudades del valle central.

En « El huérfano » las escenas folklóricas son numerosas y de sabrosa fidelidad regional: las payas, las topeaduras, las cuecas, las trillas y los velorios, las procesiones y las ceremonias semi-indígenas de meicas y curanderas.

En su fábula en prosa *El huaso en Santiago*, observamos la antítesis entre el campo y la ciudad ya evolucionada.

La comicidad del huaso, ignorante y rudo, en contacto con el ambiente refinado de la vida urbana, la aprovecha Barros Grez sin desvirtuar sus cualidades de recia chilenidad.

En *Lucas Gómez*, de MARTÍNEZ QUEVEDO, y las numerosas comedias y sainetes derivadas de él, el huaso no será sino un fantoche caricaturesco que habla una lengua deformada e irreal. El roto no ha tenido mejor suerte en los escenarios populares de Santiago.

Los novelistas del valle central. — SENÉN PALACIOS, nacido en Santa Cruz, provincia de Colchagua escribió dos novelas, en que se pinta con efectivo conocimiento la vida campesina del valle central.

Era médico, como su hermano don Nicolás, autor de *Raza chilena*. Ambos hicieron la campaña del Perú. Con cierta autoridad de buenos patriotas, miraron el problema de Chile de esos tiempos. En el fondo, coincidían con Blest Gana.

Por las escenas descritas en la primera parte de *Otros tiempos* y, especialmente, por *Hogar chileno*, Senén Palacios es un precursor de nuestra literatura provinciana. No creó el

tipo del huaso de Colchagua, el más característico de los huasos de Chile; pero nos ha relatado la vida de un fundo del valle central, como nadie en nuestra literatura novelesca.

Los chilenos, ya lo hemos dicho, no son coloristas. No constituye Senén Palacios una excepción, pero la peculiaridad de los motivos y cierta atmósfera poética, sustituyen muy eficazmente a los matices del color y a la solidez del dibujo.

No olvidó el novelista las comidas del campo: los charquicanes, tocados de ají, las gordas empanadas y la espesa substancia de las cazuelas de ave o de cordero.

Un capítulo de « Hogar chileno » está consagrado al espino de los cerros. Le recuerda el arbusto, de ramas torcidas, erizadas de espinas, al roto chileno. De su madera se fabrica un carbón rico en calorías. Del roto, igualmente, suelen brotar acciones heroicas y nobles sentimientos. Es una bella página, pero Senén Palacios, como la mayoría de los chilenos, confunde al huaso con el roto.

En « Hogar chileno » se propuso Senén Palacios una tesis pedagógica, casi identificada con la de Blest Gana respecto al porvenir de Chile. Ataca rudamente al hogar santiaguino. La familia de provincia y la de Santiago tienen diversa moral y distintas costumbres. La heroína provinciana, modesta y sencilla, es el reverso de la vanidosa señoritinga de la capital, y el héroe, un estudiante de medicina, honrado y serio, contrasta con Claudio de Rey, calavera arruinado que sólo busca la fortuna de la familia de Colchagua.

Al volver la familia, en un verano, a la tierra de sus antepasados, es como si se reintegrara a la tradición rural, en la que basa el autor el porvenir de Chile.

Cecilia, de JANUARIO ESPINOZA, es una estampa de la vida aldeana del valle central. Estilo simple y simples conflictos psicológicos.

No se supera Januario Espinoza en *Las inquietudes de Ana María* ni en el estilo ni en los caracteres. El duelo amoroso entre Ana María, dueña de una hacienda del sur, y su administrador, hijo de un antiguo inquilino, hecho agrónomo, huele a asunto de Far West, a película de aventuras.

Pero acierta plenamente J. Espinoza en *Pillán* por la justa pintura del medio campesino, por el relieve humano de los caracteres y, sobre todo, por la atmósfera de irrealdad que ha logrado crear en torno de sus personajes.

Pillán, el espíritu maligno de los indios, latente aún en los mestizos de las aldeas y de los campos, dirige los sentimientos, complica las pasiones y desenlaza trágicamente los conflictos con su presencia invisible.

Hay una mujer, dominadora sexual en todas las novelas de J. Espinoza, urbanas y rurales. Es hija de una bruja o adivina. Y el sexo posee, esta vez, un embrujo irresistible. Evolución natural del concepto que sobre el amor y sobre la mujer tiene el novelista.

El hombre es un juguete de la mujer que ama. No entienden sus parientes y amigos la hondura de la pasión y la atribuyen a malas artes de la bruja y de su hija. Asaltan la casa, donde las mujeres destilan bebedizos y crían maléficas sabandijas.

Una epidemia de viruelas aparece un día en los campos y aldeas de la región. Cae el héroe contagiado por la peste, y, ante el asombro de amigos y familiares, la hija de la bruja lo cuida abnegadamente. Ambos mueren. Se habla de un misterioso jinete, de rostro moreno, perilla en punta, que se lleva los dos cadáveres.

Los detalles, tomados del folklore de la provincia de Linares, cuentos y supersticiones, los ha fundido hábilmente J.

Espinoza con el paisaje y con el desarrollo de la pasión amorosa.

Experiencias intensamente vividas son las novelas de FERNANDO SANTIVÁN sobre el valle central del sur. Aparece la vida provinciana sin influencia de Santiago.

No nos muestra *La hechizada* el campo idílico, poetizado por el autor, sino la vida elemental en sus buenos y malos aspectos.

Choca con el ambiente semi-bárbaro, el héroe, estudiante que vuelve en las vacaciones a un fundo de sus antepasados. Es un hombre fuerte y generoso. Se enamora de una aldeana angelical, pero descubre sus culpables relaciones con un hacendado, especie de bandido de la región. La niña está *hechizada* por la hombría del huaso.

Una rivalidad, algo sensacional, empieza entre el forastero y el hacendado. Sin mayores demostraciones, estalla el odio entrambos en una topeadura, donde el hombre de los campos es vencido.

No resulta verosímil que un hombre de ciudad venza a un campesino en tales lides. Quizá haya una intromisión, muy laudable, por lo demás, del autor en defensa de su héroe; pero la novela de Santiván posee otras cualidades que la colocan entre las mejores interpretaciones de la vida rural de Chile. La fluidez del estilo, la sobriedad de las descripciones y un hálito épico que eleva el relato a la dignidad del poema.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS sintió, también, la poesía de los valles chilenos. En su novela *La voz del torrente* se describe un salteo a la luz de la luna en la cordillera. Es una página maestra.

JULIO T. RAMÍREZ se inició en literatura con una novela campesina, titulada *El rancho*.

La primera parte de la novela es un cuadro vigoroso del campo de la provincia de Colchagua. De improviso, la acción se traslada a la ciudad y se convierte en una jaculatoria política, falsa y mal observada.

Algo muy semejante ha desvirtuado la calidad artística de la novela de JULIO KLOQUES CAMPOS *El hijo del vaquero*.

Conoce Kloques Campos como Julio T. Ramírez la vida rural. Hay paisajes y escenas muy bien trazados y es digna de elogio en Kloques Campos la creación del Raja Diablo, gañán de los campos, especie de roto que ha tornado a la vida campesina.

JUAN BARROS, del cual ya hemos hablado en la novela santiaguina, escribió dos relatos campesinos. Su técnica, de gran simplicidad, semeja una charla de huaso en una comilona de campo. Vivió gran parte de su vida en la provincia de Curicó, al pie de los Andes. Este medio es común a sus dos novelas *Don Lindo* y *María la Grande*.

Elevó Juan Barros, con una laudable intuición filológica, el dialecto huaso a la categoría literaria; y con él sus vocablos, sus refranes y sus modos de hablar. Entronca, por muchas razones, con Barros Grez; pero en este Barros moderno predomina la creación artística sobre la investigación folklórica. Y en la correcta construcción castellana se cuaja el fruto sabroso de las metáforas criollas.

« Una nariz que parecía una frutilla huacha en una mata reseca ». « Una muchacha diabla como una potranca redomona. »

De sus novelas, « Don Lindo » es un prodigio de humor criollo.

Rosalindo Díaz, don Lindo (el apodo encierra la doble significación del nombre familiar y de la característica física del personaje), acepta el favor de las mujeres como un don

que la naturaleza le otorgó. No se enamora de ellas. Recibe lo que le ofrecen. Ni en los incidentes cómicos, provocados por sus adoradoras, ni en los trágicos, varía su actitud. Una resignación indiferente y hasta cierto punto filosófica, orienta su vida limitada. Si la madre y las hijas se pelean por él, sonríe y espera. Y al ser sorprendido por un marido celoso, sonríe y muere.

Tres ensayos novelescos sobre el huaso: El huaso costino. —

Al publicar en 1920 mi novela *Zurzulita*, los críticos santiaguinos discutieron largamente sobre la novela de campo y sobre el prosaísmo del huaso como personaje novelesco. Se habló del abuso de las descripciones y del retraso que significaban, en la novela moderna, los cuadros de costumbres.

Sin embargo, el huaso, tipo fundamental en la evolución de Chile, no tenía intérpretes en la literatura chilena, y el paisaje nativo estaba inédito desde Ovalle.

Al desconocimiento de la tierra y de sus fenómenos sociales podrían atribuirse las aseveraciones de la crítica santiaguina y a la influencia de la Literatura francesa, de moda entonces en todos los países sudamericanos.

Se tildó de anticuada la nueva orientación que iniciaba honradamente la interpretación de la vida rural.

« *Zurzulita* » pintaba la vida de las cordillera de la costa, no tocada antes en la novela chilena.

En *On Panta* ahondé aun más en la vida de los cordilleros, vecinos al Maule. On Carmen Lobos de « *Zurzulita* » y On Panta son, pues, dos huasos costinos.

El huaso del valle central. — La verdadera fisonomía del huaso del valle central tampoco se había enfocado en la novela chilena.

El sainete se alimentó, y sigue alimentándose, del aspecto ridículo del huaso, de su ignorancia y de su ingenuidad.

MANUEL GUZMÁN MATURANA, en *Pancho Garuya* nos da un retrato serio y documentado del huaso del valle central.

Francisco Garay, Pancho Garuya, arriero de las serranías, audaz y generoso, florecidos los labios de dichos y refranes, va y viene por los cerros, para y alegra las posadas del camino, ama y pelea, pelea y ama. Aventurero por amor de la aventura y en esto, sus atisbos de bandido, sueña, sin embargo, con una casita campesina, una huerta y una mujer que guise los succulentos charquicanes y los valdivianos, que llaman el buen vino de la tierra.

La intención de Guzmán Maturana es honrada. Acumula excelentes materiales folklóricos, payas y romances; pero la pobreza del estilo y la falta de verdadera calidad artística colocan la novela de Guzmán Maturana entre la investigación folklórica y la literatura.

El huaso cordillerano. — PÉREZ ROSALES delineó, con trazos elementales, pero seguros, en su *Recuerdos del pasado* al hombre de cordillera y al paisaje de las cumbres, de las aguas desatadas y de la vida andina.

Juan Barros nos pintó un contrabandista, especie de bandido e inquilino, en « María la Grande ».

En Cuna de Cóndores describí arrieros y bandidos.

Pero es *Froilán Urrutia* de JUAN MODESTO CASTRO, la interpretación más documentada del huaso cordillerano.

Tiene el hombre andino de Chile características propias. Se mezclan en él aptitudes multiformes. Puede ser originario de la cordillera de la costa, del valle central o de los valles transversales; pero se peculiariza por su prodigioso don de adaptabilidad. Ante todo, es un arriero o puestero. Llega a

los contrafuertes cordilleranos como pastor de ovejas o vacunos. La cordillera lo transforma y no es raro verlo convertido en un cateador o en un minero de gran habilidad técnica. Y entonces su raíz costina o de los valles transversales desaparece. Se desarrolla su imaginación, y sus creaciones de ingenua poesía pueblan los cerros y los ríos de mitos y personificaciones maravillosas.

FRANCISCO HEDERRA, *novelista de Talca*. — *El Tapete verde*, su primer ensayo novelesco, nos describe la vida de una ciudad provinciana.

El protagonista, joven de Santiago, ha venido a Talca a explotar un fundo que posee su familia en los campos circundantes. Es un primo hermano psicológico de Fortunato Esperanzano, el héroe de « La Aritmética en el amor ». En Talca se enamoró y se casa ; pero el ambiente monótono de la ciudad del sur convierte al joven en un jugador sin voluntad, en un vividor instintivo. La vida del hogar, fundado en las tradiciones familiares de España, se destruye.

No es FRANCISCO HEDERRA un escritor atildado ni posee sutiles resortes técnicos. Deriva de Blest Gana y de Orrego Luco. Su novedad consiste en haber estudiado el medio provinciano de la ciudad y el de la vida rural.

No bastarían los conflictos, apenas apuntados, de aquella su novela y en *Así se vive* para señalar a Hederra como el novelista representativo de una región, pero conoce Hederra muy bien las costumbres urbanas y rurales del medio provinciano que ha pintado.

En « El Tapete verde » hay cuadros de costumbres (la celebración de las fiestas patrias, las ferias regionales, etc.) y en « Así se vive » escenas de neto dibujo y fresco colorido campesino.

Cuatro novelas sobre la vida de provincia. — La novela *Mirando al Océano*, la única de GUILLERMO LABARCA, nos describe un aspecto de la vida de provincia, el de una guarnición de la artillería de costa, en la Isla Quiriquina.

Es el diario de un conscripto que anota, con cierta superioridad intelectual, sus observaciones sobre el carácter de los oficiales, de su vida en el fuerte y de la rutina cotidiana del servicio militar en los conscriptos allí destacados.

Estilo y técnica, reducidos casi a un esquema, recuerdan a Maupassant.

MANUEL J. ORTIZ, profesor durante muchos años en las escuelas primarias del sur de Chile, es uno de los pocos novelistas chilenos que derivan de la literatura española.

Por la característica manera de enfocar el medio aldeano y por el humor contenido en el relato, gracejo castizo y malicia criolla, hace pensar en Pereda y en sus novelas montañosas.

Deforma su obra una insistente tesis pedagógica. Sin negar la realidad de los problemas, vemos repetirse con demasiada frecuencia el sacrificio heroico del maestro o de la maestra en la vida aldeana o campesina y la estupidez de los funcionarios públicos y de los pequeños propietarios regionales.

No obstante, sus novelas *Pueblo chico* y *El maestro* y los graciosos relatos, coleccionados en *Cartas de la aldea*, forman un documento real de ciertos aspectos del medio y de la psicología de los pueblos del sur.

Maestro como Manuel J. Ortiz fué ISMAEL PARRAGUEZ, autor de *Esperanza*, donde hallamos otra vez una maestra en lucha con un medio hostil a la enseñanza laica.

Esperanza es una jovencita recién egresada de la Escuela Normal de Santiago. Acepta una escuela de aldea, tributaria, hasta su llegada, del Cura y del Alcalde.

Las intrigas, llevadas hasta la calumnia, terminan por enfermarla mortalmente.

Aunque hay en la obra de Parraguez una tesis demasiado visible y un exceso de sentimentalismo, no el de mejor calidad, pinta su novela, con detalles realistas, la vida aldeana (el terrateniente, el alcalde, el cura, un preceptor borracho) y el paisaje de cerros y de prados de un valle cercano a la cordillera de la Costa.

Estampas de una aldea, así reza el subtítulo de *Alhué* de JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA, por la unidad del medio puede considerarse como una novela aldeana.

La simplicidad de su técnica lo aproxima al Azorín de « Los Pueblos ». El estilo claro, esquemático, poco frecuente entre los escritores chilenos y un humor ligero, casi insinuación de ironía, esbozan, con perfiles fugaces, las casas coloniales, las supersticiones semi-indígenas y los tipos lugareños.

Valparaíso y sus intérpretes. — Sólo VICTORIANO LILLO ha interpretado hasta ahora la vida rural de la provincia de Valparaíso. Se aparta su técnica de la tradición de la novela chilena de campo. No es el ambiente lo que resalta en sus novelas *Lepra de oro* y *La marca*. Es su calidad psicológica. Y en los tipos escogidos, los morbosos y desequilibrados, especialmente las mujeres.

La judía, protagonista de « *Lepra de oro* », enigmática y bella, posee un embrujo demoníaco, a la manera de las mujeres de Barbey D'Aurevilly. Conoce a un huaso de la región, en la aldea adonde ha ido a convalecer. Lo domina con su sensualidad complicada. En su ansia de retenerla, el amante campesino la estrangula.

El escenario rural está hábilmente diseñado. Corridas de

vacas, topeaduras y la célebre procesión del Pelicano en Quillota.

Rosa, la heroína de « La marca », mestiza pura, no se diferencia mucho de la extranjera de « Lepra de oro ». La seduce el hijo del patrón y la abandona.

La guerra estalla entre el pequeño propietario y el terrateniente. Un día, un potrillo de raza del padre de Rosa salta un cerco y penetra al fundo del propietario. Sus mozos marcan al animal, por orden del dueño. El hermano de Rosa, recién llegado de las salitreras, la aconseja vengarse de su amante. Entre ambos lo atan como a una bestia y le estampan la marca del padre de Rosa en el pecho. Ante el sufrimiento del joven, la mujer siente renacer su ternura y se abraza al agonizante, arrepentida. Analiza Victoriano Lillo, en un estilo ceñido y enérgico, la pasión de su heroína, define las características del medio y puntualiza el profundo encono del hombre del pueblo por los dueños de la tierra.

En *Valparaíso, ciudad del viento* evocó J. EDWARDS BELLO un aspecto del puerto. De acuerdo con la técnica, ya cristalizada de Edwards Bello, es una especie de diario estilizado, de memorias noveladas, sobre la niñez y la adolescencia del novelista en Valparaíso. Los porteños, educados a la inglesa, son la antítesis de los santiaguinos, apegados a su tradición. En el dinamismo comercial del Puerto, se proyecta el héroe, muchacho ingenuo y sentimental. Banqueros, agiotistas chilenos y británicos, niñas que juegan al tennis, para imitar a las inglesitas recién llegadas y conseguir un marido gringo, rico y deportista, el mundo apasionante de la Bolsa, del agio y del nuevo rico. Pero es la ciudad, no el puerto. El plan, no los cerros con su hervor de colmenas.

Quizá por un fenómeno psicológico, cuya clave estriba en la evocación, el estilo de Edwards Bello en esta novela posee

una firme trabazón sintáctica y, por lo mismo, mayor estabilidad. En « Valparaíso, ciudad del viento » hay trozos antológicos, como el surazo que periódicamente azota las costas de Chile.

SALVADOR REYES ensaya en Chile la poesía del mar, a la manera de Rimbaud y Tristán Corbière. Sobre veleros, sobre pájaros marinos y sobre piratas imaginarios, teje sus sueños y rima sus versos. Saben las metáforas a sus predilecciones literarias.

Sus primeros relatos costeros se coleccionaron en *El último pirata* y ya germinan en esos cuentos *El matador de tiburones*, *El café del puerto* y *Piel nocturna*.

Salvador Reyes quiso divulgar en Chile el folletín literario de asunto marítimo. Aventureros de origen desconocido, ingleses y noruegos que irrumpían, una noche cualquiera, en los cafés de Valparaíso. Muchachas de vivir alegre sentían, por ellos, inesperados caprichos. Humo y whisky, whisky y humo de cigarrillos. A veces, estas aventuras podían recordar a Stevenson, a Conrad, pero los héroes de Salvador Reyes, hijos de la fantasía del autor, no tienen el sentido racial de los de Conrad y de Stevenson.

Son fantasmas literarios, más cerca de Salgari y de Mac-Orlan. Y viven, mientras subsiste en el lector el hechizo del estilo y el liviano engranaje de la técnica.

En « El café del puerto » y particularmente en « Piel nocturna », nos muestra Salvador Reyes escenas de la vida nocherniega de Valparaíso, de sus mancebías y bares, y de los malecones, decorados de grúas y gaviotas.

MANUEL ROJAS en *Lanchas en la bahía* intentó la pintura de la vida del puerto. Cargadores y guardianes de los pontones o bodegas flotantes de las Compañías de Vapores son sus personajes.

Se disuelve la realidad en los compases de una prosa cantarina, en que la riqueza de las imágenes tiene mayor importancia que los caracteres y el paisaje del mar.

Los novelistas del norte. — No es abundante la producción narrativa de la literatura chilena sobre el desierto y sobre las provincias de Atacama y de Coquimbo. Los temas son copiosos e interesantes, pero escasos los intérpretes. Sobre las salitreras no tenemos hasta hoy un relato integral ni de los mineros de Atacama ni del paisaje y del hombre de los valles transversales.

Los artículos de «Jotabeche», las impresiones personales de Pérez Rosales y de algunos periodistas de la época no cuajaron en novela posteriormente.

El periodista TANCREDO PINOCHET viajó en 1911 por el valle de Choapa.

Nieves eternas, novela-reportaje, es el producto de esas observaciones. Influido por el sensacionalismo de la prensa norteamericana y por un generoso ímpetu humanitarista, mezcla el artículo de combate con la verdadera creación artística.

Sin mayor poesía aparece el paisaje de la región y, sobre todo, la miseria de los inquilinos, azotados por la sequía y por la incapacidad de los dueños de la tierra que, desde Santiago, administran las viejas heredades tradicionales.

Salvo algunas crónicas de MANUEL CONCHA y varias monografías sobre Andacollo y Ovalle, no hay novelistas en Coquimbo, cuyo paisaje y cuyos hombres son de un extraordinario carácter novelesco.

No ha sido más feliz la provincia de Atacama, a pesar de su rica tradición minera. Sin embargo, el valle del Huasco tuvo en HONORIO HENRÍQUEZ PÉREZ, un novelista y un poeta, enamorado del carácter y del paisaje de su tierra nativa.

En su libro *Por la gloria de San Ambrosio* evoca Honorio Henríquez la vida de Vallenar, durante la revolución de 1891.

El paisaje árido de Atacama, interrumpido por oasis que riega el Huasco, la alegría del viñedo y de la huerta y la sierra, donde persiste el pastor indígena, heredero de los quechuas, lo describe Honrio Henríquez con la maestría de un pintor y el sentimiento de un poeta.

En *Un perdido* de EDUARDO BARRIOS encontramos una pintura vívida de Iquique, vista desde la guarnición militar.

Trazos sobrios evocan el puerto : Caserío de madera, chato, color de barro, desparramándose sobre la lonja de tierra que se extiende entre el mar, las dunas y los montes yermos de la meseta salitrera, oficiales aburridos y burdeles, adonde acuden, como a los salones, las familias de Iquique, en tanto que hierven los muelles de cargadores con el blanco saco de salitre al hombro, y los vapores y veleros fondeados en la bahía.

VÍCTOR DOMINGO SILVA es uno de los intérpretes de la vida en la pampa salitrera.

Ante todo poeta, su inquietud trasladó la poesía al cuento, al drama y a la novela. Y en esta multiformidad creadora la pampa es el telón de fondo y el obrero su héroe esencial.

Falla la realización de su obra, tan bien intencionada, por su carácter improvisado. El poeta se extravía en la retórica ; el autor de cuentos, en el periodismo ; el dramaturgo, en escenografías teatrales y el novelista, en redactor de folletines mediocres.

Antes de la aparición de *La pampa trágica*, PEZOA VELIS escribió un excelente cuento, *El taita de la oficina*, y Baldomero Lillo, dos capítulos de una novela *La huelga*, que no terminó.

En *Palomilla brava*, V. Domingo Silva interpretó un roto de Valparaíso, nacido en un conventillo.

« — Sos el hijo mayor de la familia, le dice un zapatero de los cerros del puerto. Tenís que hacete hombre. Ya es tiempo que te dejís de mataperriar ».

1879. Plena guerra del Pacífico. Papelucho (Pepe Lucho) hace la campaña. Licenciado del ejército se radica en Iquique. Empieza su aprendizaje de pampino.

El autor cree en las cualidades nativas del roto. Su héroe, fuerte y generoso, ávido de aprender, se transforma rápidamente en un hombre útil, muy semejante a los patrones ingleses de las salitreras. La hipótesis, aunque rara, no es absurda. Y el novelista está en lo cierto; pero el temperamento lírico del autor y su tendencia a crear héroes románticos, falsean la tónica real de la novela. Quedan en pie, no obstante, el paisaje pampino y las faenas características de la explotación del salitre.

En *El cachorro*, los defectos apuntados son más visibles.

Papelucho es, ahora, un agente de negocios, casi un inglés. Fracasa en su matrimonio con una tacneña y ama a una niña, de origen anglosajón, que fué maestra en la pampa.

Sus acotaciones de paisajes, la crisis del salitre y el desbande de los obreros hacía al sur son reales y sobrios. Y digno de una antología, la página en que se describen los perros abandonados por sus dueños en la pampa y vueltos casi al estado salvaje.

Con mayor sentido realista y mayor sabiduría técnica, se nos presenta un nuevo escritor chileno, ANDRÉS GARAFULIC.

Garafulic, hijo de yugoeslavos, que llegaron a la zona del desierto, es un neochileno. Así se explica la originalidad de su visión de la pampa.

Su primer libro *Carnalavaca* describe, en parte, la zona

del desierto que empieza en Antofagasta. En el fondo, se funden en « Carnavalaca » tres novelas diversas, unidas por un personaje central.

Hay una novela neoyorquina, de tipo norteamericano, la de un Dreisser o de un Sinclair Lewis. Pinta el torbellino de los negocios, del mundo de los financieros judíos que miran ya como propio el salitre chileno. Sus Blumenthal se parecen mucho a los Gugenheim de la época actual.

Constituye un prólogo vivaz a la crisis chilena, posterior a la guerra del 14.

En la segunda novela, cuadro vigoroso de la pampa salitrera, luchan un ingeniero de la Universidad de Chile y un agente de negocios de los Blumenthal. Sin lugar a dudas, esta parte es un acierto artístico. Drama patético del desierto, en que luchan chilenos y extranjeros, aguijoneados por el ansia del oro. La agitación de las oficinas, el estallido de los dinamitazos, las peleas en las cantinas y las huelgas, sin que en ellas aparezca ninguna intención política, se cuentan con sobrio carácter y hondo conocimiento del asunto.

En la tercera parte, *La lucha*, el escenario es Santiago. Se interpreta la corrupción política de la capital, a principios del siglo xx. La riqueza de los capitalistas norteamericanos vence los esfuerzos del ingeniero chileno. La pampa se desnacionaliza. Los agentes extranjeros compran a los ministros, a los políticos y a las comisiones técnicas.

El ingeniero es vencido en la lucha económica, pero conquista el amor de una santiaguina moderna (hermana de la heroína de « Robles, Blume y Cía. ») que lo prefiere a los elegantes políticos calaveras de la capital.

Además de « Carnavalaca » ha escrito Garafulic (que vivió en Antofagasta) novelas y cuentos que interpretan otros aspectos de la vida del desierto.

Su sensibilidad, de raíz esclava, reacciona trágicamente ante ese medio antinatural del desierto en que el hombre o es un esclavo sumiso o un rebelde agresivo, según las circunstancias.

Pampa brava narra el instante en que las empresas norteamericanas empiezan a explotar las salitreras particulares y los obreros, cesantes por el nuevo método de explotación instalado por ellos, se acercan a la costa y se embarcan hacia el sur.

La novela, sin embargo, es un drama extranjero, el de un grupo de yugoeslavos, vencidos por los capitales norteamericanos. Recuerda el procedimiento de Somerset Maugham y de Williams Russell al analizar el desquiciamiento moral de ingleses y de europeos en los climas tropicales.

La novela *Jaivón* de DAVID ROJAS GONZÁLEZ relata la vida de Antofagasta, algunos años antes de la crisis salitrera.

Funcionario judicial durante varios años en el norte, penetró la psicología de los chilenos y extranjeros radicados allí.

« *Jaivón* », sinónimo de avidez, de vida fácil, es un símbolo de la corrupción política, de la influencia desmoralizadora del imperialismo y de la codicia de abogados, médicos y funcionarios públicos que van a Antofagasta en busca de fortuna o a reácer su vida.

Tampoco ha tenido el Norte una novela que relate la vida heroica de los cateadores y mineros, hasta la publicación de *Llampo brujo* de SADY ZAÑARTU.

No es la vida de un cateador determinado. « *Llampo brujo* », novela de tipo poemático, hace desfilar, sin caracterizarlos, algunos alucinados por la quimera del oro que, con su martillo de cateadores y su bolsita de cuero, se internan en la soledad gris del desierto.

Casi siempre son fracasados heroicos. Nunca el éxito corona sus esfuerzos. Y en esto reside el acierto de Sady Zañartu.

Una atmósfera hostil gravita sobre las llanuras calcinadas y los cerros metálicos. Los derroteros, parte en la realidad y parte en la fantasía de los cateadores, los oculta o los da a conocer un hombre con barbas de chivo y patas de guanaco (el diablo de los mineros) que es, en el fondo, una antropomorfización de las ansias y de las derrotas de los cateadores.

En su novela *El desierto* HÉCTOR ERBETTA ha interpretado dramáticamente la existencia de tres personas, un matrimonio y un empleado, en una estación de las estepas.

Aunque recuerda las novelas coloniales francesas y las de Somerset Maugham, los personajes, desintegrados por la sequedad del desierto o por la garra mortal del aislamiento, son chilenos y chilenas las descripciones de camanchacas y de los matices del árido paisaje de llanos y colinas del Norte de Chile.

Los novelistas del sur. — ANTONIO ACEVEDO HERNÁNDEZ, conoce, como pocos chilenos, la vida de los campos y de las minas del norte y del sur. Y, lógicamente, el alma de campesinos y mineros.

En una de sus primeras obras, *La raza fuerte*, pinta la vida de un campamento de mineros en el sur de Chile.

Abundancia de diálogos, de esencia popular, que recuerdan al dramaturgo, rápidos croquis de escenas al aire libre, tipos que se asoman y se pierden, peleas y huelgas, se unen en una especie de crónica pintoresca, algo deshilvanada, aunque vigorosa, de la explotación de una mina del Chile austral.

Esta es, también, una de las primeras interpretaciones directas de la vida del sur.

Algunas novelas históricas sobre conquistadores e indios, sin el estudio del medio y del paisaje, caen, más bien, en el género folletinesco y en la historia anecdótica, interpretada según el capricho del autor.

La vida de los campos del sur, la inmigración de los inquilinos de Chillán y de Chiloé a la selva y a las cordilleras, la épica colonización de Llanquihue por los alemanes, y los pueblos recién fundados en los claros del bosque, sólo han sido interpretados por los novelistas chilenos en los últimos años.

Debo citarme como el iniciador de este tipo de novelas que incorporan el sur a la literatura narrativa de Chile.

En *Ully* pinté a los alemanes, radicados a la orilla del Lago Llanquihue, frente a los chilenos que ya vivían en la región y a los que habían llegado recientemente.

Era indispensable fijar el medio. La selva que, poco a poco, iba cayendo al golpe del hacha, el terso espejo de los lagos, las aldeas, construídas con los troncos derribados, constituían casi un personaje, inmóvil, pasivo o rebelde, según las circunstancias, escenario donde se desarrollaba el esfuerzo de la colonización, el tenaz empuje del colono alemán y del chileno, en los últimos tiempos.

La crítica santiaguina, desorientada como siempre, no entendió o no quiso entender la nueva modalidad que enriquecía la temática de la novela chilena.

A raíz de « *Ully* » publicó MARTA BRUNET *Montaña adentro*, novela de la frontera.

Descendiente de catalanes y de montañeses, Marta Brunet trajo a la novela chilena un arte equilibrado, rico de expresión y sobrio de contornos. Ante todo, un conflicto dramático. Por esto mismo, la psicología de sus héroes campesinos está falseada ; y recuerda las de Víctor Catalá y de Con-

cha Espina. Este defecto es más visible en los héroes masculinos que en las mujeres.

Las heroínas de *Montaña adentro*, *Bestia dañina* y *Marta Rosa*, aunque estilizadas por la característica técnica de Marta Brunet, están hechas con elementos reales del campo chileno.

La novela del sur necesita del paisaje. Marta Brunet resolvió hábilmente esta dificultad técnica. Mediante ingeniosas antropomorfizaciones, el medio colabora en el relato y crea el ambiente en que se desarrolla la acción.

« Las cachañas se cuentan chismes y se ríen con carcajadas interminables, terminadas en i, los ríos charlan bulliciosos al encontrarse. Otro río regaña con las piedras, haciendo burla de su afán, el viento con los árboles, etc. »

Cuando apareció *Mercedes Urizar*, que pinta un paisaje muy cercano y semejante al de Marta Brunet, LUIS DURAND había publicado ya tres colecciones de cuentos sobre la vida rural del sur de Chile.

Como nadie, conoce Durand la verdadera psicología del hombre del sur, sus costumbres y, lógicamente, la característica del paisaje de la frontera.

Un vital sentido de la realidad procede de la identificación del intérprete con el hombre y con el medio en el cual vivió largos años. Al escribir, no hace sino recordar. La saturación del medio y sus naturales condiciones de narrador efectuaron el milagro.

Son muy semejantes, en este sentido, Francisco Hederra y Luis Durand, aventajando Durand a Hederra por más generosas condiciones de escritor.

El tapete verde y *Mercedes Urizar* me parecen, desde el punto de vista señalado, las más peculiares interpretacio-

nes de una ciudad del valle central y de una aldea del sur de Chile que hay en nuestra literatura.

Utiliza Durand, para hacer resaltar la pasividad de la vida aldeana en Villa Hermosa un procedimiento clásico : la sensibilidad de un hombre superior, que llega inopinadamente al pueblo. De ayudante, a una escuela de mujeres.

La Directora, una mujer fuerte y enérgica, separada de su marido, un huaso borracho, es la heroína. Nace el amor. En el análisis minucioso de esta pasión reside, en mi concepto, el carácter de la novela de Durand. Contenido, primero, en morbosos disimulos ; avasallador, más adelante, hasta su realización. Y en torno a los dos personajes principales, la vida gris de la aldea con sus comilonas, sus chismes y sus tragedias.

El paisaje de Durand, menos estilizado que el de Marta Brunet, está envuelto, a pesar de la rudeza del bosque, de la quebrada y del volcán de una suave poesía evocadora.

« Puñado de emociones lejanas. Vidas que se desenvuelven monótonas, suaves como el alma melancólica de un mapuche o aquellas otras, estremecidas por fuertes pasiones o celos o tragedias. »

« Pasa. Todo se borra. La vida habitual nos invade. La ilusión termina. Ha sido sólo la influencia de aquel puñado de viento sur. »

Así explica HERMES NAHUEL (Armando Arriaza), un drama de celos urbanos en un fundo de la zona precordillerana de Osorno. El título aclara la tesis del autor. El viento del sur, helado y persistente, exagera los instintos de estos hombres y mujeres de la ciudad, confinados en la selva entre mapuches y huasos rudos.

Nuevamente encontramos la influencia de Conrad o de

Somerset Maugham en la interpretación de europeos desintegrados por el calor o por las lluvias tropicales.

Hay una mujer, una santiaguina, que trae al pacífico rincón de montaña, la influencia perturbadora de su elegante feminidad, y hay un paisaje, discretamente dibujado por el autor, que enmarca la tragedia del viento sur.

En la novela *Charca en la selva* de FERNANDO SANTIVÁN, el conocimiento del medio es más profundo y más real la psicología de los hombres del Chile austral.

Un agrimensor ha venido a radicarse en una aldea del sur, la charca en la selva. Con él vino su mujer, hembra sensual y demoníaca. Sobre el medio aldeano, mestizos sin carácter o alemanes dedicados a sus labores agrícolas o comerciales, intenta el héroe combinaciones políticas. La aldea lo domina, la charca termina por infectarlo mortalmente. La mujer lo abandona y él muere, por fin, en una parihuela que lo aleja, en hombros de unos huasos, del medio en el que vivió.

Los primeros ensayos de LAUTARO YANKAS no fueron interpretaciones rurales. Un viaje al sur le reveló el drama de la frontera, que ha determinado el carácter futuro del novelista.

La mujer del Laja es el primer ensayo. Yankas intenta una nueva manera y, sobre todo, un estilo nuevo. La frase ha de ser rápida, sintética. El verbo, en la mayoría de los casos, se presupone. A veces, dos sustantivos antitéticos pretenden sugerir el paisaje (la noche y el río, la noche y su murmullo, la noche y su siembra de astros, etc.). Es una especie de puntillismo primario. Afortunadamente, el novelista no insiste en ello. En la fiebre de la creación vencen sus aptitudes innatas.

Buen observador de la vida chilena y de su paisaje, lo

aprovecha inteligentemente en sus novelas ; pero ni crea tipos ni domina el color. Sus personajes son ficciones teatrales. Sus descripciones, líneas y perfiles o manchas de carbón. Sin embargo, a este mecanismo algo barroco lo anima una intención y lo resuelve una voluntad.

Más rica de observación real y de más perfecta realización literaria, es *Flor Lumao*.

Anotemos la novedad del tema. Una verdadera novela de la vida de los indios araucanos actuales no existía en la literatura chilena hasta la aparición de « Flor Lumao ». Se escribieron cuentos o novelas cortas, en que aparecía el indio, arriero o inquilino de los grandes latifundios del sur ; pero no un relato extenso y bien documentado.

Hemos visto la tendencia de Yankas a cierta teatralidad o efectismo cinematográfico. No se libra de esa falla « Flor Lumao » ; sin embargo, el medio y los personajes están mejor caracterizados y, sobre todo, el estilo es más sobrio y menos convencional.

La reducción en que vive Flor Lumao, hija de un cacique, colinda con un fundo de la frontera, cuyos dueños son unos alemanes chilenizados. El hijo del patrón, hombre instintivo y cruel, persigue despiadadamente a esos mapuches, instalados en su hacienda. Conoce un día a Flor Lumao, admirable rebrote de Castilla en barro mapuche. En sus ojos negros, en el óvalo de su rostro y en la morbidez de su cuerpo, el azar de la especie modeló las gracias sensuales del sexo.

Enloquecido y tenaz, al no aceptar el padre de Flor Lumao un caballo por su hija, el hacendado se la roba y la esconde en una rinconada del fundo.

El sueño del indio Huentecón, durante la ceremonia indígena en que se concierta su matrimonio con Flor Lumao,

es una página de emocionante dramatismo. Al despertar de su borrachera de muday, el indio no encuentra a su amada. Su puño de bronce amenaza hacia las casas de la hacienda, perfiladas en el extremo del valle, al abrigo de una loma.

El paisaje, anguloso, rectilíneo termina por imponerse con sus rudos perfiles y sus contrastes de verdor y de selva recién quemada.

La novela *Garabito*, de GERMÁN LUCO, aún inédita, puede considerarse como una página profunda y real de la vida del sur de Chile.

Germán Luco no era del sur. No obstante, se compenetró de su psicología y, sobre todo, vió el bravío carácter de ese paisaje, aún no destruído por la conquista.

Garabito es un cuatrero y no lo es. El cuatrерismo constituye, en la época heroica del Chile austral, casi un timbre de gloria. Bandido y hacendado se confunden. Todo depende del vigor y de las características individuales. Muchos de esos bandidos murieron en los caminos, perseguidos por los *trizzanos* y muchos, asentados fuertemente en la tierra, se convirtieron en terratenientes y, más adelante, hasta en políticos.

Garabito ha muerto a su mujer, a quien sorprendió con un amante. Montado en su caballo, vadea ríos y asciende montañas. No sabe a punto fijo adónde va. Sólo lo guía su instinto. En un rincón de ese paisaje, cerrado por selvas verdioscuras, vive un antiguo camarada de correrías, Rubilar. Hay una hija. La hija de Rubilar. Robusta, ingenua, sensual, tipo de criolla sana. Se enamora de la prestancia y de la virilidad de Garabito. Rubilar se opone tenazmente. Nada quiere con su pasado en su situación actual.

Vuelve Garabito a su vida vagabunda. Esta vez como ma-

rinero de una goleta. Nace un hijo « la astillita rosada del viejo pellín » que reconcilia a los antiguos camaradas de cuatrismo. Retorna Garabito al campo y empieza su vida de hacendado.

Medio y personajes se perfilan enérgicamente. Estilo áspero, adecuado al ambiente. Diálogos rápidos, nerviosos, con maestría de dramaturgo. Paisaje bárbaro, que limitan los cerros adustos, apretados de selvas. Potreros y sementeras nuevas en cuya alfombra verdeante se alzan como islotes los tocones carbonizados, restos de la reciente quemazón. Y junto a las casuchas de madera, elementales ángulos diedros de rucas (mapuches e inquilinos mestizos) risueños chalées de techo rojo, corrales y huertas, cuadriculados por palos a pique y cercas de tranquero y tranquila.

El paisaje de Chiloé, mezcla de agua y de tierra, y el carácter del chilote, mezcla de agricultor y de marino, no ha tenido una interpretación de calidad en la historia de la novela chilena.

Numerosos ensayos históricos y monografías etnológicas, resúmenes casi siempre de cronistas coloniales. Pocos poetas y novelistas.

En mi concepto, uno de los libros más interesantes de la vida de las islas, de sus mitos y de sus hábitos, es *Mitologías de Chiloé* de J. SANTIBÁÑEZ ROJAS y GUILLERMO MIRANDA.

Desde el punto de vista folklórico, *Vida isleña* de DARÍO CAVADA y *La vida humilde* de HUMBERTO BÓRQUEZ SOLAR, son buenas interpretaciones de Chiloé hasta la aparición de la novela *Gente en la isla* (1928) de RUBÉN AZÓCAR.

« Gente en la isla » o mejor « Gente de las islas », porque casi no hay extranjeros en el relato, es una crónica algo dispareja; pero cuidadosamente redactada, sobre la vida de un puerto chilote y de algunos de sus habitantes.

Cierto afán de hacer novela moderna, al modo de Baroja o de Malraux, desequilibra la estructura técnica de la obra y la hace perder su fuerza evocativa, a pesar de los elementos reales dispersos en el libro.

La acción se quiebra en dos secciones o novelas. Mejor, la de un intento de novela que ocupa las cien primeras páginas y las de una novela aldeana, en mi concepto, lo mejor del libro de Azócar.

Por desgracia, Azócar ha visto el aspecto negativo de los chilotos.

El aspecto positivo del chilote, su habilidad de marino y su tenacidad colonizadora, apenas se insinúan en la novela. Y aún su calidad imaginativa, el prodigio de sus mitos, son un accidente casi sin importancia en el plano real y positivo del relato.

No han sido más felices, Magallanes y Tierra del Fuego como motivos novelescos en la historia de nuestra literatura narrativa.

La epopeya, tan próxima, de la fundación de Punta Arenas, desde el presidio de la época del Bulnes hasta su etapa industrial, no ha tenido casi intérpretes literarios.

Monografías, estudios hidrográficos y económicos, numerosos diarios de navegantes, desde Sarmiento de Gamboa a Fitz Roy, constituyen la literatura de Magallanes. La novela del lejano sur aún está inédita.

Son de un valor innegable las crónicas de A. BRAUN MENÉNDEZ y los relatos de FRANCISCO COLOANE y ENRIQUE CAMPOS M. y aún los dos libros de JUAN MARÍN, *Paralelo 53° Sur* y *Naufragio*.

La primera no es una novela propiamente tal, pues no hay estudios de caracteres, ni una acción continuada une los cuadros o cuentos que forman el libro.

La factura simple, cierta fluidez estilística, hacen fácil la lectura de esos hechos magallánicos ; pero el autor no logra comunicar a sus personajes, loberos, raqueros, indios o chilotos, el sentido trágico que caracteriza la vida del sur. Son finas estilizaciones de un buen dibujante, trabajadas desde su taller.

En la novela « Naufragio » ha conseguido JUAN MARÍN una intensidad dramática superior. Es de una real emoción la vida de esos náufragos en un islote desierto de los archipiélagos australes.

Asunto y técnica derivan de Stevenson y de Conrad, sin la poesía del primero ni el vigor del segundo.

Sangre ovejera, de FRANCO BRZOVIC, constituye, hasta el momento, la interpretación más real de la vida de las estepas magallánicas.

No incurre, guiado por un natural instinto de novelista o quizá por una sobre saturación del asunto, en la habitual tendencia de los escritores comunizantes, que convierten sus relatos en conflictos entre el capital y el trabajo.

En « Sangre ovejera » ni siquiera aparece el dueño de la tierra. No tienen, tampoco, un especial relieve los buscadores de oro ni los pastores de la estancia que, en Tierra del Fuego, ha escogido el autor como escenario de su novela. El perro ovejero es el héroe. Como el hombre, vino a las estepas con la oveja.

Mor, el perro ovejero de la novela de Brzovic, es un hermano de Buck y de Colmillo Blanco, y su naturaleza, en el aislamiento de la estepa, fluctúa entre su herencia ancestral y los hábitos aprendidos como los héroes caninos de London, en las regiones nevadas de Alaska.

London y Hudson y sus numerosos discípulos del mundo, acuden incesantemente a la memoria. Tales influencias no

pueden evitarse ni desvalorizan la calidad creadora que para la novela magallánica significa « Sangre ovejera ».

Acabamos de analizar, en forma sintética, la novela chilena que describe e interpreta el paisaje y el espíritu de las provincias. No tiene, como es natural, esta interpretación la continuidad ni la hondura de los novelistas santiaguinos.

La ciudad, Santiago principalmente, es un escenario al alcance de la observación del novelista. Y en Santiago nace la novela chilena. Las provincias sólo han interesado a los escritores que allí nacieron o a los que se radicaron, por alguna circunstancia de la vida, en pueblos y campos.

Los motivos urbanos se han analizado y descrito en sus menores detalles, desde 1851. Sólo la transformación total de la sociabilidad chilena, por un predominio de la clase media y el desplazamiento de la vieja aristocracia, podría suministrar nuevos motivos novelescos, además de los populares. La vida rural, la de la aldea y la de las capitales de provincias, atrajo a los novelistas sólo en estos últimos tiempos. La novela de provincia es el natural crecimiento de Chile.

Chile, país de rincones, de valles pequeños y diferenciados, de cordilleras y de costas, de islas y desiertos imposibilita, por sus características geográficas y por la dispersión de sus núcleos económicos, la concepción de una novela total, síntesis de la vida chilena.

Argentina, Venezuela y México ofrecen, en cambio, un panorama amplio y de líneas relativamente simples, muy fácil de captar en conjunto. La pampa, el llano y la meseta son casi la totalidad de su paisaje, y el gaucho, el llanero y el charro, los tipos simbólicos de ese panorama.

La novela de Chile es la multiplicación de la temática y

de la tipología. Ni el desierto del norte ni las estepas magallánicas, ni los archipiélagos, ni las cordilleras, separados, serían la interpretación de Chile.

Chile se multiplica en innúmeros paisajes y el chileno se subdivide en tipos diversos, desde los huasos del valle y de la costa a los mineros y chilotos, vagabundos del mar.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CAPÍTULO V

EL CUENTO

Un precursor : Lastarria. — El cuento y el cuadro de costumbres : « Jotabeche ». — El primer cuentista : Daniel Riquelme. — Los tradicionalistas y otros narradores afines. — El cuento urbano de raíz naturalista. — El cuento rural. Primera época. Baldomero Lillo y el cuento social. — El cuento chileno y la imaginación : Augusto D'Halmar. — El cuento rural. Segunda época. — El cuento rural. Tercera época. — Los contemporáneos. — Los últimos nombres.

Un precursor : LASTARRIA. — No podemos hablar de un cuento netamente chileno, con raíz y savia indígena, ni de un cuento argentino o brasileño, ni siquiera norteamericano.

Es verdad que los asuntos y aún el estilo, símiles y metáforas, han ido poco a poco nutriéndose de las modalidades del medio americano que les dió origen. Los sucesos regionales, guerras exteriores o revoluciones, el descubrimiento del oro en California, la explotación del indio en el Perú y en el Ecuador, la revolución agraria de México y la guerra del Chaco suministraron a los novelistas episodios y tipos ajenos a la influencia europea (ante un asunto nuevo, ensayo de nueva técnica), y han hecho del cuento o novela corta de América un género evidentemente autóctono : pero Europa dió la técnica narrativa, la experiencia secular de su tradición artística, y América, hija de la civilización europea en las tres cuartas partes de su cultura (la otra parte sería indígena o mestiza), el motivo desarrollado con esa técnica.

En nuestra historia literaria, tanto el cuento como la novela corta, son de formación muy reciente.

Como es lógico y por la cultura del siglo XIX, es el cuento de tipo alegórico, a la manera de los escritores del siglo XVIII, el que predomina, pues la novela corta adquiere su desarrollo definitivo en la segunda mitad del siglo XIX.

No nace el cuento en el siglo XIX en forma espontánea y como resultado de una evolución literaria. El talento de un hombre, más profesor que artista, más ideólogo que hombre de imaginación, lo ensaya en Chile por primera vez.

Los cuentos de don JOSÉ VICTORINO LASTARRIA tienen un argumento y un desarrollo novelesco adecuado, pero la calidad especulativa de su mentalidad les resta emoción y los acerca al ensayo.

Dan la impresión de haber sido escritos para incitar a los escritores chilenos de su época a seguir su ejemplo, según se desprende de las palabras del discurso pronunciado en la inauguración de la Sociedad Literaria del año 42.

Suponía Lastarria, con acierto, que la novela chilena debía tener cuerpo español (el idioma) y alma chilena (las modalidades del medio en que el escritor vivía).

Los cuentos de Lastarria: *Rosa*, *El Mendigo*, *El manuscrito del diablo*, interesan hoy a un grupo restringido, por las observaciones inesperadas sobre la raza y las costumbres, más que por la emoción artística de su creación. En algunos casos, como en *Dn. Guillermo*, la narración entera no es sino una alegoría política, enconada y acre para atacar al gobierno de Montt.

Inicia, no obstante, Lastarria el cuento chileno; pero su modalidad no tuvo muchos adeptos, salvo uno, que llevó hasta la exageración del peor gusto, sobre todo en sus novelas, la pasión política de su maestro: DON DANIEL BARROS

GREZ, que escribió un curioso libro, muy poco difundido: *Cuentos para niños grandes*, donde, al lado de agrias alusiones políticas hay atisbos de tipos y características raciales muy bien observados. Sirva de ejemplo el cuento VI, *El huaso en Santiago*, en que por primera vez en nuestra literatura se contraponen el huaso (el campo) al *futre* (la ciudad). El Lucas Gómez, quién sabe si con Pancho Garuya, de Don Manuel Guzmán Maturana — la mejor caracterización del hombre de campo de nuestros fondos, — tiene un evidente origen en el gracioso y ágil cuentecillo de Barros Grez; y nunca más Barros Grez, autor de pesados folletines como « Pipiolos y Pelucones » y « El Huérfano », va a tocar esta nota rápida, intencionada, de sus « Cuentos para niños grandes ».

El cuento y el cuadro de costumbres: « JOTABECHE ». — El cuadro de costumbres tuvo en Chile y en toda la América española gran fortuna literaria en la segunda mitad del siglo XIX.

El cuadro de costumbres no es preceptivamente ni un cuento ni una novela corta. Lo indica su mismo nombre. Es un cuadro. Elementos de observación, diálogos o recuerdos, dispuestos en un espacio determinado y con una clara tendencia a la objetividad. Visible fraternidad con la pintura de género, limitada por el tamaño de la tela; pero el cuadro de costumbres implica observación directa de la realidad y presupone maestría literaria, estilo, desde luego, y hasta en ciertos casos, intención satírica o elogio del buen tiempo pasado.

Son elementos novelescos que no llegan a cuajar en narración, corta o larga, porque los limita la técnica del género, aunque, en ciertos casos, si los detalles se acumulan en torno a un carácter, (« El castellano viejo » de Larra, por ejem-

plo), sin que el autor se lo proponga, el cuadro se convierte en novela corta, rompe el marco del género y la vida predomina con su movimiento y su emoción humana: el « trozo de vida » maupassantiano, el « corte en la realidad » de Morand. La influencia de Larra en JOSÉ JOAQUÍN VALLEJO, el costumbrista chileno mejor dotado, es indiscutible, a pesar de los ingeniosos argumentos de don Alberto Edwards para probarnos lo contrario, y hasta en el estilo, intelectualizado y castizo, de tipo diciochesco, como en Larra. Su humorismo, tan agresivo como el de Larra, pero menos fino, lo aplicó « Jotabeche » a ciertos aspectos de la vida social de Chile. Fué un chileno y un chileno de los primeros tiempos de la República, ladino, criollo, malicioso, embelequero, copiapino y minero, según Vicuña Mackenna.

Sin verdadera imaginación artística, no traspasó sino en dos ocasiones los límites del cuadro de costumbres, y en ambos casos es el estudio de una personalidad, *El último jefe español en Arauco* y *Francisco Montero*, el que ha acercado el cuadro costumbrista a la novela corta moderna. La mayoría de sus artículos, como los de Larra, no son sino un soliloquio entretenido y agudo de « Jotabeche » sobre los defectos de la vida chilena, especialmente sobre los provincianos que vienen a la conquista de Santiago.

El provinciano, *El provinciano renegado*, *El provinciano en Santiago* (¿está aquí la primera idea del Martín Rivas?) defienden la hipótesis de que la provincia es más sana moralmente que la capital y que si hay una reserva de vida física y espiritual para el porvenir de Chile, seguramente se encontrará en la vida patriarcal de las provincias del norte y del sur de la República. En sus artículos, sobre todo en los que se refieren a las minas de Chañarcillo y a las costumbres de los mineros, hay rápidas acotaciones de paisajes, croquis

apenas apuntados, en que aparece por primera vez la naturaleza de Chile en literatura, después de los cronistas.

La línea de «Jotabeche» es la que van a seguir los escritores chilenos, abandonando por espacio de cuarenta años el cuento iniciado por Lastarria. Quizá el cuadro de costumbres estaba más de acuerdo con la vida periodística de entonces, o mejor, el cuadro era ya en sí un artículo periodístico.

El mismo *Recuerdos del pasado* de PÉREZ ROSALES (1882), es un conglomerado pintoresco de escenas y tipos (toda la realidad chilena de entonces encerrada en un libro) en que están fundidos en la prosa llana y varonil de Pérez Rosales gérmenes de cuentos y de novelas cortas. Bastará citar el capítulo sobre el huaso Rodríguez, utilizado posteriormente por Maluenda, para justificar mi hipótesis.

Blest Gana, en los comienzos de su vida literaria, aprovechó con éxito la lección de realidad de «Jotabeche».

Los cuadros de costumbres de ALBERTO BLEST GANA, ya humorísticos u objetivos, apuntes de la cartera del novelista, observaciones directas de la vida que lo rodea, le servirán más adelante para fijar la chilenidad del escenario de sus novelas, pues en el *Martín Rivas*, en *El ideal de un calavera* y en *La aritmética en el amor* existen cuadros típicos que pudieran entresacarse perfectamente, sin dañar la marcha de la acción novelesca.

ROMÁN FRITIS y MARCIAL GONZÁLEZ, periodistas copiapinos, escribieron crónicas y artículos sobre los mineros de Chañarcillo donde se advierte la clara huella de «Jotabeche», verdadero descubridor de esa mina literaria; y PEDRO RUIZ ALDEA, con justo título llamado el *Jotabeche del sur*, en crónicas desenfadadas y ricas de observación psicológica o en cuadros de la vida provinciana, salpimentados de auténtico

gracejo criollo, describió los tipos y costumbres de la Araucanía, especialmente los de la ciudad de los Ángeles.

DON ADOLFO VALDERRAMA es un imitador tardío de « Jota-beche ». Lo sigue de cerca en sus artículos *El provinciano en Santiago*, *El vendedor de manzanas*, etc. ; pero toca los linderos del cuento moderno en *Miedo*, *Casada con un muerto* (relatos inspirados en el ejercicio de la medicina) y en *Cuento chino*, recuerdos de la infancia, donde se dibuja, con exacta realidad, la figura del « Taita Pedro », viejo inquilino de una estancia del norte.

El primer cuentista : DANIEL RIQUELME. — El escritor DANIEL RIQUELME, que hizo célebre el pseudónimo de « Inocencio Conchalí » en la prensa de Santiago, fundió con insuperable maestría el cuento y el cuadro de costumbres.

Riquelme quería a su viejo Santiago con amor casi humano. Quería a sus pobres arrabales de ciudad colonial y a las paradisíacas costumbres populares de sus fondas y posadas. Y este amor, impregnado de una displicente añoranza de vividor, le hizo ver con simpatía el aspecto favorable del roto. En realidad, es su primer intérprete realista. Él, y más tarde Blest Gana, al crear a Cámara en *Durante la Reconquista*, son los que más agudamente han visto al roto urbano con sus características de heroísmo y de crueldad, de humildad generosa o de desprecio a la vida.

Si no estalla la guerra del Perú, a la cual fué Riquelme como corresponsal de « El Heraldo » de Valparaíso, su labor periodística habría malogrado al artista nato que había en él. Su ingenio, nutrido en el chiste callejero, en las ocurrencias de los huasos y en las tallas de los rotos, pudo no desarrollarse en la forma que admiramos. La guerra le suminis-

tró un escenario inesperado. Vió al roto fuera del arrabal mugriento y lejos de la cantina.

En la arena gris del desierto, quemado por el sol, con su *quepis* francés y sus botas blanqueadas por el salitre, frunciendo el espeso entrecejo, el sudor goteando por sus rasgos de bronce, era diverso del cínico y greñudo personaje de ojotas y bonete maulino que pelaba el corvo por los más fútiles motivos. Y la vena artística se despierta en Riquelme de un modo espontáneo. El cuadro urbano se hace cuento.

Nunca se alabará bastante la gracia de estos relatos, sobrios y profundos, ágilmente contruídos, que Riquelme, con gesto irónico de hombre aburrido, llamó chascarrillos militares. Y no sabía el atildado *clubman* que, al contar con risueña emoción su chascarrillo de *vivac*, trazaba con perfiles clásicos un tipo de cuento de cepa muy chilena, que nadie ha superado y sólo en contadas ocasiones, quizá en Givovich, Román Vial y Ángel Pino han tenido un eco posterior, pero sin la gracia de Riquelme.

Los tradicionistas y otros narradores afines. — El cuadro de costumbres es al cuento realista lo que la tradición al cuento histórico o de asunto militar.

La tradición crece en América como fruto autóctono. Cada reja de hierro, en las viejas casonas de adobe o de piedras, cada patio, cuajado de naranjos, cada rincón de estancia que alumbraron tétricos velones de cera, conserva un recuerdo colonial o el aleteo de una supersticiosa conseja o el alegre murmullo de los danzantes, que, al son de un clavicordio, celebraban la victoria de Maipú o Ayacucho.

Era un mundo inédito, impregnado de poético misterio, que esperaba su intérprete de América, y lo tuvo en el genio castizo y retozón de don Ricardo Palma.

Algo y aun algos de mentira, exigía Palma a la tradición, y esto es como decir que la fantasía lo es todo en la tradición como en el cuento de cualquiera época.

No produjo Chile un tipo de escritor como Ricardo Palma. Los tradicionistas chilenos tenían ante sí el documento y esto ahogó la vena creadora, la poesía de la tradición. Hasta Daniel Riquelme, no hubo en Chile verdadero humor, a pesar de que la talla con brillos de aceros que se cruzan o matices frescos de hierba campesina, borbotaba en los labios del roto y del huaso chileno.

DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI inicia en nuestra literatura la tradición con sus *Narraciones históricas*; las leyendas y tradiciones de don ENRIQUE DEL SOLAR, publicadas en 1875, se alejan ya del documento histórico y adquieren un valor novelesco más apreciable. El escritor chileno, más positivo, se va directamente a la novela histórica. Lastarria mismo aprovechó la historia en la mayoría de sus relatos; pero es Manuel Concha, de la Serena, el que más se acerca a la tradición regional a la manera de Palma.

El relato histórico, sea una tradición novelada o un simple motivo colonial o de época posterior, adquiere verdadera importancia literaria sólo en el siglo xx y en las novelas cortas de JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.

Su copiosa e improvisada labor de periodista, a pesar de su calidad innegable, se ennoblece en estas evocaciones de la vida colonial o de la independencia.

A la sombra de la horca, La mujer que lloraba, Tíos de España y tíos de India, publicadas en la revista *Pacífico Magazine*, unen a la poesía del pasado una livianura narrativa que ilumina un humor de pura estirpe chilena.

A principios del siglo xx, la tradición chilena tiene un inesperado rebrote en las crónicas históricas de AURELIO DÍAZ MEZA.

Poseía Díaz Meza el don creador y hasta la gracia indispensable para revivir el pasado chileno ; pero las exigencias periodísticas malograron su calidad literaria, y lo que pudo ser un cuento artístico se quedó siempre en pasajera crónica dominical.

Descontando al novelista, de los mejores de América, J. EDWARDS BELLO ha comentado también la vida nacional en artículos y crónicas durante un cuarto de siglo.

Creo que un buen novelista debe ser, al mismo tiempo, un buen cronista. La crónica en sí es materia de observación, psicológica u objetiva, susceptible de transformarse en cuento o capítulo de novela, como la tradición es germen de novela histórica y el artículo de costumbres, de cuentos o novelas realistas.

El comentario político, el chiste de la calle o la anécdota de club, la estampa urbana o campesina, el retrato del roto o del señorito, tipos y modalidades raciales de una fecunda variedad, « broches en la sarta de los días » (son palabras del autor) han desfilado en las páginas periodísticas de Joaquín Edwards Bello, con una plástica espontaneidad de conversación y una viril sinceridad de buen chileno.

En muchas ocasiones, al contrario de lo que sucede con Díaz Meza y nivela a Joaquín Edwards Bello con los grandes cronistas chilenos : Daniel Riquelme y J. Díaz Garcés, la crónica desborda la columna rectilínea del periódico y se convierte en trozo de vida, en alta creación artística.

Sirvan de ejemplo la *Señorita Mendiburu*, estampa de la vida vizcaína y *Juan Antonio, el barbas de oro*, bella página de la vida rural del sur de Chile, publicada como crónica en *La Nación* de Santiago.

Incluyo, en este grupo, al cuento de tipo militar, primo hermano, en mi concepto, de la tradición y del relato histórico.

El cuento militar está ligado medularmente a los comienzos de todas las literaturas de América. Y es lógico. Los héroes militares, fueron, también, los héroes de la epopeya, de la novela y de la historia misma.

En Chile, además de Lastarria, cultivaron el cuento militar « Jotabeche », FRANCISCO SUBERCASEAUX, DANIEL RIQUELME y, más adelante, DÍAZ GARCÉS, ORTIZ OLAVARRIETA, MARCIAL CABRERA GUERRA, ROBERTO ALARCÓN LOBOS, ANGEL C. ESPEJO, y, en estos últimos tiempos, el capitán de caballería OLEGARIO LAZO BAEZA.

OLEGARIO LAZO, en sus *Cuentos militares* y en sus *Nuevos cuentos militares*, especialmente en la primera colección, independiza el relato de motivo militar de la historia propiamente tal o intenta especializar la vida del soldado y del oficial, en el cuartel y en campaña, de acuerdo con la evolución moderna de nuestro ejército.

Sus libros son un documento vivo y auténtico de la psicología del oficial y del soldado chileno. Y además, un autor de grandes condiciones narrativas. Habría que ir a Norteamérica y detenerse en un Ambrosio Bierce, autor de admirables cuentos de la guerra de secesión, para encontrar un cuentista de su misma calidad literaria.

Deliberadamente, coloco entre los tradicionistas a JOSÉ IGNACIO VIVES SOLAR, autor de un curioso libro de costumbres y leyendas de la isla de Pascua : *Rapa Nui*.

Ignacio Vives Solar fué, durante algunos años, gobernador de la pequeña isla de los mares del sur. Logró penetrar la psicología de estos canacas plácidos y afables, en cuya imaginación tropical duerme, en forma de mitos y tradiciones, el pasado misterioso de su raza, que aún se exterioriza en la elementalidad de los tolomiros, últimos vestigios de una civilización muerta.

El cuento urbano de raíz naturalista. — La semilla naturalista, que encerró al pájaro romántico en la red de la observación real, se propagó en Francia muy rápidamente y por Europa y América. Copiosas ediciones populares, las de Maucci y Sempere, la vulgarizaron en los países hispano americanos.

La técnica naturalista era de fácil asimilación. No exigía bellas frases ni hechos excepcionales. La vida vulgar se hacía heroica. Un zapatero remendón o una cortesana, tenían la misma importancia que César o Napoleón. Y como un flúido animador, la sinceridad, el documento humano, adquirieron más prestigio que las bellas frases.

En nuestra literatura decimonónica el naturalismo, que se desarrolló en numerosas novelas, tuvo también representantes en el cuento y en la novela corta.

El medio propicio, en esta primera etapa de infiltración naturalista, fué el de las mujeres de alegre vivir. Sin una mujer que se desvistiese o hiciese algo por el estilo, no se podía concebir una novela en ese tiempo.

El cuento chileno, tan vigorosamente iniciado por Riquelme, queda estacionario. Lo europeo se impone por la fuerza innovadora de su creación. Los primeros ensayos, urbanos todos, del naturalismo en Chile se deben a LUIS ORREGO LUCO y a ÁNGEL CUSTODIO ESPEJO.

En *Páginas Americanas* Luis Orrego inicia la interpretación de la vida del gran mundo santiaguino, con sus minuciosas descripciones de mobiliarios, de niñas incomprendidas y de hombres tontos. « Ligeros apuntes cortados en la carne de la vida », los define el autor en el prólogo de su libro. ÁNGEL C. ESPEJO agrega a ese mismo escenario la nota satírica. Sus *Cuentos de la alcoba* tienen ya la clara intención que Zola dió a la mayoría de sus novelas, y AUGUSTO G.

THOMPSON (nombre de Augusto D'Halmar en su iniciación literaria) aplica el procedimiento naturalista a la clase media en los relatos cortos *Sebastopol*, *Números*, *En provincia*, etc.

El móvil de estos cuentos coincide con las ideas expuestas por Maupassant en el prólogo de « Pedro y Juan » : lo excepcional no es materia novelable. Un empleado modesto, una criada o un mendigo son tan héroes como los de la clase alta. El asunto no es nada. Todo está en la manera de tratarlo, agregaba Huysmans.

Como un natural contraste, originado por las innatas inclinaciones de cada autor y por la influencia de los novelistas franceses de la época, junto al cuento naturalista aparece el relato simbólico, infiltrado, también, de realismo en forma indirecta.

La pluma blanca de MARCIAL CABRERA GUERRA recuerda los cuentos idealistas de Villiers de l'Isle Adam y de Barbey D'Aurevilly y las novelas de amor de MAGALLANES MOURE, los cuentos poéticos de Henry de Régnier.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO, que ocupa un lugar destacado entre los cuentistas chilenos que han interpretado la vida santiaguina, publica en 1912 sus *Cuentos de todos colores*, en que retoza su humor sano y pintoresco nutrido en la latina alegría de Eça de Queiroz y la plasticidad de Maupassant.

Dos de esos relatos transcurren en París. Es el primer ensayo del autor en la interpretación del sudamericano en Europa. Algunas de sus mejores novelas posteriores van a pintar magistralmente esa misma vida ; y en *La primera aventura* y el *Reo Aranda*, que describen la vida del hampa santiaguina, se halla a su vez « El roto » en potencia.

RAFAEL MALUENDA observó a la clase media santiaguina. Y en *Venidos a menos*, *Las hijas del héroe*, la *Familia Ron-*

danelli y más que todo en *La Pachacha*, pintará con toques de irónico realismo la vida opaca de los pobres vergonzantes o la vanidad de los nuevos ricos de la vida social.

Blest Gana había observado ya al *siútico* de la primera mitad del siglo XIX. En graciosas escenas aparece la familia Manto Verde o Amador Molina, pero Blest Gana los roza con humorística benevolencia.

Es Maluenda quien descubre la tragedia de los siúticos en su novela corta « *La Pachacha* ».

Esta novela admirablemente escrita y magistralmente lograda, es, quizá, lo mejor en la obra literaria de Maluenda.

Al lado de una ironía fina, de raíz francesa, graciosas escenas del gallinero simbólico (la ciudad provinciana), que sólo excepcionalmente habíamos visto en literatura chilena, en páginas de Daniel Riquelme y Ángel Pino.

En *Pobre Feo*, EDUARDO BARRIOS analiza el sentimentalismo de una muchacha de clase media santiaguina y en algunos de sus cuentos, Santiván, que debía cambiar más adelante el medio urbano por el campesino, nos describe los aspectos de la vida de la ciudad.

En este grupo, merece especial lugar un escritor olvidado, MARTÍN ESCOBAR, cuya corta vida le impidió desarrollar la calidad excepcional de su talento. Escribió un grupo restringido de cuentos, algunos de calidad superior, como *Quand l'amour meurt*, *La Solterona*, ¿ *Diplomacia* ?; cuadros de la clase media santiaguina, esparcidos en revistas y diarios de la época.

El fino espíritu de IRIS, también estudió en dos novelas cortas, *La hora de queda* y *Misérias ocultas*, la historia de una sirvienta de clase alta santiaguina que recuerda por la emoción humana y el sobrio corte de estilo, « Un corazón simple » de Flaubert.

HERMES NAHUEL en *Esclavos* y EUGENIO GONZÁLEZ en *Destinos*, han interpretado a la clase media y al pueblo santiaguino.

La novela corta no puede abarcar la totalidad de la vida social de Santiago, convertida a la fecha en una gran ciudad moderna, y han sido los novelistas, desde Blest Gana y Joaquín Edwards Bello a Alberto Romero y Sepúlveda Leyton, los que la han descrito en la variedad de sus tipos y de sus clases sociales.

El cuento rural. Primera época. — A mediados del siglo, la técnica de la novela corta de raíz francesa ya no tiene secretos para los escritores. Armado de lectura y de paciencia, un escritor de medianas condiciones puede contar una anécdota ciudadana o describir una faena de campo. La prueba está en el numeroso conjunto de autores desconocidos que se presentan cada vez a los concursos de diarios y revistas. Y al cuento naturalista debemos agregar, ahora, la inquietud social despertada por los autores rusos.

Gorki, sobre todo, tan difundido por las ediciones Maucci, que hizo ciudadano del mundo al mujik de la estepa o al obrero de la fábrica moderna. El ex-hombre se convierte en el hombre de este instante del mundo.

Simultáneamente y en forma indirecta, llega la influencia de Bret Harte, el cuentista californiano, como más tarde debía llegar la de London, su continuador de Norteamérica.

Digo en forma indirecta, porque la influencia es de segunda mano en Chile, a través de los escritores uruguayos y argentinos, sin que los autores, parcos en proclamar sus antecedentes literarios, ni siquiera nombrasen a Bret Harte y a Javier de Viana.

El cuento minero de Bret Harte, como el moderno cuento de México, hijo de la revolución agraria, nace en las minas de oro del lejano oeste. Tumulto emigratorio, primitivo y grandioso, que no sólo remueve las raíces vivas del pueblo norteamericano, sino la de todos los pueblos de América.

Aquí tenemos el punto de contacto con Sudamérica.

Europa, digamos Francia y Rusia, me refiero a las influencias literarias, nos envían una literatura de naciones superpobladas, de sociedad en crisis, que no coincide con los problemas de Sudamérica, por lo menos los de entonces. Norteamérica, en cambio, por boca de Bret Harte y de London, traducidos al francés y al castellano, nos hablan de mundos nuevos en que todo es porvenir para el hombre, el *pioneer*, que se atreve a conquistarlo y a probarlo.

California y Alaska, el miraje del oro, dieron lugar a una prodigiosa epopeya novelesca en Norteamérica. Por eso y de acuerdo con las influencias anotadas, el cuento del siglo xix y xx o es un cuento urbano, de técnica naturalista o es un cuento rural o cordillero, alejado ya por completo del cuadro de costumbres. Es la búsqueda del héroe, que la vida urbana no da en un sentido elemental, lo que ha llevado al cuento chileno a la interpretación de la vida campesina. El valle central, luego las cordilleras y contemporáneamente las selvas del sur, recién explotadas, serán los escenarios de los futuros cuentistas.

FEDERICO GANA es el primer escritor chileno que intenta la nueva técnica. El campo que en Blest Gana, Barros Grez y Orrego Luco era un lugar de recreo para santiaguinos en vacaciones, vive ahora por sí mismo, aislado de la ciudad.

Es visible en los cuentos de Gana el influjo de los rusos, sobre todo de Turguenev y en algunos, de Bret Harte.

— La técnica de *Días de campo* está calcada de los « Relatos

de caza » del novelista ruso, y para que la analogía resulte más cercana, a las *Manchas de color*, corresponden los « Pequeños poemas en prosa » de Turguenev.

En « Días de campo » aparece un decorativo perro de caza que no vuelve a figurar en los relatos, algo deshilvanados de Gana y que tan importante papel desempeña en el libro de Turguenev.

No anoto estas coincidencias, perfectamente explicables, para aminorar la calidad literaria de nuestro novelista, hábil en la composición y narrador sencillo y elegante ; pero cuyos relatos me dan, no sé por qué, la impresión de viejas estampas desteñidas.

Surge el campo del valle central paradisíaco y abandonado a sí mismo, en los cuentos de Federico Gana.

Apuntan ciertos problemas en los inquilinos, si se habla de la desgracia de la Maiga o de la opaca tragedia de la señora campesina venida a menos ; pero el hijo del patrón, que recorre con su escopeta y su perro las veredas del fundo, se conduce sentimentalmente de la mísera vida de sus inquilinos y peones y los olvida apenas torna a la ciudad.

Sin transición, los cuentistas posteriores a Gana abordan el campo en forma diversa. El patrón se aleja en la perspectiva. El escenario y el campesino, ligado a él, ocupan el primero y el segundo plano. Y hasta se trata de fijar geográficamente el paisaje, la región de Hospital, por ejemplo, en la colección *Al amor de la tierra* de GUILLERMO LABARCA.

Escritor de sobresalientes condiciones de composición, buen observador, aunque no conoce a fondo la vida campesina, Labarca logra dramatizar la existencia de los inquilinos de los fundos del valle central, y nos conmueve con la desgracia de *El acriminado* y la tragedia del pingo *Pirulo*, enganchado a un molino en el galpón de un fundo cualquie-

ra. Es de los pocos escritores, junto con Baldomero Lillo, que han incorporado los animales a la vida de sus personajes.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS conoce más el campo, la psicología del inquilino y los matices del paisaje del valle central. *Juan Neira y Segovia*, cuentos muy semejantes, por sus características psicológicas, no agregan un documento esencial a la interpretación de la vida rural chilena. Desde luego, fallan por su técnica algo primitiva y precipitada. Son como artículos periodísticos, donde está la materia del relato, pero no su realización definitiva.

EMILIO LILLO es autor de un bello cuento campesino *El buey muerto*, y FRANCISCO ZAPATA LILLO evoca por primera vez en la literatura chilena, la vida de la cordillera, en su cuento « Villar », que integra la colección *De mi tierra*.

RAFAEL MALUENDA ha seguido las huellas de Labarca en sus relatos rurales; pero da la impresión de acercarse al campo no porque le interese, sino porque la moda lo empuja por ese lado.

El campo de Maluenda es un campo literario y estilizado. La innegable habilidad técnica del escritor hace amena la escenografía y finge una realidad no existente. A juzgar por sus conatos descriptivos, el campo chileno se compondría de alamedas y caminos polvorientos, con amaneceres y atardeceres decorativos. Sin pájaros ni árboles indígenas. Algo así como un paisaje entrevisto desde la ventanilla de un tren. Y los tipos, tan falsos como los paisajes. A menudo, adaptaciones de motivos europeos. Así « El bofetón » de Narciso Oller, novelista catalán, es « La bofetada » de un fundo chileno del valle central.

Las condiciones de Maluenda se adaptan más a la vida opaca o ridícula de la clase media santiaguina o de provincia.

BALDOMERO LILLO y el cuento social. — BALDOMERO LILLO ocupa un lugar aparte en la historia literaria del cuento chileno.

No tiene antecedentes en los escritores chilenos anteriores a él. Un innato sentido artístico lo hace convertir lo que ve y siente en realización literaria. Si en lugar de las minas de Lota hubiera vivido en el campo o en las salitreras, habríamos tenido un documento humano, sincero y trágico, del campesino o del hombre urbano. Ahora, es la vida obscura y tétrica del obrero en los socavones mineros de Lota y Coronel. *Sub Terra*, donde hay mucho del realismo épico de Zola, es uno de los libros más vigorosos de la literatura chilena y de América, incluyendo los Estados Unidos.

No es Lillo un escritor culto. Ni por su don estilístico ni por la fuerza creadora de su imaginación, habría podido figurar, en forma destacada, en nuestra literatura. Consistió su mérito en vivir la vida de los piques mineros del carbón y en comprender al roto, al huaso y al indio que, por urgencias económicas, se alistaban en Lota o Coronel hasta la desintegración fisiológica de sus organismos por la primitividad de la explotación minera.

Luego, contó simplemente lo que había visto. Su sinceridad lo hizo escritor. Sin proponérselo, marca nn camino nuevo al cuento chileno. « *Sub Terra* » es una lección de honradez literaria.

Después de él, ya no es posible escribir cuadros o escenas más o menos elegantes o más o menos observadas. La enseñanza de Lillo a los escritores chilenos es de seriedad y de sincero esfuerzo por comprender su raza. En esto hay algo del sentido apostólico de Zola; pero el caso de Lillo no se vuelve a repetir. Y es natural. Sus relatos no son productos de elaboración, sino roncós gritos de piedad y de indigna-

ción ante el trágico destino de esos hombres confinados en el interior de obscuras galerías y presas, al cabo del tiempo, de la misteriosa enfermedad de las minas de carbón.

Ni las salitreras ni las minas de cobre o de oro, han tenido en Chile un Baldomero Lillo.

La pampa trágica de VÍCTOR DOMINGO SILVA no nos produce la emoción de « Sub Terra », el gran libro de Lillo. En una página de PEZOA VELIS, *El taita de la oficina* vislumbramos algo de la vida de la pampa, pero el propio Lillo, que estuvo en las salitreras en 1912, no logró realizar la novela que pensaba sobre el país del oro blanco.

Sólo en los últimos tiempos, un escritor de origen yugoeslavo, ANDRÉS GARAFULIC, ha interpretado, y esta vez desde el punto de vista social, la vida de las salitreras antes de la crisis. Aunque formado en los liceos chilenos, a Garafulic su sangre eslava le suministra un medio de observación y de composición nuevo en nuestra historia literaria. Ya vimos la vida del desierto en *Carnalavaca*, novela del imperialismo norteamericano en Chile. Acentúa esta nota en *Pampa Brava*, aún inédita, y la reacción de los obreros y de los hombres del sur que emigran a la pampa, en novelas cortas como *El delirio* y *El mala cara*, historia de un cargador de los muelles de Antofagasta.

✂ *El cuento chileno y la imaginación. Augusto D'Halmar.* — AUGUSTO D'HALMAR (es el nombre de su madurez literaria) dió a la novela realista chilena la tonalidad del ensueño. Trajo a la literatura de su tiempo el claroscuro del misterio, la poesía del viaje.

Por sus antecedentes de raza y por sus gustos literarios, se aleja de la realidad inmediata, y como aún no ha salido de Chile y no puede viajar, sueña el viaje.

Pero D'Halmar abandona pronto la metafísica literaria y sus nuevos cuentos *A rodar tierras*, *Coilipo*, *Novela de una novela* y otros, nos lo muestran dueño de la composición y del estilo como nunca en su vasta obra literaria.

En una revista de la época, « Panthesis » publica D'Halmar una página inolvidable: *Los conquistadores del sol*. De esta página y del final de « A rodar tierras », nace toda la literatura de PEDRO PRADO.

Al ser nombrado D'Halmar cónsul en Eten y luego en la India, el viaje soñado se hace realidad.

Ese *bar* subterráneo en que emprendió sus primeros viajes imaginativos, en el Valparaíso de la gente del mar, donde Peter Petersen, marino noruego, conversaba con los capitanes retirados de la marina mercante, es el barco que ha levado anclas y recorre las costas y descubre nuevos hombres. La especulación imaginativa se nutre, ahora, con observaciones reales; pero la retórica, vampiresa literaria, ha vuelto a apoderarse del escritor que creó *La sombra del humo en el espejo* y *Vida y pasión del cura Deusto*.

La influencia de esta segunda época de D'Halmar es considerable en el cuento y en la poesía chilena.

SALVADOR REYES y LUIS E. DÉLANO insisten en la nota marítima y soñadora. Se inventa la palabra *imaginista* para anteponerla a *criollista*. El marino de pipa humeante frente al cigarrillo de hoja del huaso.

Pero ni Reyes ni Délano han tenido la experiencia viajera de D'Halmar. Los salva su calidad imaginativa, su sensibilidad poética y la belleza del estilo, sobre todo en el primero.

La experiencia del viaje se ha hecho efectiva en Juan Marín, Benjamín Subercaseaux y Alberto Ried.

JUAN MARÍN, médico de la marina de guerra, agrega al cuento imaginista, una nota nueva: la aviación, y en su

último libro *Paralelo 53° Sur* describe la vida magallánica. El buzo y el lavador de oro, el indio y el obrero de frigoríficos y graserías, creadores de civilización en Magallanes y Tierra del Fuego, llenan con su vida heroica estos relatos, en el fondo, verdaderos cuentos, unidos sólo por la homogeneidad del medio y la identidad de aventuras.

Ya en su libro *50 grados de latitud Sud* había descrito BENJAMÍN SUBERCASEAUX, en francés, los mares de Chile, que, ahora, en castellano, concreta en sus cuentos *Y al Oeste limita con el mar*. En *Capitán Piojo* y *Mar Amargo*, de esta última colección, Subercaseaux nos cuenta, en prosa poética y realista, al mismo tiempo, la vida de los marinos mercantes de la costa chilena.

ALBERTO RIED, en su libro *Hirundo*, símbolo del viaje, nos habla de la vida de a bordo y de las costumbres de exóticas islas tropicales, y PEDRO PRADO, con su *Reina de Rapa Nui* y su *Pueblo muerto*, en prosa de claros contornos, nos evoca la misteriosa isla de Pascua o nos hace estremecer con ese pueblo que agoniza en pleno desierto de Atacama.

El cuento rural. Segunda época. — En esta segunda etapa del cuento campesino se acentúa el influjo de Bret Harte, ya indicado.

X FERNANDO SANTIVÁN y MARIANO LATORRE se alejan del valle central y de los inquilinos, para ir hacia la cordillera en busca de otro tipo de chileno, no descrito aún por los novelistas.

En su cuento, titulado *En la montaña*, y sobre todo, en *La Hechizada*, la nota épica es la predominante, como en *Cuna de Cóndores* de Latorre.

Hombres y paisajes están fundidos esta vez. El medio bárbaro determina un tipo también elemental y, lógicamente,

heroico, en su lucha con la naturaleza, aún no conquistada.

Advertimos, al llegar a este punto de nuestro análisis, una tendencia a ahondar aún más en la psicología del campesino, a diferenciarlo según la región y las características del medio.

Así CARLOS ACUÑA, poeta ante todo, ha circunscrito a las cordilleras costeña del Maule sus cuadros rústicos, creando en *Mingaco* y *Capachito*, la heroína rural, la mujer de campo, y FRANCISCO CONTRERAS, también maulino, de Quirihue, estiliza en su *Pueblo Maravilloso* las costumbres campesinas y las supersticiones semi-indígenas del valle del Lonquén, al sur del Maule.

HUMBERTO BÓRQUEZ SOLAR, natural de Chiloé, es el primer intérprete novelesco de las costumbres isleñas. El medio chilote (mar y selva) y sus costumbres elementales aparecen en su libro *La vida humilde*, con una suave evocación de lejanía, con una ternura simple de recuerdo.

El caso de J. M. RODRÍGUEZ, prematuramente muerto, es lamentable para la interpretación de la vida rural chilena. Conocía a fondo las costumbres y el lenguaje de los campesinos del valle central. En *Las aventuras de Eusebio Olmos* hay un material inagotable de asuntos rurales que, desgraciadamente, J. M. Rodríguez (Juan del Campo), no aprovechó sino en los relatos *Panul* y *El incendio* y en las escenas de su comedia campesina *La silla vacía*.

LUIS DURAND y MARTA BRUNET, hijos de la frontera, nos han dado la visión de la selva austral, conquistada por el hombre.

En los cuentos de Durand predomina la visión directa. El exacto enfocamiento del colono y del inquilino del sur; en Marta Brunet, la estilización dramática, la perfección de la forma, de cepa puramente castellana.

LAUTARO YANKAS, hijo del centro de Chile, que conoció el sur durante algunos años, hace intervenir al indio en los relatos que forman *La risa de Pillán*, y GERMÁN LUCO, igualmente un santiaguino radicado en la frontera, nos ha pintado en *El Zarco* la mujer bandolera y en *Garabito*, aspectos de los bandidos del sur, en la época heroica de La Frontera.

El cuento rural. Tercera época. — La tercera época del cuento campesino tiene ya un marcado carácter psicológico. La etapa heroica pasó. Durant y Marta Brunet forman la transición.

Encabeza a este grupo de cuentistas un escritor talquino, FRANCISCO HEDERRA, autor de novelas y comedias muy apreciables como interpretación de la vida provinciana. Su único libro de cuentos *Anima Nostra*, publicado en 1914, contiene dos o tres relatos campesinos, donde se ve en forma clara la intención de enfocar al inquilino de los fundos del valle central, sin decoración paisajista y sin intento heroico. *Ño Vilches*, uno de los relatos, nos describe en forma humorística el tradicional respeto del inquilino por el patrón. En otro de los cuentos *El Ama*, con una sencillez trágica, nos habla de la robusta moza campesina que deja morir a su hijo para alimentar al hijo raquítrico del patrón.

JANUARIO ESPINOZA, que ya nos había dado una visión rural aldeana, en *Cecilia*, nos interpreta la vida campesina en su libro *Un viaje con el diablo*.

La vena humorística y campechana de Espinoza, de cepa muy chilena, nos traza en cuatro rasgos la psicología del guarda hilos, apodado *El Diablo*, y de *La Inútil*, la mujercita temerosa y débil y que va a la peregrinación de Yumbel para que el santito saque a su marido de la cárcel.

Un escritor atildado y fino, cuya sobriedad literaria nos recuerda a Azorín, González Vera, nos ha de describir la vida aldeana de *Alhué*, bello libro en que se mezclan la exacta observación de los tipos secundarios de la aldea con un humorismo de alta calidad intelectual.

Y cierran esta última época del cuento campesino, JUAN BARROS, ERNESTO MONTENEGRO, MAITÉ ALLAMAND y CARMEN DE ALONSO.

JUAN BARROS, autor de una fuerte novela santiaguina *El zapato chino*, crea en *Don Lindo* el tipo del tenorio campesino, el hombre perezoso que se deja querer por la voluntariosa mujer elemental. ERNESTO MONTENEGRO recoge, de labios del Tío Ventura ¹, las consejas del valle de Aconcagua, y en prosa viril y evocadora, vemos tomar calidad literaria a la imaginación del huaso aconcagüino, uno de los más auténticos en la vida rural de Chile. MAITÉ ALLAMAND, de origen francés, nos pinta en *Cosas de campo* y en *Parvas viejas*, pequeños cuadros del campo chileno, sobrios y delicados, especie de aguas fuertes literarias que, por la novedad del punto de vista y de la técnica, destacan aspectos poéticos y tradicionales del campo, no tocados antes por ningún escritor chileno, y CARMEN DE ALONSO vuelve al cuento campesino de la primera época. En *Gleba* y *Provena*, revela evidentes condiciones narrativas y poético sentido del paisaje chileno; pero paisajes y personas resbalan, sin ahondamiento, en la agradable corriente de la narración.

Los contemporáneos. — MANUEL ROJAS resume, en mi concepto, en su personalidad multiforme, todas las tendencias del cuento chileno hasta la época actual.

¹ Del libro : « Mi tío Ventura ».

Anotaremos, desde luego, la maestría de la composición, la habilidad espontánea de la técnica. Nació cuentista, como otros nacen cantantes u oradores. Hombres y escenarios, sobre todo los primeros, se mueven en sus relatos con sorprendente realidad.

En *Leyendas de la Patagonia* vemos al criollista, a la manera de Bret Harte y London, en que la aventura es el resorte principal; el campo del valle central, en *El bonete maulino*, aguda visión de la doble personalidad del huaso en su adaptación al momento social en que actuó; la cordillera, en *El rancho de la Montaña* y en *Laguna*; la costa, en *Lanchas en la bahía*; la ciudad, en algunos cuentos de arrabal de *El Delincuente* y el cuento moderno en *Un espíritu inquieto*.

GUILLERMO KOENENKAMPF se ha revelado un buen cuentista en su libro *Geografía Santa*. Describe las costumbres de la cordillera de la costa, en la provincia de Aconcagua y, al mismo tiempo, incluye en sus cuentos campesinos tres relatos de las salitreras.

Hay en Koenenkampf un innato sentido de la composición. Ha pasado de la poesía a la prosa sin que el estilo y el motivo se resientan de falta de observación real o de exceso de poesía, cosa frecuente en los cuentos de los poetas; al contrario, un elegante equilibrio entre la realidad y el ensueño, hace de su *Geografía Santa* un libro esencial en la interpretación de la tierra chilena.

SADY ZAÑARTU, el recio novelista de la colonia y el criollo evocador de los cateadores del desierto, ensaya la novela corta en su libro *Color de América*. Son relatos del Perú, de Bolivia, del Paraguay, de la Argentina, del Brasil y de Chile. No es pintura de costumbres ni de tradiciones locales. Es el trópico con su vitalidad alucinadora, el oro y la plata de los inagotables mineros de América, que desintegra la personalidad

del mestizo o del europeo, embrujado por su miraje quimérico.

Algo semejante interpretaron Stevenson y Conrad en los mares del sur y del lejano Oriente, al pintar al inglés que abandona su isla para colonizar lejanas factorías tropicales.

Este neo-realismo, que implica una mayor libertad de técnica y, lógicamente, un menor apego a la minucia del paisaje, ha tenido una revelación inesperada en la lejana tierra magallánica. Un escritor joven, de potente vena realista, FRANCISCO COLOANE, nos ha demostrado en tres novelas cortas: *Lobo de un pelo*, aventura de loberos en Tierra del Fuego, en *Coruro* y en *Perros, caballos, hombres*, el bravío perfil de ese paisaje lejano y la complexión de los hombres que en él luchan.

El cuento campesino, mejor, la interpretación de la vida de provincia, decae en los cuentistas a principios del siglo xx.

Las nuevas corrientes literarias y su predisposición al análisis empujan a los escritores al estudio de la psicología urbana, no a la popular, ni a la de la clase media, sino a la de los espíritus selectos, nutridos de literatura francesa.

El impresionismo, el superrealismo, la influencia, cada vez más honda de Joice y de Proust y el problema sexual, suscitado por la vulgarización del psicoanálisis, apartan a los escritores modernos de la tradición nacional, y los inclinan a la búsqueda de los temas nuevos y al ensayo de técnicas no conocidas en Chile.

Subsiste, no obstante, la herencia investigativa de la escuela naturalista, que se manifiesta, disfrazada de sinceridad psicológica, en la tendencia a la confesión de los fenómenos más insignificantes de la vida interior.

Estriba en el estilo la más efectiva conquista de los escrito-

res modernos. Un estilo rico en imágenes, por contagio del lenguaje de la poesía. Si la novela naturalista influyó en los poetas, por razón de sus inclinaciones sociales, el relato de hoy tiene, con frecuencia, la arbitrariedad formal de la poesía moderna.

EN ENRIQUE BUNSTER, autor de *La primera noche galante*, y en DIEGO MUÑOZ, de *Malditas cosas*, se inicia la nueva modalidad del cuento chileno. Aún la trabazón del argumento caracteriza al relato. La novedad consiste en la manera de contar. Con humorístico cinismo en Bunster, con ágiles pinceladas en Diego Muñoz. GLORIA NOVA, autora de *Qué más da* utiliza la misma técnica. Sus relatos, simples y originales, denotan la espontaneidad de su temperamento. La prosa tiene una embriaguez de confidencias, la tibia intimidad de la vida misma.

EN MARCELA PAZ y en BRAULIO ARENAS, el argumento ya no existe. Un motivo cualquiera, profundizado en el aspecto psicológico, lo substituye. El autor y su sensibilidad son el verdadero argumento.

En su cuento *Soy colorina*, Marcela Paz nos analiza, con leves toques humorísticos y con honda comprensión del alma infantil, la psicología de una niña precoz que vive en un hogar deshecho. Algo de Jules Renard y de su poetización de las cosas mínimas y algo de Andersen y de los dibujos animados de estos últimos tiempos.

En Braulio Arenas, la influencia viene de Proust y de los franceses contemporáneos. Posee el don analítico. Anota sutiles fenómenos del subconsciente y sorprende con poéticas estampas de la vida real. *Firmamento de Mónica* y *Adiós a la vida* innovan el tema y el procedimiento narrativo en el cuento chileno.

Los últimos nombres. — MARÍA LUISA BOMBAL no ha publicado sus novelas cortas en volúmen. Ni por su sensibilidad ni por el ambiente descrito en *El árbol* y en *Las islas nuevas* se relaciona con la literatura chilena anterior a ella.

La perfección de su prosa, armónica y precisa, recuerda a los escritores franceses, sin dejar de ser muy castellana. No está, pues, su modernidad en el cuidado equilibrio de los períodos. En la atmósfera de irrealidad, en que se mueven sus personajes reales, es donde hay que ir a buscar su acento nuevo y su nueva emoción. Algo de Virginia Woolf y de un Lawrence más delicado.

Los demás cuentistas, a excepción de EDMUNDO DE LA PARRA y de CARLOS VATTIER, se conectan con la tradición de la literatura chilena rural y minera. Ensayan, sí, nuevos temas y alcanzan sin grandes titubeos el dominio de la técnica. Carlos Vattier es el polo opuesto de María Luisa Bombal. Realista minucioso, observador agudo de la vida moderna y prosista hábil, se deleita morosamente en aguzar ironías o descubrir el matiz poético de las cosas vulgares, sin mayor preocupación del conjunto del relato; sus *Cuentos para gente simpática*, ensayos más bien con cierto tinte narrativo, hormigean de observaciones sobre la realidad chilena, de graciosas *boutades* y de greguerías sutiles. En su segundo libro, *Noches de los judíos*, aunque la composición se aproxima a la del cuento, nos sorprende el medio descrito y nos dejan perplejos esos judíos que recuerdan los personajes de Scholomoim Asch y de Peretz.

ARMANDO ROJAS CASTRO, autor de *Calle Ricantén 300-309* pertenece, a pesar de su contemporaneidad, al grupo de los autores urbanos de raíz naturalista. Su técnica es la de Maupassant. Dos relatos de la colección, *Campo de rulo* y *La*

toma, desarrollan, con notable justeza de observación, motivos de la cordillera de la costa.

El caso de EDMUNDO DE LA PARRA y de sus *Consejas del gran río* significa una innovación interesante en la historia del cuento chileno. Si aplicamos a sus *consejas*, poéticamente estáticas, la medida del cuento clásico, no pertenecen casi al género narrativo. No sostiene la sombra de acción un argumento ni sobresalen del medio los personajes ; pero ese medio está evocado con minúsculos elementos, los más vulgares e inadvertidos. Es un paisaje alucinado en que el río, evocación esencial, y la selva y el hombre se funden en la incoherencia del monólogo interior de de la Parra, a ratos lírico y a ratos impregnado de un humorismo ingenuo.

Pichamán de LEONCIO GUERRERO apareció en 1940. Es un criollista modernizado. Cultiva y ahonda la parcela literaria que ha escogido, en « Pichamán », a orillas del río Maule.

Su manera tiene mucho de la mancha pictórica, del impresionismo literario. Sin acentuar el dibujo del medio ni crear caracteres, sentimos la mezquina existencia de los campesinos de ese rincón, que limitan cerros rojizos y el camino azul del Maule.

Se me aparece GONZALO DRAGO y su libro *Cobre* como un discípulo rezagado de Baldomero Lillo, sin sus cualidades creadoras. Sin embargo, el medio descrito por Drago es, si se quiere, más grandioso y de mayor trascendencia humana que el que se pintó en *Sub-terra*.

La vida de la cordillera, amortajada de nieve o mordiendo el azul del cielo con sus dientes agudos, la humedad de los socavones o la boca negra de las buitras, el gesto imperialista del yanqui explotador o la humildad adulona del chileno vendido a los empresarios, la rebeldía del roto hecho minero o la hazaña épica del *Huachuchero* que atraviesa las quebra-

das, sujeto al tronco el chaleco, pesado de botellas de pisco. Todo esto figura, y bien observado, en *Cobre*. Sólo que el instrumento literario no está suficientemente afinado y el acorde busca, en vano, la justa tonalidad artística.

En el libro de OSCAR CASTRO *Huellas en la tierra*, observamos un curioso fenómeno literario.

En la modernidad de las imágenes, producto de la alquimia del poeta, sus cuentos son actuales; pero en la técnica de la narración, en los caracteres apenas acentuados y en las anécdotas, clave de casi todos los relatos, retrocede a la primera época del cuento chileno, a la novela elaborada cerebralmente, sin ahondamiento del medio descrito ni de la psicología de los personajes.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CAPÍTULO VI

LA POESÍA CHILENA

Darío y la poesía santiaguina. — El influjo renovador de las provincias. — Coquimbo o el misticismo en la poesía chilena. — Maule o la elegía de las tierras pobres. — Pablo de Rokha, poeta de la cordillera de la costa. — Concepción o la supervivencia de la epopeya. — La poesía moderna santiaguina. — Vicente Huidobro, poeta santiaguino. — Los poetas del sur. — Los poetas del mar. — Dos poemas modernos de Santiago.

Darío y la poesía santiaguina. — Ha dicho don Marcelino Menéndez Pelayo, en el prólogo a la *Historia de la poesía hispano americana* que el carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores vascongados, en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades.

Y don Marcelino acertó en la primera etapa de nuestra poesía. El tono épico de Ercilla, que imitan Pedro de Oña y otros guerreros y letrados, se trasvasa a los cronistas, sin que aparezca la nota íntima, el auténtico lirismo, sino en los romances y traducciones latinas, incluídas en el *Cautiverio feliz* de Pineda y Bascuñan.

La poesía popular, de origen español, se desarrolla en payas y tonadas, de las que no se conservan sino fragmentos y restos de letras, sin ninguna influencia en la poesía posterior,

En los improvisadores del siglo XVIII, el PADRE LÓPEZ y

el capitán LORENZO MUJICA, hay, tal vez, algo de la *talla* popular, de raíz andaluza, flor espontánea de los huasos y los rotos. La *talla*, en sí, no es una simple ocurrencia. Implica una actitud de lucha, de reto decidido, muy de acuerdo con el espíritu del chileno, sea del pueblo o de las clases cultas.

Los contrapuntos o payas que se conservan, la de don JAVIER DE LA ROSA y el mulato TAGUADA, la del arribano y el abajino, citada por Barros Grez, da importancia a la teatralidad de la pelea, sin que se precise un héroe o personaje central.

No creo, como Menéndez Pelayo, que sea la porción vascogada de nuestra sangre la causa de la pobreza de la poesía chilena en los primeros tiempos de su evolución. Lo vasco es una superposición de comerciantes, llegados en el siglo XVIII, sobre los descendientes de andaluces, extremeños y castellanos. Y nuestra poesía es misérrima, antes de la llegada de vascos y navarros al reino de Chile.

En mi concepto, las guerras de Arauco y *La Araucana*, es decir, el predominio de lo épico, retardó como en Castilla la aparición de la lírica.

La emancipación política de Chile no varió la tendencia de los chilenos. El militar se hizo político. Pipiolos y pelucos se disputaron los poderes públicos, y los escritos de la época, especialmente los periodísticos, discutían o proponían los moldes en que se iba a vaciar la República.

Las enseñanzas de José Joaquín de Mora y de Andrés Bello, apagan aún más la sensibilidad de los chilenos, particularmente notable en la indigencia de los medios de expresión.

La mordacidad de Mora y la sabiduría de Bello les impiden a los jóvenes chilenos, en lo que concierne a la poesía, la libre expansión de su personalidad.

Advirtió el fenómeno, con su natural perspicacia, don Domingo Faustino Sarmiento.

En su polémica con Bello, Sarmiento tiene la razón. Hablaba en nombre de la vida, y a un país joven le exigía lo que es inherente a él : la juventud, porque los chilenos, dirigidos por don Andrés Bello se dedican a la historia y se alejan de la creación literaria.

Historiadores liberales e historiadores conservadores, descubren fuentes y compulsan documentos, y don Andrés los alienta con la mejor buena fe del mundo :

« Cuando la historia de un país no existe sino en documentos incompletos, son sus palabras, esparcidos en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado ».

Lastarria, rebelado contra el maestro, exigía interpretación, no simple narrar de hechos ; pero la afición a los estudios históricos se impone, con tal vigor, que subsiste hasta fines del siglo XIX.

Lastarria, a pesar de sus ideas liberales, no fué literariamente sino un neoclásico, y aunque entrevió con agudeza las fallas del sistema, su estética coincide, en gran parte, con la de don Andrés Bello.

Las ideas renovadoras del Romanticismo no pudieron germinar en un ambiente enfriado por los estudios gramaticales y las investigaciones históricas. Ni doña MERCEDES MARÍN DEL SOLAR ni don SALVADOR SANFUENTES significan nada en los primeros tiempos de nuestra poesía lírica. Versificadora correcta la primera, vulgar narrador de leyendas rimadas el segundo.

No muy superior es don EUSEBIO LILLO, a quien dió una falsa nombradía el hecho de ser autor de la *Canción nacional*, y don GUILLERMO MATTA, deplorable traductor del

« Fausto » de Goethe y hueco rimador de cantos heroicos.

Sólo un poeta de esta *generación*, llamada *del 42*, don GUILLERMO BLEST GANA, tiene, en tres o cuatro poemas, verdadera emoción lírica. Algo de su origen irlandés y de la influencia de Musset y de Lamartine, comunican a su verso simple una melancolía resignada, de tipo cristiano :

Quando nada se espera de la vida
algo debe esperarse de la muerte.

A este ambiente de románticos retrasados y de clásicos sin sensibilidad, llega Darío en 1886.

Muy pocos se dieron cuenta de la novedad extraordinaria que ya palpitaba en sus primeros versos. Sólo Pedro Balma-
ceda Toro, amigo íntimo de Darío, y tardíamente Eduardo de la Barra, que prologó « Azul », comprenden lo que significa ese chispear de imágenes y esa gracia alada del verso, esculpido en una materia nueva en la literatura española.

Por esos tiempos, Lastarria, ya muy anciano, es encargado de organizar el « Certamen Varela », a expensas de un millonario de La Serena, don Federico Varela.

Se me aparece este vasto arsenal literario con los caracteres de los cancioneros de la época ante-clásica o de las lujosas colecciones de los juegos florales catalanes. El floralismo, la equidistancia académica, tienen en esas satinadas páginas su atmósfera apropiada.

Don José Victorino Lastarria, su animador, clasifica los temas que deberán estimular la poesía chilena. Figuran en los dos macizos volúmenes cantos épicos, imitaciones de Bécquer, las denomina Lastarria del género insinuante; cuadros de costumbres, estudios métricos, político-sociales, etc..

Lleva Darío a este cementerio literario su corona de flores

naturales. Es uno de tantos concursantes. En la fría necrópolis, su suave canto lo apaga la garrulería artificiosa de Eduardo de la Barra y Pedro Nolasco Préndez.

El grupo de versificadores que aparece en Chile, como figuras literarias, continúa el credo clásico impuesto por Bello.

En el resto de América, la renovación modernista, provocada por el arte de Darío, adquiere el carácter de una verdadera revolución literaria y los nombres que se destacan, tienen una significación trascendental en la poesía hispanoamericana.

Diez años, desde la estada de Darío en Santiago, transcurren sin que la fría capa del academicismo santiaguino se estremezca y se rompa, dejando fluir una luz vivificadora.

Darío pasea su bronceada figura de indio mal vestido por las calles de Santiago y por las redacciones de los diarios de la capital. Los elegantes caballeros santiaguinos lo ignoraron. Los poetas lo tildaron de decadente. No sonaba su poesía a Campoamor o Núñez de Arce, los ídolos de la época.

PEDRO BALMACEDA TORO, ese hombre triste, malogrado y prodigioso, como dice de él Rubén Darío, y Abelardo Varela, hijo del millonario del Certamen, son los precursores del rubenismo en Chile; pero ambos murieron jóvenes y su influencia no logró arraigarse.

En el diario « La Época », en el cual colaboró Darío, se reunían, como en un Parnasillo, algunos hombres de letras, admiradores de la Literatura Francesa. Debió echar raíces, entonces, el modernismo; pero la revolución del 91, larga y sangrienta, desvió la poesía lírica hacia una especie de periodismo en verso, de carácter político, sin ningún valor estético.

MARCIAL CABRERA GUERRA, espíritu selecto y gran cono-

dor de parnasianos y simbolistas, logró recoger los frutos dispersos del modernismo, ya maduros en Balmaceda Toro y Manuel Rodríguez Mendoza.

En el anexo dominical del diario « La Ley » (1899) se publicaron traducciones y estudios sobre los poetas franceses. Funda, poco después, Cabrera Guerra, la revista « Pluma y lápiz », donde se publican las primeras poesías de PEDRO A. GONZÁLEZ, que marca la iniciación del modernismo en Chile.

González era un poeta de provincia, de la cordillera de la costa ; pero en su temperamento externo y con visible tendencia oratoria, no está el sentido elegíaco de su tierra. Se ahoga su verdadera personalidad en un sonoro derroche de rimas, de un parnasianismo no realizado, en las que aparecen las ideas liberales del tiempo : odio a la tiranía, al obscurantismo, la fuerza incontenible del verbo, etc.

Lucha el mar con los flancos de las rocas
y con las sombras de la duda el alma,
y Dios, desde la cumbre del misterio,
contempla la batalla.

La roca secular se bambolea
al recio embate con que el mar la labra.
Es roca el dogma, pero es mar la idea
y es ola sin riberas la palabra.

Por esto mismo, gran parte de su obra deriva hacia el discurso lírico, a la manera de Víctor Hugo y de sus imitadores de América, un Salvador Díaz Mirón y un José Santos Chocano.

Ritmos, título de la única colección de poemas publicados por González, demuestra su tendencia hacia la música verbal.

De Darío adquirió el amor de las bellas palabras, de los adjetivos raros, de las rimas sonoras ; pero en Darío se fundieron genialmente todos los matices del modernismo y en

nuestro poeta, salvo muy pocas excepciones, la idea no existe y los versos son meras sucesiones de vocablos. Creó un decorativo mundo de vírgenes núbiles y bacantes ebrias, junto a mármoles helénicos y sitiales de alabastro o cantó en golpeados tripentálicos la satánica femeninidad de Lucrecia Borgia o el espíritu cósmico de Dante. A veces, tal vez, como un recuerdo de sus ideas políticas, nos describe una trinitaria que sueña con la maternidad o dramatiza a un monje perseguido por el amor. Sin embargo, González era, con su embriaguez verbal, algo distinto a la académica tradición santiaguina e inicia, por esto, una evolución que ya no iba a detenerse.

Su influencia no se advierte sino en los primeros versos de ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR y MIGUEL LUIS ROCUANT, que, más adelante se acercan a Darío o a las fuentes mismas de parnasianos y simbolistas.

Se publica, por esta época, el *Campo lírico* de Antonio Bórquez Solar, reto atrevido a la escuela oficial, heredera de la estética de Bello. Desgraciadamente, el libro de Bórquez carecía de forma y de contenido.

Es FRANCISCO CONTRERAS el poeta más fiel a la escuela de Darío en Chile; pero su poesía, falta de espontaneidad, parece un producto de alquimias literarias. Vale Contreras, por su fervor, por su constante empeño en interpretar la obra de Darío y dar a conocer a los escritores de América en Europa, como crítico de letras hispanoamericanas en el « *Mercure de France* ».

En JULIO VICUÑA CIFUENTES, de formación clásica, se funden las dos corrientes, la tradicional y la moderna. Fué Julio Vicuña Cifuentes un poeta de tono y de mínima capacidad creadora. Un discreto eclecticismo es su característica. Son sus versos los de un humanista, según Gómez Restrepo.

Resbalan con una suavidad de llovizna sobre la epidermis y se evaporan.

El exponente máximo de la poesía chilena de este período es CARLOS PEZOA VELIS.

El realista y el soñador son inseparables en Pezoa Velis. Así se explica la poetización de motivos populares, en un aspecto nuevo, desconocido en Chile. Sin embargo, no abandona Pezoa las formas clásicas. Escribe un poema, « Pancho y Tomás », en ágiles quintillas, que recuerdan las de Zorrilla en sus leyendas españolas. Su innovación moderna consiste en la frescura de las imágenes, hechas con elementos del paisaje chileno del valle central.

Se ha insistido con frecuencia en el origen humilde de Pezoa, posiblemente para explicarse cierta tendencia social de sus poemas. Tal aseveración es inexacta. Era de familia acomodada y de una cultura sólida. Su conocimiento del campo y de los campesinos, de los arrabales de Santiago y de los rotos vagabundos, ha contribuido en gran parte a crear esta leyenda.

Es la época en que Zola y los rusos, Gorki, particularmente, se leen en Chile. La actitud rebelde del ex-hombre contra la sociedad, el sentido de reivindicación que anima la obra de Zola y de Gorki, deciden a Pezoa por el motivo popular. Asimismo, no obstante, la modernidad de Darío y de Leopoldo Lugones.

En sus primeros versos abundan los bohemios, las amadas pálidas, en una palabra, los motivos decadentes ; pero apuntan ya las imágenes modernas.

Son explosión de voluptuosos besos,
los ojazos de un rostro que yo sé :
son ardientes, son raros y traviesos,
como dos cucharadas de café.

Sus mejores poemas pertenecen al grupo campesino (« Entierro de campo », « El tren », « Fecundidad », « Teodorina », « En la poda », « Nada », etc.).

El paisaje en Pezoa no es un simple apunte pictórico, sino un estado de alma, donde se hallan fundidos el sentimiento del poeta y el campo, agudamente observado. Por primera vez en la poesía chilena el pájaro se convierte en un elemento poético: un tril errabundo, un jilguero revoltoso, y la antropomorfización de las cosas inanimadas: la queja eterna del río, la montaña en oración.

Le interesaron o Pezoa no sólo los huasos, sino los obreros urbanos y los de la pampa salitrera.

A un humorismo que no desdeña el dicho popular, el diálogo animado y hasta la anécdota pintoresca, se añade un sentimiento humanitarista, de profunda emoción lírica. La muerte del poeta impidió la realización del aspecto más alto de su poesía, de su depuración lírica.

« Cansancio del camino », « El pintor Pereza » y « Tarde en el Hospital » son los mejores poemas de este período, a pesar de las claras reminiscencias de « El solterón » de Lugones y de la « Nevicata » de Ada Negri.

VÍCTOR DOMINGO SILVA es el continuador de Pezoa Velis, pero no lo supera ni le agrega nuevos elementos. El hondo sentido de poetización de la realidad, secreto lírico de Pezoa, no existe en Víctor D. Silva, en el que una retórica discursiva, heredada de Díaz Mirón, Lugones y González, ahoga la esencia personal. « La nueva Marsellesa » y « Lo que me dijeron las espigas » no son sino arengas políticas para declamarlas en un *meeting* o en un teatro, lleno de plebe.

No puede negarse cierta fluidez elocuente en la poesía de Víctor D. Silva, en el cual hay más un épico que un lírico. Lo mejor de su obra lo constituyen poemas narrativos, « Bajo

el sol de la pampa », « El derrotero », que describen tipos y escenas del desierto y de la pampa.

El influjo renovador de las provincias. — La crítica chilena no ha reparado, hasta el momento, en la influencia de los poetas de provincia en la evolución de nuestra lírica.

No me refiero a una interpretación pintoresca del medio en que esos poetas vivieron, sino al influjo del pasado y del ambiente en el carácter de los poetas del norte y del sur de Chile.

Lejos de Santiago, esos poetas han encontrado un acento original, una orientación nueva que destruye fórmulas anticuadas e inicia la transformación de nuestra lírica.

La tendencia lírica del norte difiere de la del sur. Así, la zona de Coquimbo se caracteriza por la angustia espiritual. Maule, por el matiz elegíaco. Concepción, por la persistencia de la épica, y Temuco, tierra recién conquistada, ha dado a los poetas nacidos allá la audacia revolucionaria, la riqueza emotiva del hombre de conquista.

La apariencia de todos los poetas de provincia que vamos a estudiar, tiene, como es lógico, la forma del modernismo y de las escuelas de vanguardia ; pero no es difícil desentrañar, bajo la modalidad cosmopolita, los móviles internos y regionales de sus creaciones.

Coquimbo o el misticismo en la poesía chilena. — Hemos descrito ya este paisaje, en que el verdor de la huerta se hermana con la piedra mineral, del terror del pirata, hecho religiosa humildad ; de la sequía, bíblico castigo del destino y del hallazgo de las vetas, oro de ensueño y de porvenir para todos los que viven en los valles transversales.

A través del tiempo, el medio ha impreso a los hombres de Atacama y de Coquimbo, y entre ellos a sus escritores,

una característica que los distingue substancialmente de los poetas santiaguinos y sureños.

CARLOS R. MONDACA, nacido en Vicuña, sorprende al academicismo santiaguino con su sinceridad desgarrada. Una larga disciplina teológica (Mondaca se educó en el Seminario de La Serena), lo despoja de los oropeles académicos. La forma es pura, cristalina, desde sus primeros ensayos. El verso no es en él un juego musical, sino que responde a una reacción de su yo ante la vida y ante la muerte.

Del mundo, no se ha formado un concepto alegre. Anotemos, ante todo, una lucha entre su fe y la ciencia. Esta agoría desvanece las creencias juveniles del seminarista; pero se aferra, como un náufrago, a su recuerdo.

No es un espíritu religioso, sin embargo. Es un ascético, que no abandona la lucha, aunque la experiencia vaya enturbiando poco a poco el agua clara de su vida juvenil. Aislarse en sí mismo es la solución, aunque conserve sus conquistas espirituales. El amor (la esposa), el pasado (la madre) y el porvenir (los hijos).

« Mi alma » es una especie de *morada*, que se ha formado el poeta :

He cerrado mi huerto con un cerco de espinos
sangrientos, recogidos en todos los caminos.

Lo he guardado de todas las miradas humanas,
esas miradas frías, irónicas y vanas.

Está cerrado a todos los ruidos exteriores
de esta vida terrena. Pero tiene rumores
tan llenos de misterio, como la voz del viento,
como el clamor del río, más fatigado y lento,
que nadie ha comprendido y que yo solo entiendo,
cuando mueren callando, cuando mueren gimiendo.

Son como una plegaria terrible, aguda, inquieta,
que temblara en los labios exangües de un asceta.

Pero aún la paz no se ha conseguido. Su fe en la vida substituye a Dios, pero la agonía persiste. « La tristeza de mis placeres y el goce de mi padecer, deseos de morir y ansias de vida ».

La vida vitaliza esta agonía. El poeta y en esto es fundamentalmente hombre de Coquimbo, viste su poesía de un ascetismo trémulo, de aguda sinceridad.

Algunas de sus poesías sintetizan los estados evolutivos de su drama interior. Primero, el amor :

Por la infinita noche de mi espíritu
cruzó el blanco destello de una aurora.

Sobre el estéril campo de mi vida
alas de golondrina dieron sombra.

La muerte de la madre, rudo golpe en la redención espiritual :

Ya no se posan en mi frente
tus manos, que eran el perdón.

El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino
ni tu mirada ni tu voz.

Voy tropezando, ebrio del vino,
con que la vida me abrevó.

Sus fuerzas están agotadas. El poeta ya no se defiende. Sólo quiere fundirse en la nada, desaparecer como criatura humana.

« Cansancio » interpreta la solución definitiva :

Y pasar por la vida sin dejar una huella.
Ser el pobre arroyuelo que se evaporá al sol.
Y perderse una noche, como muere una estrella,
que ardió millares de años y que nadie la vió.

En GABRIELA MISTRAL, nacida en la misma provincia, no hay, como en Mondaca, un problema cerebral. Su agonía no es de ideas. Es la carne, carne fuerte de criolla que anhela la satisfacción del amor y no lo satisface. La pasión contenida y una ética, de origen muy castellano, en constante lucha, le dan el carácter a su lirismo. Su obra poética es un dietario en que están glosadas sus desesperaciones y sus victorias espirituales. No significa su poesía una adquisición lingüística y tampoco importa. Es la revelación de un temperamento originalísimo, que busca la verdad, analizando su drama íntimo.

En el prólogo a *Desolación*, Alone la hace derivar de la Biblia. Es un error. Ciertos recursos técnicos, más bien bebidos en los místicos castellanos, puede recordar la influencia de la Biblia. Gabriela Mistral viene de Elqui, su valle natal. La aspereza de esta huerta estrecha, quemada por un sol de fuego, de sus cerros desollados y de sus duraznales fragantes, vibra en el grito ronco de su poesía y es su aporte a la lírica chilena de estos últimos tiempos.

De los modernistas sólo hay en ella vagas reminiscencias. Su pasión es demasiado sincera para complacerse en juegos de palabras o en imágenes ingeniosas. Su forma es monótona, sin variedad rítmica. No está ahí el secreto de su emoción. Su verso tiene la ruda antítesis de la piedra y de la fruta. En los ángulos del verso duro, la flor de la metáfora. Y como el alma de esta forma sin forma, el grito lancinante, el alarido de poseída, la desesperación mística.

Es curioso observar, a través de sus poemas, la predilección por las metáforas realistas, sangre que rompe las arterias, crispaciones de músculos, carnes despedazadas.

Mano de un Cristo
que como otro párpado,
tajeada llora.

Costado de Cristo,

otro labio abierto,
regando la vida
desde que te he visto
rasqué mis heridas.

Como un hijo, *con cuajo de mi sangre*
se sustenta él.

Recíbeme, voy plena,
¡ tan plena voy como tierra inundada !

Es un viento de Dios, que pasa *hendiéndome*
el gajo de las carnes volandero.

Te acordaste del fruto en Febrero,
al *llagarse su pulpa rubí.*

Llevo *herido también mi costado*
y no quieres mirar hacia mí.

Poesía de un extraordinario sabor de vida, agonía dolorosa de pedir y no recibir lo que se pide. Primero el amor, la maternidad después, fundidas en su vocación de maestra. Y que se va elevando poco a poco en una plegaria mística, de penetrante sinceridad.

MANUEL MAGALLANES MOURE, como la Mistral y Mondaca, nació en el norte de Chile.

Hay en él una doble herencia lusitana que, en parte, explica la cristalinidad armoniosa de sus versos, la saudade melancólica del amor deseado y no satisfecho. No asoma la rebeldía en este mundo de ensueño : pero el deseo, desde la realidad, se va purificando en un sentimiento casi místico.

En su primera época lo atraen los paisajes, la tierra soleada, el campesino que brega en ella. Es la influencia de Pezoa y de su poesía de tipo social. Ensayo, después, la

técnica simbolista. Pedro Prado y sus *Flores de cardo*, tienen algo que ver en esto.

Se encuentra, al abandonar el mundo exterior y volverse hacia sí mismo. Quedamente fluye su queja, sin lágrimas ni sublevaciones. Ama a una mujer que no es su esposa y el dolor que lo agobia es el de la moral burguesa que ve delito donde no hay si no un coloquio espiritual.

Pero el mundo dijo que aquello era amor
y toda nuestra dicha se cambió en dolor.

Al renunciar a la dicha y volverse al hogar, su acento es casi religioso :

... a tientas, como un ciego, vuelvo a buscar tu mano.

Otros poetas, de menor figuración, se caracterizan, también, por la inquietud angustiosa de buscarse y no encontrarse, modalidad de todos los poetas de Coquimbo.

AUGUSTO WINTER, hijo de ingleses, nace en el campamento minero de Tamaya. Emigra, ya maduro, al sur de Chile. A la manera de un radical de mediados del siglo XIX habla a los obreros y propaga ideas anticlericales.

En sus poemas de la primera época « La fuga de los cisnes », « Las hualas », por las cuales es muy conocido en Chile, no asoman sus ideas. Son poemas descriptivos, con una moraleja, a la manera de Tennyson. Rasgo típico de anglosajón. Pero en el sur vive en contacto íntimo con los misioneros capuchinos, radicados entre los araucanos. Es aquí donde aparecen la fe y el poeta del norte ; por su acción benefactora en la aldea donde vivió y murió, es casi un sacerdote laico.

Debemos agregar a la poetisa MARÍA PERALTA, del valle

de Elqui, como Gabriela Mistral, y en cuya única colección de versos, *La caravana parda*, se acentúa dolorosamente la angustia del paisaje del norte.

No logró realizarse, pues murió a temprana edad. Su forma, aunque más simple, tiene la huella de la Mistral, y su sensibilidad, menos vigorosa, llora suavemente al oír la voz ancestral del pasado, resonando en ella.

Maule o la elegía de las tierras pobres. — Una característica común une a los poetas de la cordillera de la costa : el amor a su tierra.

No es hoy la cordillera de la costa un lugar risueño. Áspero, el paisaje ; la tierra, pedregosa. El hombre, reconcentrado y suspicaz. La vida, difícil, limitada, trágica. Se desprende del bravío perfil de lomas y serranías algo como un resentimiento melancólico.

Los poetas del Maule participan de esta muda elegía de los cerros de la costa. Su sensibilidad se alimenta del dolor de la tierra empobrecida, del árbol raquítico, del hombre resignado.

EN JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS, el paisaje del Maule y la sensibilidad del poeta se han hecho un solo y vibrante estremecimiento lírico. Los símiles y las metáforas se crearon con elementos del aire y de la tierra, donde nació y aún vive. Los caminos de los cerros, los pájaros de las quebradas y el río Maule son los confidentes del drama interior del poeta. Es a ellos a quienes cuenta sus pesares y sus exaltaciones.

En su primer libro, *Misas de primavera*, donde se advierten huellas de Gutiérrez Nájera, de Bécquer, de Juan R. Jiménez, el poema « Égloga del camino » denota ya la futura realización del poeta :

Mi viejo camino, un poco
quiero conversar contigo,
y ante las sombras que evoco
hablarte como un amigo.

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas,
en tus hojas amarillas
cayó alguna vez mi llanto.

¡ Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas !

En su libro *El poema de las tierras pobres*, el más hondo de toda su labor, la doliente tristeza de los cerros y de los valles abandonados, adquiere todo su valor simbólico :

Cantar de aguas perdidas
y de los árboles con sed,
de las atormentadas vidas,
heridas sobre las heridas.

¡ Cantar de la humilde merced !

MAX JARA se inicia como un modernista con algunas influencias de Pezoa y de Verlaine ; pero en medio de su desintegración espiritual, de su espiritualismo irrazonado, el recuerdo de la tierra lejana es un remanso de paz para el espíritu en agonía :

Allí, cuando las lomas reverdecen,
donde hay almas que viven de esperanzas,
y arreboles de fuego que florecen
en las inacabables lontananzas ;
allí donde mi madre me ha llorado
con melodioso corazón de fuente,
por más que digan que los sueños mienten
quisiera ser feliz y lo he soñado.

Indócil la forma, no aparece con claridad la intención de Jara. En el poema « Ingenua », el poeta, vuelto hacia el rincón natal, encuentra la razón de ser de su vida : está en su aldea cordillerana. Nadie lo conoce en ella ; sin embargo, cerros, árboles y pájaros le hablan de su niñez y apaciguan su tormento.

Que crucen los versos la tarde amarilla
como una bandada de grises palomas,

define su estado de alma frente al paisaje. Su forma algo dura se suaviza y adquiere la simplicidad de los corridos populares.

En uno de los romances de su libro *Asonantes* dice :

.
El amor de la tierra
su pensamiento rige.

.
Guarda aún el viajero
viva la llama insigne
con que amara el prestigio
del romántico cisne,
pero hoy sabe el secreto
de los inquietos triles
que al soplo de la tarde,
ásperamente gime.

CARLOS ACUÑA es el intérprete más directo del paisaje y de la psicología primaria de los cerros del Maule. No hay la evolución de la ciudad a la tierra nativa. Como en Jorge González Bastias, el campo estaba en él ; pero más cerca del paisaje y del hombre maulino. Incluso intervienen en sus poemas diálogos hablados en el dialecto regional. Una hábil fusión de lo objetivo y subjetivo salva a Acuña de caer en lo meramente folklórico.

Acuña ha realizado un tipo de poema, que él denomina

balada criolla, donde se unen el paisaje, el diálogo y la emoción lírica.

« Cantaba el pidén », la más popular de estas baladas, es el amor campesino. « El ulpo », la vieja lealtad del inquilino montañés al dueño colonial de los fundos cordilleranos. « Por esta cruz », la sombría venganza rural, y « Avellanita », la tonada campesina, elevada a la dignidad literaria.

En el libro *Romances de luces y espadas* de AUGUSTO SANTELICES, los motivos de la cordillera de la costa adquieren un novísimo sentido, que se acerca a la primera época de Neruda, al unir lo subjetivo con la realidad cotidiana :

Las horas lerdas pasan, polvorientas de olvido,
como las mulas grises que por los campos van.

PABLO DE ROKHA, *poeta de la cordillera de la costa*. — La huella de la tierra natal, con su áspero perfil de serranía y su vida sórdida, pero vigorosa, persiste en la obra de PABLO DE ROKHA, a pesar de su evolución ideológica y estética. En Pablo de Rokha, como en ninguno de los poetas anteriores, ha penetrado más hondo el sentido trágico de la cordillera de la costa.

Todo el carácter del poeta, su afán innovador, está en ese cambio de la *c* del vocablo Rokha por una *k* y en el agregado decorativo de la *h* muda.

De los poetas modernos de Chile, Pablo de Rokha es el que ha tenido un mayor desprecio por el ritmo tradicional. Salvo algunas composiciones de su libro *Cosmogonía*, su expresión literaria consiste en una prosa rítmica, con repeticiones deliberadas en que símiles originales y bellísimas metáforas son como las pepitas de oro en las arenas de su cordillera natal.

En estos símiles y en estas metáforas se basa, en mi con-

cepto, toda la originalidad de Pablo de Rokha, quizá el más nacional de los poetas de la tierra chilena.

Los gemidos, obra de su primera época es, para mí, lo más potente y lo más realizado de su producción literaria. Toda su calidad de observador de la vida chilena, la rural especialmente, su gesto viril de luchador y su concepto del hogar y de la familia, sobrenadan en este torrente cordillerano, vital, estrepitoso, arremansado o que se precipita, a veces, rompiendo sus orillas.

Pero *Los gemidos*, como la obra posterior de Pablo de Rokha, no es sólo una evocación poética de los cerros, sino una confesión gesticulante, agresiva, de un hombre fuerte que lleva en sí la verdad y que quiere que lo escuchen y que mezcla, en su lenguaje crudo y violentísimo, el epigrama al madrigal, la humilde florecilla del valle al cardo o al quisco armado de espinas.

Auténtico hombre rural, su humor es machacón y trágico, impregnado de amenazas; pero, al mismo tiempo, el amor lo convierte en el más tierno y delicado de los poetas :

Y tu boca, tu boca, mujercita, tu boca que ríe besando,
cantando, llorando, como un tajito hecho a una sandía.

Dos pájaros de nieve rosa asoman el piquito rojo y aletean,
detrás de la camisa.

Su ideología, por más que el poeta evoque a la Rusia soviética y a Lenin y a Stalin, es la de un americano descendiente de españoles : la tierra, en primer término. Su razón de ser como poeta. De la tierra nace su fuerza y su riqueza imaginativa. La ciudad está muy lejos. El concepto de un hogar patriarcal está presente aún en sus poemas más revolucionarios : « Suramérica », « Satanás », « Jesucristo », « Gran temperatura », títulos impresionantes, discursos

iconoclastas, donde no está el verdadero valor de Pablo de Rokha. « Los gemidos » y su descendiente más próximo *Escritura de Raimundo Contreras*, he ahí su contribución real a la poesía chilena.

« Escritura de Raimundo Contreras » constituye una curiosa mezcla de romance cordillerano y de novela ruralista. El protagonista es un huaso, de fuerte vitalidad, algo bandido y algo propietario.

« Tiene un corazón rural, como huevo de perdiz, según el poeta, y ama los mostos de las viñas de rulo como a las robustas campesinas, que tienen la sonrisa colorada y cuyas ropas huelen a durazno peludo ».

Concepción o la supervivencia de la epopeya. — Persiste aún, en los poetas de las riberas del Bío-Bío, la herencia épica de Ercilla.

La decadencia de la raza que venció a Valdivia, desplazada hoy de la vida nacional, ofrecía un motivo tentador a los poetas de Concepción. Ante todo, la antítesis entre el mapuche de la conquista, guerrero incansable, dueño de sus valles y bosques y el indio actual, explotado por el blanco y deshecho por los vicios de la civilización.

Los dramáticos lanzamientos, las violaciones de las indias jóvenes, la pérdida de sus tierras y su lenta asimilación, mediante las escuelas establecidas por los capuchinos y por los pastores protestantes junto a sus reducciones (hay que agregar los incendios de la selva virgen y el nacimiento de aldeas y pueblos), eran otros tantos temas que incorporaron a sus poemas los poetas del sur.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA es el iniciador moderno del viejo tema indígena, falseado por el romanticismo. Dice en su libro *Del mar a la montaña* :

Ser hombre, ser hijo, ser esclavo,
ser bardo, serlo todo, por este pueblo bravo,
por este mundo nuevo sumido en la penumbra
que desde el alto polo la Cruz del Sur alumbra.

Ercilla sigue siendo el Dios :

Desde Ercilla, aquel guerre-	
ro,	y a tal punto tu alma recia
tu primero y grande amor,	guarda aún la herencia tibia
tu lecho persiste entero,	de la indiana madre Fresia
intacto tu labio en flor ;	y el selvático Valdivia,
clama aún el indio esclavo	que aún retumban tus collados
contra el viandante que llega ;	con los gritos y las señas
ladra al astro el perro bravo	de tus hijos empalados
que se ayunta en tu alma ciega ;	o hechos trizas en las peñas.

Da un real valor a esta poesía, la sobria sintetización del paisaje conquistado y del mapuche, convertido en inquilino de los fundos, todavía en poder de los descendientes de los maestros de campo y capitanes de la guerra de Arauco.

En Dublé, como una consecuencia de su amor al indio, hay además una humanitaria conmiseración por los campesinos de la tierra araucana y por los mineros de los yacimientos de carbón de Lota y Coronel. Los poemas « Las minas » y « El lanzamiento », son la primera visión de un mundo nuevo, de árboles caídos y espigas renacientes, en que se mezclan el bandido y el obrero, héroes de una epopeya moderna.

Posee DUBLÉ URRUTIA la vena humorística, ágilmente empleada en su poema « La procesión de San Pedro y bendición del mar » :

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

¡ Junio ! Mes de las aguas, mes de las brisas,
mes en que hacen los pavos su testamento
y en que las rubias ostras, monjas clarisas,
rompen la celda nácar de su convento.

Radical demagógico en su juventud, Dublé se hace católico militante en sus últimos años.

Si Diego Dublé Urrutia es el lírico de Arauco, SAMUEL A. LILLO representa la nota heroica de esa raza en agonía.

Hijo de Arauco, su infancia transcurrió en ese panorama de selvas destruídas, de troncos quemados y de indios perseguidos.

« La epopeya de los cóndores », « El triunfo de la selva », « La muerte del árbol » de *Canciones de Arauco*, nos hablan del drama mismo de las tierras del sur, del cual el poeta fué testigo.

Posee Lillo el sentido del color, la habilidad plástica. Si hiciéramos un análisis de este aspecto de su obra, hallaríamos un inagotable tesoro de adjetivos pictóricos, de manchas de color y, a veces, del neto contorno de los grupos escultóricos.

Baste citar « El arponero », que recuerda a « Los conquistadores » de Heredia y al « Cóndor » de Leconte de Lisle.

Muchos poetas chilenos cantaron a Caupolicanes y Lautaros (Darío dió el modelo, no igualado, en su soneto famoso) en simple alarde retórico.

Sólo IGNACIO VERDUGO, un neo-romántico, heredero de Dublé y de Lillo, puede salvarse del hacinamiento de retórica, provocado por la herencia épica de Ercilla. Verdugo es un versificador hábil y posee cierto sentido, no explotado suficientemente, para captar lo popular. Sus poesías recuerdan el escepticismo lírico de Villaespesa y también su maestría en el manejo del endecasílabo.

Son muy populares en Chile sus décimas sobre los copihues. Incluso, se cantan como tonadas. El copihue rojo (una chispa de fuego), el rosado (una campana que toca a muerto) y el blanco (un rayo de luna que se extravió en la montaña) y las *rapsodias populares*, que derivan de las *baladas criollas* de Carlos Acuña, demuestran sus cualidades de verificador y la superficialidad agradable de su temperamento.

En su poema « La voz de la selva » se reproduce, con ciertas variantes, el episodio de Fresia y de Caupolicán de « La Araucana » ; pero esta india moderna, violada por el blanco, azota contra unas rocas al niño de ojos claros que acaba de dar a luz.

La poesía moderna santiaguina. — La obra poética de PEDRO PRADO no se relaciona con el pasado de la poesía chilena ni con el rubenismo, ni con las escuelas modernas.

No hay en él renovación lexicográfica (su expresión es clara y simple). No hay tampoco un drama interior (su ideología es la de un monje ingenuo). Del lenguaje profético de la Biblia y de las parábolas ingeniosas de los poetas árabes, está hecha su técnica.

Desde « Flores de cardo » hasta los sonetos de « El camino de las horas », que recuerdan el teologismo, herencia de los místicos, de los poetas españoles del siglo XVII, no ha variado la intención ni la forma de su arte. Es un poeta que no tuvo el don del verso. El torrente inagotable de las imágenes, donde está el poeta auténtico, y el titubeo entre la prosa y el verso, ni verso ni prosa, caracterizan la originalísima fisonomía literaria de Prado.

En sus poemas en prosa *Los pájaros errantes*, por ejemplo, sin las trabas métricas, es donde mejor se manifiesta su lirismo, delicada fusión de la realidad chilena y de la poesía.

ÁNGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA, como Prado, no se relaciona con los poetas santiaguinos de la generación anterior. Las fuentes de Cruchaga hay que buscarlas en los poetas simbolistas. Los símiles, las metáforas, los símbolos son vagos, envueltos en una niebla espectral. Cruchaga es atormentado, oscuro ; un destilar lacrimoso de tristeza humedece todos sus poemas. Difícilmente se podría explicar el origen de este desconsuelo. ¿Es el amor no correspondido ? ¿Es el fracaso de sus ideales ? ¿Es el descontento de un espíritu fino ante el pragmatismo de la vida actual ?

El poeta es el centro de esta tristeza gris, a todas luces sincera.

Al verme solo, grande y doloroso
sorprenderé la vida de las cosas,
del árbol que se eleva hasta la luna,
del camino que sufre, del pantano,
que quiere ser puro y transparente.

Suspiran y lloran las cosas en este panteísmo melancólico :

Tengo la vida de la gota de agua,
cielo y luz, que agoniza en un latido ;
tengo la levedad de un pensamiento,
soy débil como un niño que aun no vive
y ya muere en un limbo.

DANIEL DE LA VEGA no trajo de su provincia un mensaje especial y, sin embargo, la vida provinciana es el tema de muchos de sus versos y de sus comedias. La romántica nostalgia de la niña que espera, tejiendo junto a la ventana ; el pitazo de los trenes en el silencio de las noches pueblerinas ; la lluvia, que por ser de provincia tiene una melancolía más aguda ; la banda del circo que acaba de llegar, etc. Algo de

Copée y de González Blanco, la poetización, en una palabra, de la vida cotidiana.

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA, contrariamente a de la Vega, es poeta de selección. Jardines, amadas en espera, lunas decorativas limitan su ambiente poético. Es preciso anotar, en esta limitación, cuidado de la forma y una matización no frecuente en la poesía chilena, del medio tono, de la íntima confesión espiritual. Puede resumir su modalidad esta canción, cuyos elementos esenciales recuerdan a Maeterlinck.

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.

Hoy la hallarás extinguida.
Los fríos de la otoñada

penetraron por la herida
de la ventana entornada.

Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás extinguida.

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada...

DOMINGO GÓMEZ ROJAS es un discípulo de Mondaca, sin el hondo problema espiritual del poeta serenense. Su muerte en la cárcel, a raíz de un proceso político, lo hizo un mártir del pueblo. Lo mejor de su obra, el poema « Miserere », recuerda demasiado un poema del mismo título, del poeta español Fernández Ardavín.

La juventud, amor, lo que se quiere
ha de irse con nosotros. ¡ Miserere !

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡ Miserere !

La tierra misma, lentamente muere
con los astros lejanos. ¡ Miserere !

Y hasta quizás la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡ Miserere !

VICENTE HUIDOBRO, *poeta santiaguino*. — A pesar de su cosmopolitismo, más aparente que real, a pesar de la escuela creacionista, hábil invención retórica y a pesar de su impresionante bilingüismo, VICENTE HUIDOBRO es un poeta de esencia urbana, profundamente enraizado en Santiago. Se caracteriza por una inquietud extraordinaria, una morbosa movilidad de niño consentido (lo veo en su lujosa mansión de aristócrata, pidiéndole a la mamá que le baje la luna del cielo), y por una sensibilidad algo embotada de hombre que no conoce la verdadera vida, sino en forma teórica.

Estriba en esto el valor y la deficiencia de su producción, de importancia innegable en un crítico instante de la poesía chilena, por la audacia de su gesto antiburgués.

Literariamente, me recuerda Huidobro el caso de don Luis Cousiño, Alcalde de Santiago, a mediados del siglo XIX, que transformó, a pesar de la oposición de los regidores de la época, la pampilla colonial en el Parque Cousiño, imitación santiaguina del Bois de Boulogne.

Con una loca embriaguez humorística se revela el arte de Huidobro, frente a un academicismo frío, respetuoso de manidas formas tradicionales. Humorismo de buena prosapia chilena, pese a sus influencias francesas. Carcajada gruesa de huaso caballero, de tacón alto y sombrero de borlas, que ha vivido en París, viste donde Pinaud y cena en el Club de la Unión. Su afán de asombrar está demasiado a flor de piel. Se aprovecha para ello de todos los recursos, los efectos tipográficos, la ingenua técnica del *clown* o del prestidigitador, y se busca en vano su reacción personal. El verdadero temperamento del autor se ahoga en retórica o en payasadas sin ingenio.

El don metafórico — la metáfora da la medida del artista, decía Proust —, es el don de Huidobro.

Se inicia con aquella « rana cascadora de nueces » y aquel « sapito, que mascaba vidrios », de su primera época, hasta « el profundo augurio del fondo de los ojos de la amada y del viento de océano que ondula en sus pupilas », que leemos en « Altazor ».

Ya Pablo de Rokha había iniciado este vendaval de la imaginación, rico de metáforas, que debía revolucionar la poesía chilena y a cuya influencia no fué ajeno el mismo Pablo Neruda.

Los poetas del sur. — Es un curioso fenómeno de renovación lírica el que se inició en la zona sur. Llamo sur, desde este punto de vista, a la región de las selvas conquistadas al indio araucano y en cuyos claros nacieron nuevos pueblos y se tendió, como una columna vertebral, la línea del ferrocarril.

El hacha del colono, el esfuerzo del agricultor y de los comerciantes que allí se establecieron, son sus verdaderos creadores. Abandonados a sí mismos, moldearon un paisaje y se acomodaron a una vida diametralmente opuesta a la del Chile del valle central.

La lucha constante contra el medio hostil, el árbol centenario y el indio pertinaz, la antítesis del invierno gris y de los estíos de oro, hicieron del hachero, del colono y del mercader, hombres de acción, de ánimo decidido, cuyos problemas vitales debían resolverse en el momento mismo en que se presentaban. Era, por lo demás, tierra de porvenir, bravía y delicada, al mismo tiempo.

Los poetas del sur, descendientes de esos hacheros, de esos colonos, de esos comerciantes y funcionarios públicos, emigrados a las nuevas ciudades, no vieron esa vida empenachada de epopeya. La vieron con un sentido original, rotos ya

los lazos de la tradición, pero ahincados profundamente en el nuevo paisaje que sus ascendientes crearon.

NERUDA, que inicia esta poesía, tiene, en la fuerza creadora de su lirismo, algo de la fecundidad de la selva y mucho de la tragedia de los árboles caídos y de la tierra virgen removida por el arado.

En esa atmósfera mudable se incuba su personalidad poética, sensibilidad de prodigio, mal dirigida por una mínima capacidad de selección.

Los perfiles de un paisaje que cambia a cada instante (un muro de selvas lo convierte el fuego en un montón de troncos carbonizados) le suministran a Neruda la novedad de sus imágenes y su concepto desgarradamente escéptico de la vida.

Dos caracteres, antitéticos, resortes de su personalísima técnica, constituyen la fuerza y la debilidad de su poesía. Por un lado, un materialismo elemental; del otro, una sorprendente intuición psicológica, sobre todo en la expresión del trance amoroso.

el fulgor de las estrellas me va rompiendo los ojos

.

las nubes de la tarde como barcas perdidas

que escondieran estrellas rotas en sus bodegas.

.

No varía este procedimiento en los poemas posteriores de Neruda. La metáfora, tal como la hemos analizado, es la fuerza original de su innovación. Y la historia espiritual de Neruda, podría hacerse intentando una clasificación cronológica de sus imágenes. Puntualicemos la escasez de las ideas y la abundancia milagrosa del mundo sensorial. La antítesis, que junta en un sólo cuerpo lo concreto y lo espiritual, se va complicando poco a poco.

El agua anda descalza por las calles mojadas.

.
Voy, duro de pasiones, montado en una ola única,
lunar, solar, ardiente y frío, repentino,
dormido en la garganta de las afortunadas
islas blancas y dulces, como cadenas frescas.

El alejarse de su rincón nativo, no varía el florecimiento vegetal de sus imágenes ; pero el afán de huir de la anécdota, de lo narrativo, lo conduce a ese torbellino de imágenes locas que es *Residencia en la tierra*.

No existe en el Neruda actual esa alegría de vivir, rica en fuerzas telúricas, de su primera época.

« Residencia en la tierra », como « Los gemidos » de Pablo de Rokha, es el soliloquio incoherente de un hombre que se ha divorciado de la vida que lo rodea. Asoma la realidad, a ratos ; pero una realidad descompuesta, sin alegría, que adquiere relieve sólo cuando se trata de la vida instintiva.

Hoy me he tendido junto a una joven pura
como a la orilla de un océano blanco,
como en el centro de una ardiente estrella
de lento espacio.

O cuando el poeta, en el fondo un realista, descontento de la realidad, elogia los frutos de la tierra y envuelve su descripción en símbolos oscuros, ingeniosos y sorprendentes, una vez que se ha penetrado su oculto sentido.

Así el elogio del apio, por ejemplo :

Del centro puro que los ruidos nunca atravesaron,
de la intacta cera, salen claros relámpagos lineales,
palomas con destino de volutas,
hacia tardías calles con olor a sombra y a pescado.

La frescura de la selva sureña, la alegría del sol sobre el follaje bruñado, el pío dulce de los pájaros, luz y aire hecho canto, el carnoso contorno de los frutos, el silbido del viento han colaborado para hacer de JUVENCIO VALLE el poeta típico de la selva del sur.

Por la técnica proviene de Neruda, pero no tiene su trascendencia.

En sus colecciones *Tratado del bosque* y *El libro primero de Margarita*, es una voz de la naturaleza. En la armoniosa orquestación de las palabras no hay intención alguna. Panteísmo sin reflexión, en que la hoja del árbol, el trino del pájaro, el color del cielo se antropomorfizan y hablan con la voz del poeta.

Bailen, bailen las frondas la pollera en el aire.
Y deflocado el limpio delantal de rocío.
Así como las bestias sacuden su pelambre
que sacuda la selva su pellejo florido.

.
Aquí llega el viento lavadas las manos
en fuente temprana y florida de alba.

.
Aquí trae el agua canción de jilguero.

.
Y pasan las nubes, monjitas donosas
que miran con ojos de santas la tierra.
Pero don Juan Viento no respeta nada
y el bellaco quiere casarse con ellas.
El viento del bosque se pasa la vida
haciendo cabriolas, cual buen maromero.

Y explica en su poema « La ninfa trébol » :

Yo tengo en mi mano el destino que quiera
imprimírsele al verso de siete colores.

Y es lo que Juvencio Valle ha conseguido en « El libro primero de Margarita ». Difícilmente se ha hecho con la rítmica castellana, sin más ayuda que la sordina de un asonante, una sinfonía más aérea de vocablos, más chispeante de acentos lingüísticos que « Noticias y maravilla de Canaán », « Paisaje arriba » y otros poemas de « El libro primero de Margarita ».

CLAUDIO INDO (Jorge Jovet) en su libro *Un hombre apunta a su imagen*, convierte en metafísica la espontaneidad creadora de Neruda. El medio austral, el árbol, el río, no aparecen en los versos de Claudio Indo; pero se convierten en símbolos psicológicos.

Habla Claudio Indo de *resurrecciones*, los estados de alma del poeta ante la vida. En la segunda de estas resurrecciones, que podríamos denominar la resurrección de la carne, es donde apunta la personalidad del nuevo poeta del sur. En la sensualidad pura, impetuosa, como en Neruda, está lo mejor de Claudio Indo; pero su forma, a pesar de sus intentos resonantes, es de sabor clásico, de lógica contención, de metálica pureza.

OMAR CERDA, la última expresión de la poesía del sur, acaba de publicar su *Porvenir de diamante*, donde se resume la sensualidad de Neruda y la gracia verbal de Juvencio Valle.

Sin embargo, es preciso anotar una influencia de los últimos tiempos, la de García Lorca.

La imagen moderna, mariposa loca, ha dejado de revolotear y se disciplina, con cierto aire de amargura, en los renglones militares del romance, al son apagado del asonante arcaico.

Los poetas del mar. — Un profesor francés que visitó a Chile en 1911, Leon Goy, dijo lo siguiente, con gran comprensión del problema en esos tiempos:

« No he visto en este país ninguna alusión al mar, ni en las escuelas ni en la vida chilena. En países más pequeños, como Holanda y Bélgica, el mar ocupa un papel fundamental en la vida de la nación. »

Nuestra poesía y nuestra novela no tienen, en realidad, una interpretación de la vida marítima chilena, con ser ésta de considerable importancia en la economía y en la vida social de las costas de Chile.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA nos da la primera visión de la costa chilena, en su « Procesión de San Pedro », en « Caracol », composiciones de un libro juvenil, Veinte años y en Del mar a la montaña, de su madurez poética. No es el mar mismo. Es la poesía del paisaje marítimo, visto desde la costa.

SAMUEL A. LILLO, en « El arponero », en « El casco varado » y en otros poemas, nos ha pintado la vida de la costa de Arauco utilizando los colores netos, un impresionismo de líneas vigorosas y de gran calidad real.

No es posible olvidar el dibujo enérgico de Manuel Magallanes Moure en « Barco viejo », describiéndonos un pontón de la bahía de Valparaíso, *que fué un barco de los que van a Europa*, según la expresión del poeta.

Se desarrolla, luego, un neo-romanticismo marítimo, de influencia francesa; Rimbaud y Corbière, en primer término; pero Stevenson y Conrad y hasta Mac-Orlan, suministran la documentación real de la aventura que retoriza con cierta elegancia sobre los veleros y sus vocablos técnicos, los mástiles, los mascarones, las jarcias, los grumetes y lobos de mar, aplicándolos a sus rebeldías espirituales. El poeta, en su fuero interno, pero en tierra firme, se considera un pirata sin Dios ni ley, un aventurero que realizó la aventura marítima y desprecia al burgués, divorciado del mar y del sabor de las pipas fumadas en el castillo de proa, al atardecer de un día tropical.

Si descontamos la decoración aprendida, el lobo de mar que se aburre, la pipa humeante y los bergantines negreros, en los dos libros de SALVADOR REYES, *Barco ebrio* y *Mareas del Sur*, debemos reconocer la intención de acercarse a la realidad marítima chilena, especialmente en poemas como el titulado « Antofagasta », vigorosa agua-fuerte de los puertos del salitre.

Sin embargo, esta teorización de la aventura de mar tiene una inverosímil realidad poética en un poeta del valle central: RAIMUNDO ECHEVERRÍA Y LARRAZÁBAL, hijo de vascos. El padre de Echeverría fué un viejo capitán de veleros que instaló un comercio en el villorrio de Loncomilla. Es su aventura personal por el Caribe y por el Pacífico, la que se torna poesía en el hijo que nunca navegó.

El poeta agradece, en versos simples, el legado poético del padre :

Gracias, padre, por este corazón romántico.

Tú me lo llenaste de puertos fantásticos,
de cruces, de mástiles y de velas ágiles.

OSCAR LANAS pudo ser el más auténtico de los poetas del mar chileno. Poseía la experiencia de los viajes, pero su forma indómita, sin novedad de expresión, ha hecho de sus poemas sólo ensayos de revistas, acotaciones pintorescas de la vida de la costa chilena.

VÍCTOR BARBERIS y CARLOS CASASSUS escribieron poemas sobre el mar, los puertos y las playas ; pero es ALEJANDRO REYES el que ha dado la nota más exacta de la costa chilena en su libro *Motivos del puerto*.

Alejandro Reyes nos describe el viejo puerto de Talcahuano. No reside su valor poético en la forma, de correcto corte clásico, sino en la atmósfera de Talcahuano, puerto del Pací-

fico. Hoy dormita, junto al vacío espejo de su rada, con sus cerros rojos, erizados de casas antiguas, de variados tipos arquitectónicos, según el capricho cosmopolita de sus poseedores.

Y ya apenas llegan al par de la marea,
esas brisas salinas, con hálitos de brea,
que aspiramos de niños, junto a la vieja rada.

Humos, donkeys, vapores, en un conjunto ambiguo
y ya en el puerto viejo, de vuestro encanto antiguo,
no va quedando nada, no va quedando nada.

Dos poetas modernos de Santiago. — No sería completo un panorama sobre la poesía chilena, si no aludiéramos a los modernos poetas santiaguinos, liberados en forma definitiva de la herencia académica del siglo XIX: JULIO BARRENECHEA y JUAN NEGRO, unidos para mí en una sutil quintaesencia lírica, no han hecho de su drama interior ni una agonía mística ni una trágica rebelión.

Para ambos el verso es materia imponderable, musicalidad pura o imagen ingeniosa, arrancada a las pequeñas y sutiles cosas del espíritu o la realidad cotidiana.

Para Barrenechea, las mariposas, los rayos de luna, el rocío sobre las hojas tienen un alma, plena de matices no conocidos, como para Juan Negro, las frutas, los insectos, la nieve y el sol.

Tal poesía no sería posible sin una fértil imaginación y un dominio perfecto del idioma. Y en esto, son virtuosos Juan Negro y Barrenechea.

Así, la « Luna ligera, de Barrenechea y la « Granada », de Juan Negro, « colmena con mil abejas de púrpura. Hornillo repleto de chispas de azúcar. »



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOGRAFÍA

La presente bibliografía de referencias, señala los textos esenciales del tema que trato. La he dividido en cinco partes. La primera corresponde al primer capítulo; la segunda, al segundo; la tercera, al tercero, cuarto y quinto; la cuarta, al sexto. En la quinta parte doy una nómina de las revistas literarias y culturales más importantes de Chile.

En la ordenación de este material ha trabajado mi buen amigo el profesor Norberto Pinilla, a quien agradezco su desinteresada cooperación.

PRIMERA PARTE

AMUNÁTEGUI SOLAR, DOMINGO. *La Sociedad de Santiago en el siglo XVII*. Santiago. Imp. Dirección General de Prisiones. 1937. — CABERO, ALBERTO. *Chile y los chilenos*. Santiago. Nascimento. 1926. — ENCINA, FRANCISCO A. *Historia de Chile*, t. I. Santiago. Nascimento. 1940. — GALDAMES, LUIS. *Estudio de historia de Chile*. Santiago. Nascimento. 1938. VIII ed. — HOUSSE, R. E. *Epopeya India*. Santiago. Zig-Zag. 1940. — ILLANES ADARO, GRACIELA. *Evolución del sentimiento estético del paisaje en la literatura chilena*. Santiago. Universidad de Chile. 1940. — LABARCA H., AMANDA. *Historia de la enseñanza en Chile*. Santiago. Universidad de Chile. 1939. — LATCHAM, RICARDO A. *Estampas del Nuevo Extremo*. Santiago. Nascimento. 1941. — MANN, WILHELM. *Chile, luchando por nuevas formas de vida*. Santiago. Ercilla. 1935. 2 tt. — MCBRIDE, JORGE M. *Chile: su tierra y su gente*. Santiago. Universidad de Chile. 1938. — PICON-SALAS, MARIANO y GUILLERMO FELIÚ CRUZ. *Imágenes de Chile*. Santiago. Nascimento. 1933. — PAYRÓ, ROBERTO J. *La Australia argentina*. Buenos Aires. 1898. — ROCO DEL CAMPO, ANTONIO. *Panorama y color de Chile*. Santiago. Ercilla. 1939; *Tradición y leyenda de Santiago*. Santiago. Ercilla. 1941. — SUBERCASEAUX, BENJAMÍN. *Contribución a la realidad*. Santiago. Letras. 1939; *Chile o una loca geografía*. Santiago. Ercilla. 1940. — THAYER OJEDA, TOMÁS. *Las antiguas ciudades de Chile*. Santiago. Universidad de Chile. 1911.

SEGUNDA PARTE

AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS. *Ensayos biográficos*. Santiago. Imp. Nacional. 1893-1895. 4 tt. — AMUNÁTEGUI SOLAR, DOMINGO. *Bosquejo histórico de la literatura chilena. Período colonial*. Santiago. Minerva. 1918; *El progreso intelectual y político de Chile*. Santiago. Nascimento. 1936. — LATCHAM, RICARDO A. *Escalpelo*. Santiago. Imp. San José. 1925. — MEDINA, JOSÉ TORIBIO. *Historia de la literatura colonial de Chile*. Santiago. Imp. de la Librería del Mercurio. 1878. 3 tt. — OROZ, RODOLFO. *Edición crítica de « El Vasauro » de Pedro de Oña*. Santiago. Universidad de Chile. 1941. — SOLAR CORREA, E. *Escritores de Chile. Época colonial*. Santiago. Imp. Universitaria. 1932; *Semblanzas literarias de la colonia*. Santiago. Nascimento. 1933. — SILVA CASTRO, RAÚL. *Fuentes bibliográficas para el estudio de la literatura chilena*. Santiago. Universidad de Chile. 1933. — TORRES RÍOSECO, ARTURO y RAÚL SILVA CASTRO. *Ensayo de bibliografía de la literatura chilena*. Cambridge. Harvard University. 1935.

TERCERA PARTE

ALONE. *Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX*. Santiago. Nascimento. 1931; *Don Alberto Blest Gana*. Santiago. Nascimento. 1940. — ALONSO, AMADO. *Aparición de una novelista*. (María Luisa Bombal). *Nosotros*, n° 3. Buenos Aires. Junio. 1936. — AMUNÁTEGUI SOLAR, DOMINGO. *Bosquejo histórico de la literatura chilena*. Santiago. Imp. Universitaria. 1915; *Las letras chilenas*. Santiago. Nascimento. 1934. II ed. — COESTER, ALFRED. *Historia Literaria de la América española*. Madrid. Hernando. 1929. — CRUZ, PEDRO NOLASCO. *Estudios sobre literatura chilena*. Santiago. I. v. Zamorano y Caperán. 1926. II y III vv. Nascimento. 1940. — DAIREAUX, MAX. *Panorama de la littérature Hispano-Américaine*. Paris. Kra. 1930. — DONOSO, ARMANDO. *Los nuevos*. Valencia. Sempere. 1912; *La otra América*. Madrid. Calpe. 1925. — DURAND, LUIS. *Algo sobre el cuento y los cuentistas chilenos*. Atenea, n° 100, a. X. Concepción (Chile). Agosto. 1933. — FUENZALIDA GRANDÓN, ALEJANDRO. *Historia del desarrollo intelectual de Chile. (1541-1810)*. Santiago. Imp. Universitaria. 1903; *Lastarria y su tiempo. (1817-1888)*. Santiago. Imp. Barcelona. 1911; *Algo sobre Blest Gana y su arte de novelar*. Santiago. Imp. Universitaria. 1921. — GARCÍA OLDINI, FERNAN-

do. *Doce escritores*. Santiago. Nascimento. 1929. — GONZÁLEZ VERA, J. S. *Baldomero Lillo*. En *Sub sole*. Santiago. Nascimento. 1931. — HUNEEUS GANA, JORGE. *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*. Santiago. 1910. — LASTARRIA, JOSÉ V. *Recuerdos literarios*. Santiago. Librería Servat. 1885. II ed. — LATORRE, MARIANO. *El pueblo chileno en las novelas de Blest Gana*. Atenea, n° 100, a. X. Concepción (Chile). Agosto. 1933; *Bret Harte y el criollismo sudamericano*. Atenea, n° 123 y 124, a. XII. Concepción (Chile). Septiembre-Octubre. 1935; *Antología de cuentistas chilenas*. Santiago. Biblioteca de Escritores de Chile. 1938. — MEDINA, J. T., *La literatura femenina en Chile*. Santiago. Imp. Universitaria. 1923. — MELFI, DOMINGO. *Estudios de literatura chilena*. Santiago. Nascimento. 1938. — OMER, EMETH. *La vida literaria en Chile*. Santiago. Imp. La Ilustración. 1909. — ORREGO LUCO, AUGUSTO. *El movimiento literario de 1842*. Atenea, n° 100, a. X. Concepción (Chile). Agosto. 1933. — PINILLA, NORBERTO. *Dos escolios a Pedro Prado*. Atenea, n° 99, a. X. Concepción (Chile). Julio. 1933; *Jotabeche*. *Nosotros*, n° 10. Buenos Aires. Enero. 1937.; *Iconografía literaria chilena*. *Rev. Sech*, n° 6. Santiago. Octubre. 1937. — ROJAS CARRASCO, GUILLERMO. *Cuentistas chilenos*. Santiago. Imp. Cultura. 1936. — SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO. *Historia de la literatura americana*. Santiago. Ercilla. 1940. II ed. — SANTANA, FRANCISCO. *El movimiento literario de 1842*. Atenea, n° 162, a. XV. Concepción (Chile). Diciembre. 1938. — SARMIENTO, DOMINGO F. *Artículos críticos y literarios*. (1841-1842). Santiago. Imp. Gutenberg. 1887. 2 tt. — SERRANO, MIGUEL. *Antología del verdadero cuento en Chile*. Santiago. Imp. Gutenberg. 1938. — SEURA SALVO, CARLOS. *Tipos chilenos en la novela y en el cuento nacional*. Santiago. Universidad de Chile. 1938. — SILVA, LUIS IGNACIO. *La novela en Chile*. Santiago. Imp. Barcelona. 1910. — SILVA CASTRO, RAÚL. *Retratos literarios*. Santiago. Ercilla. 1932; *Los cuentistas chilenos*. *Antología*. Santiago. Zig-Zag. s. a.; *Alberto Blest Gana*. Santiago. Universidad de Chile. 1941. — SILVA VILDOSOLA, CARLOS. *Retratos y recuerdos*. Santiago. Zig-Zag. s. a. — SOLAR CORREA, E. *Escritores de Chile. Siglo XIX*. Santiago. Imp. Universitaria. 1932. — SOLOVERA, CLARA. *Panorama del cuento Chileno*. *Rev. Meditaciones*, n°s 3-4-5-6. Santiago. Julio-Agosto-Septiembre-Octubre. 1933. — TORRES RÍOSECO, ARTURO. *La novela en la América hispana*. Berkeley-California. University of California. 1939. — *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago. Nascimento. 1939.

CUARTA PARTE

ALDUNATE PHILLIPS, ARTURO. *Poesía de Chile*. Rev. *Agonía*, n° 2. Buenos Aires. Abril-Junio. 1939. — ALEGRIA, FERNANDO. *Ideas estéticas de la poesía moderna*. Santiago. Multitud. 1939. — ALONE. *Las cien mejores poesías chilenas*. Santiago. Zig-Zag. s. a. (1935). — ALONSO, AMADO. *Poesía y estilo de Pablo Neruda*. Buenos Aires. Losada. 1940. — ANGUITA, EDUARDO Y VOLODIA TEITELBOIM. *Antología de poesía chilena nueva*. Santiago. Zig-Zag. 1935. — AZÓCAR, RUBÉN. *La poesía chilena moderna*. Santiago. Pacífico del Sur. 1931. — AZOFEIFA, ISAAC F. *Estampas de la poesía chilena*. San José de Costa Rica. Imp. Lehmann. 1939. — BRENES-MESEN, R. *Crítica americana*. San José de Costa Rica. El Convivio. 1936. Poetas chilenos estudiados: Gabriela Mistral y Pedro Prado. — CAPDEVILA, ARTURO. *Pablo Neruda o aquel que se cansó de ser hombre*. *Nosotros*, n° 7. Buenos Aires. Octubre. 1936. — CORTÉS, JOSÉ DOMINGO. *Poetas chilenos*. Santiago. Imp. Unión Americana. 1864. — DELANO, LUIS ENRIQUE. *Esquema de la poesía joven en Chile*. *Atenea*, n° 113, a. XI. Concepción (Chile). Noviembre. 1934. — DONOSO, ARMANDO. *Parnaso chileno*. Barcelona. Maucci. 1910; *Nuestros poetas*. Santiago. Nascimento. s. a. (1924). *Gabriela Mistral. Vida y obra. Bibliografía. Antología*. Nueva York. Instituto de las Españas. 1936. Contiene: *Gabriela: alma y tierra*, por Jorge Mañach; *Vida y obra*, por Julio Saavedra Molina; *Bibliografía*, por Sidonia G. Rosenbaum y prosa y verso de G. M. — LABARCA H., AMANDA. *Carlos R. Mondaca*. *Atenea*, n° 10, a. v. Concepción (Chile). Diciembre. 1928. — LAGO, TOMÁS. *8 nuevos poetas chilenos*. Santiago. Sociedad de Escritores de Chile. 1939. — LATORRE, MARIANO. *El misticismo de Carlos R. Mondaca*. *La Información*, n° 124. Santiago. Enero. 1929; *El sentido de la naturaleza en la poesía chilena*. *Atenea*, n° 69-70, a. VII. Concepción (Chile). Noviembre-Diciembre. 1930; *El huaso y el gaucho en la poesía popular*. *Atenea*, n° 137-138, a. XIII. Concepción (Chile). Noviembre-Diciembre. 1936; *Samuel A. Lillo en la poesía chilena*. *Atenea*, n° 162, a. XV. Concepción (Chile). Diciembre. 1938; *Carlos Acuña, poeta de Maule*. *Atenea*, n° 164, a. XVI. Concepción (Chile). Febrero, 1936; *Comprensión de don Eduardo de la Barra*. *Atenea*, n° 168, a. XVI. Concepción (Chile). Junio. 1939. — MISTRAL GABRIELA. *Manuel Magallanes Moure, el chileno*. *Repertorio Americano*, n° 15, t. XXX. San José de Costa Rica. 20 Abril. 1935. — MOLINA NÚÑEZ JULIO Y JUAN

AGUSTÍN ARAYA, *Selva lírica*. Santiago. Imp. Universo. 1917. — MONTE-NEGRO, ERNESTO. *Estimación póstuma a Pezoa Velis*. Atenea, n° 150, a. XIV. Concepción (Chile). Diciembre. 1937. — ORIBE, EMILIO. *Neruda entre nosotros*. Montevideo. A. I. A. P. E. 1939. *Pablo Neruda. Vida y obra. Bibliografía. Antología*. Nueva York. Instituto de las Españas. 1936. Contiene : *Pablo Neruda en su extremo Imperio*, por Concha Meléndez ; *Bibliografía*, por Sidonia C. Rosenbaum y varios poemas de Neruda. — PINILLA, NORBERTO. *Apuntaciones sobre Pablo Neruda*. Rev. Sech, n° 3. Santiago. Diciembre. 1936 ; *Cinco poetas*. Santiago. M. Barros Borgoño. 1937 ; *Poesía de Carlos Pezoa Velis*. Santiago. Alianza de Intelectuales de Chile. 1939 ; *Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral*. Santiago. Universidad de Chile. 1940. — PINO SAAVEDRA, Y. *Antología de poetas chilenos*. Santiago. Biblioteca de Escritores de Chile. 1940. — ROJAS, MANUEL. *De la poesía a la revolución*. Santiago. Ercilla. 1938. — SABELLA, ANDRÉS. *Crónica mínima de una gran poesía*. Santiago. Nascimento. 1941. — SANTANA, FRANCISCO. *El romanticismo en la poesía chilena del siglo XIX*. Atenea, n° 167, a. XVI. Concepción (Chile). Mayo. 1939. — SILVA CASTRO, RAÚL. *Antología de poetas chilenos del siglo XIX*. Santiago. Biblioteca de Escritores de Chile. 1937. — SILVA, VÍCTOR DOMINGO. *Toque de diana. El alma de Chile en la lira de sus bardos*. Santiago. Imp. Chile. 1928. — SOLAR, HERNÁN DEL. *Índice de la poesía chilena contemporánea*. Santiago, Ercilla. 1937. — VALDERRAMA, ADOLFO. *Bosquejo histórico de la poesía chilena*. En *Obras escogidas*. Santiago. Biblioteca de Escritores de Chile. 1912.

QUINTA PARTE

1842-1843. *El Semanario de Santiago*. — 1842. *Revista de Valparaíso*. — 1842. *El Museo de ambas Américas*. Santiago. — 1843-1844. *El Crepúsculo*. Santiago. — 1843-1941. *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago. — 1848-1855. *Revista de Santiago*. — 1858-1861. *Revista del Pacífico*. Valparaíso. — 1860. *La semana*. Santiago. — 1861-1863. *Revista Sud-América*. Valparaíso. — 1867-1879. *La Estrella de Chile*. Santiago. — 1872-1873. *Revista de Santiago*. — 1875-1878. *Revista chilena*. Santiago. — 1881-1882. *Revista de Chile*. Santiago. — 1884-1890. *Revista de Artes y Letras*. Santiago. — 1888-1890. *Revista del progreso*. Santiago. — 1898-1901. *La revista de Chile*. Santiago. — 1898-1909. *La lira*

chilena. Santiago. — 1900-1902-1904. *Pluma y lápiz*. Santiago. — 1904-1905. *Luz y sombra*. Santiago. — 1905-1906. *Panthesis*. Santiago. — 1911-1941. *Revista de historia y geografía*. Santiago. — 1913-1921. *Pacífico magazine*. Santiago. — 1915-1941. *Boletín de la Academia Chilena correspondiente de la Academia Española*. Santiago. — 1916-1930. *La información*. Santiago. — 1916-1917. *Revista Los Diez*. Santiago. — 1916-1917. *Selva lírica*. Santiago. — 1917-1930. *Revista chilena*. Santiago. — 1918. *Revista de artes y letras*. Santiago. — 1918-1922. *Juventud*. Santiago. — 1921-1923. *Chile Magazine*. Santiago. — 1924-1941. *Atenea*. Concepción. — 1934-1941. *Anales de la Facultad de Filosofía y Educación*. Santiago. — 1936-1939. *Sech.* (Sociedad de Escritores de Chile). Santiago. — 1938-1940. *Aurora de Chile*. Santiago. — 1938-1941. *Multitud*. Santiago.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

GLOSARIO

- ABASTERO.** El que compra reses vivas, las mata en el matadero y vende la carne por mayor.
- ALAMEDA.** (De *álamo*). La Alameda de las Delicias : una de las más amplias y principales avenidas de Santiago. En la Colonia se llamó *La Cañada* y hoy, *Av. Bernardo O'Higgins*.
- ALHUÉ.** (map. —, el diablo, difunto o cosa de la otra vida).
- APIR.** Minero que en capachos lleva a cuestras los minerales del lugar del trabajo a la *cancha*.
- BUITRA.** Socavación en que cae el mineral partido por la dinamita.
- CACHAÑA.** Especie de loro pequeño.
- CACHUCHO.** Estanque disolvedor, cuadrangular, para lixiviar el *caliche*; fondo, caldera.
- CAICAI, VILU.** Animal mitológico, medio serpiente y medio caballo, que suponen está en el fondo del mar y cuya voz se parece a un relincho de caballo. Contribuyó poderosamente a hacer más funesto un gran diluvio. Simboliza las fuerzas negativas de la naturaleza.
- CAIQUÉN.** Una especie de ganso.
- CALICHE.** Mezcla de sales y substancias insolubles en el agua, en la que predomina el nitrato de sodio, mezclado con cloruros y sulfatos, y de la que se extrae el salitre.
- CAMANCHACA.** Niebla densa y baja que cae en la mañana y algunas noches en el desierto de Tarapacá.
- CANACA.** (De la lengua polinesia de Hawai *kanaca*, hombre del país. Cp. Mapuche) despect. Relativo a la raza amarilla. / por. ext. Nombre que se da a los indígenas de alguna de las islas de la Polinesia (Isla de Pascua o *Rapa Nui*, entre otras) y Melanesia.

CANCAGUA. Tierra arenisca, se la usa en alfarería y como material de construcción.

CANCHERO. Operario que, a pala, retira y transporta el salitre de las *falcas* o bateas a la *cancha* o a los carros. *Canchador*.

CANGALLA. Pedazo de mineral, esp. oro, robado por el minero.

COCHAYUYO. Hortaliza comestible. Se la encuentra de Valparaíso a Magallanes.

COIGÜE. Arbol muy alto y de madera semejante a la del roble.

COIRON. Gramínea cordillerana de tallos pegajosos y relucientes.

COLIHUE. Cañas bravas gruesas. Sus tallos se emplean para hacer lanzas, *picanas*, cercos, muebles, etc.

COPIHUE. Una fruta como ají. Su flor es símbolo de la raza araucana.

CORURO. Ratón grande de la Patagonia, que hace sus cuevas y galerías en los cerros, socavando a veces grandes extensiones.

CORVO. Cuchillo *corvo* de dos filos; faca.

CRIOLLO, A. Americano descendiente de europeo. / Vernáculo, propio de algún país de la América latina.

CUECA. Baile nacional chileno. Desde el n. africano de *lariate* hasta el actual, el vocablo con que se designa dicho baile ha cambiado mucho : *lariate*, *zamba*, *zambacueca*, *zamacueca*, *cueca*.

CURANTO. Pedregal; aquí (lo que se prepara con muchas piedras). Lo que describe el autor.

CHALECO. Cinto bastante ancho, con muchos departamentos verticales en que el *huachuchero* coloca las botellas de licor fuerte. Por su forma semeja una cartuchera.

CHAPELELES. Largas cintas de masa a base de harina cruda, sobada, que se cuece en agua o en caldo.

CHARQUICÁN. Preparar el *charqui*, hacer guisos de esto.

CHICHA. (Voz antillana o mejicana). Bebida fermentada hecha de uva, manzana, etc. V. Maqui.

CHINA. India que servía como criada y manceba del soldado de la Conquista; hoy, *sirvienta*.

CHINELO. Metátesis de *chileno*.

- CHIRRE. Pajarito de los bosques, de color gris-pardo, más pequeño que el *huío*. Su grito es un *chirrido*.
- CHIVATEO. Gritería de los araucanos al correr al asalto, semejante al grito simultáneo de muchos *chivatos*.
- CHORO. La almeja.
- CHOROY. Papagayos pequeños.
- CHUCA. Sal. Primera estrata de la capa del *caliche*, que procede de la descomposición de las capas superficiales. La sal que la compone es gris, suelta, blanda, pulverulenta.
- CHUCAO. Un pájaro del monte. Pajarillo cuyo canto es de bueno o mal agüero entre los indios.
- CHUNGUNGO. n. vulg. de la nutria.
- CHUPALLA. Sombrero ordinario de paja, algo puntiagudo de copa y de alas cortas; hay, tb. de alas muy anchas.
- DALCA. Embarcación primitiva de los *chilotes*, hecha de tres tablo-
nes de alerce, cosidos con sogas; generalmente denominada
piragua por los españoles. tb. *Falca*.
- DEJÍS. V. Sos.
- FUTRE. Persona decentemente vestida. Elegante.
- GARUMA. Especie de gaviota del N. de color gris por arriba y
pecho blanco. Va a empollar a la pampa.
- GUACHACAI. Pobre, miserable. / Aguardiente ordinario.
- GUILLATÚN. Ceremonia solemne, consistente en sacrificios de ani-
males, plegarias, cantos, bailes, etc., que ejecutan los arau-
canos para pedir a la divinidad lluvia o bonanza.
- HUACHO. Pobre miserable. Desparejado o solo, cuando por su
naturaleza debería estar acompañado de varios otros. /
Huérfano, desmadrado. tb. *Guacho*.
- HUACHUCHERO. Contrabandista de licores fuertes. / Aficionado al
huachucho.
- HUACHUCHO. Aguardiente ordinario. tb. *Guachacai*.
- HUALA. Ave acuática, característica por su lúgubre gemido.
- HUALO. Árbol parecido al roble, pero con hojas más gruesas,
fruto más grande y cáscara blanca por fuera y caediza. tam-
bién *Roble colorado*.

HUEYELPURÚN. Baile privativo de los *hueies*, que al mismo tiempo son *machis*.

HUILICHE. Una parte de los mapuches, los que vivían al S. del Bío-Bío; hoy, esp. los de Llanquihue y Chiloé.

HUÍO. Pajarillo de las tiranídeas. Vive desde Atacama hasta Magallanes, en cuyos bosques se oye su grito como un silbido.

HUIRO. Nombre vulgar de varias algas marinas.

JAIBÓN. Bien nacido. De la aristocracia; muy adinerado.

LINGUE. Un árbol alto y frondoso; su madera, flexible, fibrosa y de mucha duración, se emplea para vigas, yugos, muebles, y su corteza, lisa y cenicienta, para curtir.

LITRE. Árbol de mala sombra. Su madera, por su dureza, se emplea en dientes de ruedas hidráulicas y ejes de carretas. Su sombra y el contacto de sus ramas producen sarpullido.

LOCO. Marisco de concha casi oval, llena de nudos y puntas y de carne comestible, blanca y un poco dura.

MACHI. El curandero, adivino y sacerdote de los mapuches; hoy, esp. mujeres.

MACHITÚN. Curación que, según su usanza, hacen los o las *machis*. / Toda ceremonia medio religiosa ejecutada por éstos.

MALGUÉN. (Doncella, pero lo aplican a cualquier mujer). India más o menos española, al servicio de los españoles.

MALOCA. *Malón.* Hacer hostilidad al enemigo o entre sí por agravios, saqueando sus ranchos y robando cuanto topan. / Dicha hostilidad.

MALLÍN. Terreno bajo, húmedo, vega, esp. en los valles de la cordillera, que produce en verano, al secarse, un pasto delgado y blanco que crece ligero. / Este mismo pasto.

MAPUCHE. Los indios de Chile a quienes en el siglo XIX se llama aquí, comúnmente, *araucanos* y en la Argentina, *pampas*. Hoy las voces *mapuche* y *araucano* son sinónimas.

MAQUI. Arbusto, común desde Coquimbo a Magallanes, de flores blancas en racimos y fruto pequeñito, dulce y un poco astringente; se emplea en confituras y helados. Los indios preparan con él una especie de *chicha*, el *treco*. / Su fruto.

MATAPERRIAR. Callejear constantemente, como los *perros*.

MUDAY. Varias bebidas fermentadas hechas por los indios de granos masticados.

ÑIRE. Varias especies de plantas enanas, sobre todo de la cordillera, que corresponden a otras parecidas más grandes.

PANCORA. Cangrejo (de mar), En el S., varios crustáceos braquiuros *jaivas* de la costa del Pacífico. / Cangrejo chico de agua dulce (Curicó).

PEHUÉN. Especie de pino y los pinares. De madera bastante dura; su fruto es el *piñón*. Se halla de Bío-Bío al S. tb. *Pegüén*.

PELUCÓN. Apodo que se daba al individuo del partido católico, hoy conservador, por las *pelucas* grandes y empolvadas que alcanzaron a usar los primeros.

PIDÉN. Pájaro negro de los esteros. Ave muy tímida, parecida a la gallareta. Se domestica por su melodioso canto.

PINCOYA. Especie de nereida, que en compañía del *Pincoy*, su esposo, atrae abundancia de peces y mariscos hacia el sitio o paraje del mar donde ambos habitan.

PIPIOLO. (De *pío, pío*, voz de los pollos, o de *pipiolo*, en el significado español). Apodo que se daba al individuo del partido liberal, cuando al del conservador se le llamaba *pelucón*.

PIQUE. Hoyo profundo para bajar a una mina. Pozo.

PIQUERO. Palmípeda de *pico* largo y puntiagudo (de aquí su nombre); habita las costas de Chile y del Perú, anda en grandes bandadas y se alimenta de peces. De ella proviene en gran parte el guano de las islas Chinchas.

PISCO. Aguardiente muy bueno que se hace en Chile (en Huasco y otros lugares del N.).

PUELCHE. Indígena, pariente de los *tehuelches*, que vive en la parte oriental de la cordillera de los Andes y en la pampa argentina. / Viento E. que va de la cordillera al mar.

QUELMAHUE. Un marisco comestible, de Chiloé.

QUILA. Una especie de caña semejante al bambú. Sus ramas sirven para cercas, lanzas, etc., y sus hojas, de alimento a los vacunos. Es n. topon.

QUILANTAR. Espesos matorrales de *quila*.

RAQUERO. Individuo encargado de desarmar las embarcaciones fuera de uso para aprovechar el material de construcción.

RUCA. La choza de los indios chilenos.

SIÚTICO. Cursi.

SURAZO. Soplo o golpe muy recio del viento sur, sobre todo en las costas.

TACA. Un marisco muy sabroso. Marisco de concha casi redonda, blanca, recia y algo rugosa y de carne blanda, de excelente sabor.

TAMARUGO. Árbol leguminoso del desierto del Tamarugal (Tara-pacal), espinudo, de flores amarillas y legumbres cilíndricas y curvas.

TENCA. Especie de alondra, su canto es de una prodigiosa variedad de tonos. también *Trenca*.

TENTÉN VILU. Tentén o Trentén, animal mitológico que salvó a los «hombres buenos» de un gran diluvio, elevando un cerro hasta tocar el cielo. Simboliza a las fuerzas positivas de la naturaleza.

TOLOMIRO. Arbusto de flores amarillas. / Estatuillas arcaicas de vientre hundido, que los pascuenses tallan en la madera de este arbusto.

TRARILONCO. Pañuelo o cintillo de monedas que los indios se ponen en torno de la cabeza para amarrar el cabello.

TRARO. Ave de rapiña de pico con punta encorvada y tarsos bastante largos. Come esp. sabandijas y cadáveres.

TRILE. Pajarito semejante al tordo por el tamaño y el color, pero con una mancha amarilla en las alas.

TRIZZANOS. Gendarmes de la frontera. Policía rural organizada por *M. Trizzano*.

ULPO. Mazamorra o poleada de harina tostada desleída en agua. Sirve de alimento a los indios y se usa en todo Chile.

VAPORINO. El que viaja en vapor para hacer negocio, comprando y vendiendo en los puertos y entre la gente de a bordo.

ZURZULITA. Variedad de paloma, parecida a la tórtola.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

EL PAISAJE Y EL HOMBRE

El nombre de Chile. — El valle central o la patria del huaso.
— La cordillera de la costa o el campo en agonía. — La cordillera de los Andes o el cercano porvenir. — Los valles transversales o la tierra mística. — El desierto o la conquista del salitre. — Chiloé o la cuna de las gaviotas. — Aysen o el equilibrio entre la tierra y el mar. — Magallanes o los pies hundidos del Continente. — Síntesis étnica..... 1

CAPÍTULO II

LOS ESCRITORES DE LA COLONIA

Perfil de Ercilla. — Oña, el chileno. — Ovalle, el paisajista.
— Dos novelas disfrazadas de crónica. — Lacunza y el mesianismo..... 39

CAPÍTULO III

LA NOVELA SANTIAGUINA

Desde la clase alta. — En la clase media. — Cuatro novelas de clave. — Los novelistas del pueblo..... 63

CAPÍTULO IV

NOVELA DE PROVINCIA

Los precursores. — Los novelistas del valle central. — Tres ensayos novelescos sobre el huaso. — El huaso costino. — El huaso del valle central. — El huaso cordillerano. — Francisco Hederra, novelista de Talca. — Cuatro novelas sobre la vida de provincia. — Valparaíso y sus intérpretes. — Los novelistas del norte. — Los novelistas del sur.....

95

CAPÍTULO V

EL CUENTO

Un precursor : Lastarria. — El cuento y el cuadro de costumbres : « Jotabeche ». — El primer cuentista : Daniel Riquelme. — Los tradicionistas y otros narradores afines. — El cuento urbano de raíz naturalista. — El cuento rural. Primera época. Baldomero Lillo y el cuento social. — El cuento chileno y la imaginación : Augusto D'Halmar. — El cuento rural. Segunda época. — El cuento rural. Tercera época. — Los contemporáneos. — Los últimos nombres.....

129

CAPÍTULO VI

LA POESÍA CHILENA

✓ Darío y la poesía santiaguina. — El influjo renovador de las provincias. — Coquimbo o el misticismo en la poesía chilena. — Maule o la elegía de las tierras pobres. — Pablo de Rokha, poeta de la cordillera de la costa. — Concepción o la supervivencia de la epopeya. — La poesía moderna santiaguina. ✓ — Vicente Huidobro, poeta santiaguino. — Los poetas del sur. — Los poetas del mar. — Dos poemas modernos de Santiago..

159

ORDENANZA SOBRE FUNDACIÓN DEL INSTITUTO DE CULTURA LATINO-AMERICANA

(24 DE NOVIEMBRE DE 1931)

Art. 1º. — Créase, como departamento de la Facultad de filosofía y letras, el Instituto de cultura latino-americana (1), que tendrá los siguientes fines :

a) Ser órgano de relaciones intelectuales entre los países ibero-americanos respecto de todas las disciplinas que tengan atinencia con las de la Facultad ;

b) Publicar un *Boletín* como órgano de estas relaciones ;

c) Formar una biblioteca de autores ibero-americanos ;

d) Dictar una cátedra y seminarios adjuntos al Instituto de cultura latino-americana ;

e) Editar una *Colección de obras* originales referentes a la vida cultural de Ibero-América.

Art. 2º. — La Facultad gestionará cursos dictados por profesores de la Universidad o por intelectuales eminentes de nuestro país o de los ibero-americanos, quienes disertarán en la Facultad sobre los mencionados problemas culturales.

Art. 3º. — El Instituto tendrá un director *ad honorem*, que será profesor de Literatura ibero-americana de la Facultad.

Art. 4º. — El Instituto se vinculará especialmente con todas las Universidades e importantes centros culturales de Ibero-América.

Art. 5º. — Tendrá adscriptos honorarios y corresponsales en dichos países.

Art. 6º. — El director proyectará el reglamento del Instituto.

Art. 7º. — Comuníquese, etc.

CORIOLANO ALBERINI,
Carmelo M. Bonet.

(1) Denominación definitiva.